



**PÍO BAROJA**

**LAS NOCHES  
DEL BUEN RETIRO**

PÍO BAROJA

LA JUVENTUD PERDIDA

# LAS NOCHES DEL BUEN RETIRO

Cubierta de Ricardo Baroja

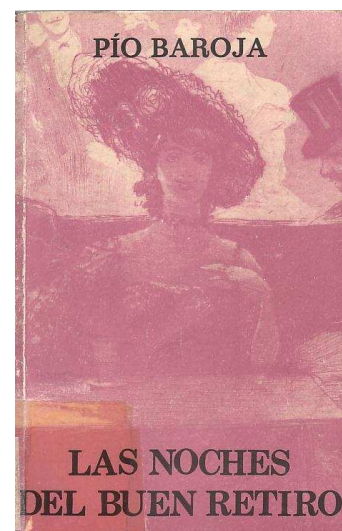


*Editorial  
Caro Raggio  
Madrid*

Es propiedad. Derechos reservados  
© Heredero de Pío Baroja  
Edita y distribuye: Caro Raggio, Editor  
Alfonso XII, 52. Tel. 420 32 85. FAX 420 34 62. 28014 MADRID  
ISBN: 84-7035-028-5  
Depósito legal: M.18.389-1997  
Impreso en Gráficas Rógar  
Tel. 811 40 40. Navacarnero (Madrid)  
Impreso en España – Printed in Spain



Autor: Baroja, Pío (1872-1956)  
 Título: *Las noches del Buen Retiro*  
 Editorial: Madrid : Caro Raggio, D. L. 1997  
 Descripción física: 340 p.; 19 cm  
 Depósito Legal: M 18389-1997  
 ISBN: 84-7035-028-5



Con fecha de «Itzea», octubre de 1933, terminó Baroja «LAS NOCHES DEL BUEN RETIRO». Es, pues, una obra **otoñal** en su vida larga y accidentada. Había cumplido los sesenta y vivía momentos de zozobra cuando la planeó. Como otros hombres, al llegar a los límites de la madurez para entrar en los de la ancianidad, echó una mirada nostálgica a su juventud: a la época del 98, precisamente. No la veía entonces con tristeza, o, por lo menos, las tristezas juveniles le parecían más cargadas de sentido vital individual que las angustias políticas del momento. Centró la acción de su novela en los «Jardines», que ocuparon, hasta comienzos del siglo, el ámbito en que luego se alzó el edificio de Correos. Describió la sociedad madrileña que se congregaba allí durante las noches de verano y trazó retratos del natural y otros fantaseados, como siempre lo hace el novelista de raza. El protagonista, personaje romántico, es mitad real, mitad imaginario. La parte real la tomó de un joven medio inglés que bullía en aquel ambiente, que era de su misma edad y amigo también de Maeztu. Este joven no terminó como Jaime Thierry, pero sí tuvo lances parecidos (el del desafío, por ejemplo). Las mujeres en torno a él también tienen perfiles reales en gran parte. Pero Baroja quiso, ante todo, exponer un caso, de los muchos que observó, de «juventud perdida», quemada en acciones descompasadas, dándole un fin más tajante que el que tuvo su modelo. Frente a la teoría de la acción que puede extraerse de la larga serie relativa a Aviraneta (teoría que tiene puntos de, contacto con la de otros hombres de su época) en «LAS NOCHES DEL BUEN RETIRO» hay otra, acaso complementaria. Si la acción es la sal de la vida, hay que administrarla para que no vaya contra la vida misma. Mas, en el fondo, Baroja, como otros autores antiguos y modernos, creía también que hay cierta grandeza en el acto de quemar la vida, de perder la juventud y despreciar el mundo cotidiano de las gentes previsoras y sensatas. Y así esta novela, cargada de nostalgia, podría ser un canto a la «juventud perdida», precisamente.

En *Las noches del Buen Retiro*, Pío Baroja nos ofrece una vivísima evocación, nostálgica pero no menos irónica, del Madrid de finales de siglo, la ciudad de su juventud. Por los jardincillos del mismo nombre, donde se reunían a pasear, charlar y oír música los madrileños de la más variada procedencia, pasa una abigarrada galería de tipos: políticos, escritores, comediantes, empresarios, curas, usureros, mendigos, damas de alcurnia, hijos de la burguesía, mujeres de mala vida, gente del hampa... Entre ellos está el protagonista, Jaime Thierry (alter ego del propio Pío Baroja, y del joven Maeztu), un español de sangre extranjera, fogoso de temperamento, que aspira a hacerse literario en la corte. Thierry tendrá que luchar no sólo contra las asechanzas del mundillo literario y periodístico, sino también contra las convenciones sociales, que entre otras cosas le impiden una relación natural y satisfactoria con las mujeres.

En la vehemencia y romanticismo de su ambición, rinde Baroja un homenaje tanto a la juventud como a la ciudad de entonces y sus múltiples caras.



## PÍO BAROJA

Nació en San Sebastián en 1872 en el seno de una familia de ideas liberales, y murió en 1956. Estudió medicina en Madrid y Valencia (se doctoró con una tesis sobre el dolor), pero sólo ejerció dos años. Trasladado a Madrid para regentar junto con su hermano Ricardo una panadería de herencia familiar, empezó a publicar en periódicos y revistas radicales y a codearse con otros escritores de la llamada generación del 98. Pero tras la publicación de su primer libro, *Vidas sombrías* en 1900, decidió dedicarse de lleno a la literatura. Autor prolífico, Baroja escribió más de setenta novelas, además de siete volúmenes de memorias (*Desde la última vuelta del camino*), biografías y ensayos literarios. Agrupó sus títulos más importantes en diez trilogías, entre las que destacan las novelas que integran *La lucha por la vida*, *El mar*, *Tierra vasca*, *La vida fantástica* o *La juventud perdida*, de la que forma parte *Las noches del Buen Retiro*. Escrita en 1933, y de marcado carácter otoñal, de ella confesaba el mismo Baroja: «*Ahora mismo, al cabo de treinta años de pasada mi juventud, cuando trato de buscar en mí algo sentimental, que vibre con fuerza, tengo que rebañar en los recuerdos de aquella época turbulenta...*»

## I

Quizá alguno de mis lectores sepa que yo he probado varios oficios sin gran constancia y sin gran éxito. He sido un poco médico, un poco industrial, un poco negociante y un poco periodista. También he intentado el ser director literario de una casa editorial. Mi despacho de director consistía en un cuarto pequeño con una ventana a un patio. Había pocos muebles en la habitación: mesa, estantería con libros y legajos, una caja de hierro para caudales, probablemente sin caudales, y dos sillas. Al despacho se subía por una escalera exterior de ladrillo con barandado de hierro, que partía desde el ángulo del patio.

Un atardecer de invierno frío y desapacible trabajaba en la ingrata tarea de la corrección de unas pruebas de imprenta. La estufa se había apagado. Estaba con abrigo, boina y bufanda sentado a la mesa leyendo las galeradas con los anteojos puestos cuando se presentó una señora de luto con un velo espeso y tupido sobre el rostro. La señora quería hablarme. La invité a sentarse, y como oscurecía encendí la luz.

La dama se colocó en la zona de sombra y se levantó el velo. Era de estas mujeres protestantes de la vejez y a quien por eso mismo la vejez parece se ceba en ellas, se echa encima no a arañarlas y a marcarlas, sino a morderlas y a patearlas. Tenía grandes ojeras moradas, muchas arrugas, los labios pintados y la piel de la barba caída en una papada fofa, para evitar lo cual la sujetaba con una cinta ancha y negra como un barboquejo.

La señora comenzó a hablar, y lo hizo por los codos, con voz engolada de teatro. Me había conocido, según dijo, hacía muchos años en los jardines del Buen Retiro, en compañía del marqués de Tal y del banquero Cual, cuando la Fulanita y la Zutanita llamaban la atención en Madrid por su elegancia y por sus joyas.

—Esta señora se equivoca, pensé. Yo no he conocido nunca a nadie que tuviese cuatro cuartos.

—¡Parece mentira que no se acuerde usted de mí! —exclamó ella de una manera sentimental, con acento de cómica.

—Es que se hace uno viejo y pierde la memoria —dije, y añadí después—: ¿Y qué es lo que quería usted de mí?

—Pues verá usted. Tengo un amigo que no es ya joven, de nuestro tiempo, un hombre encantador. Este hombre ha escrito una novela y quisiera publicarla.

—¿Y quién la tiene?

—Yo.

—Pues mándemela usted —Indiqué con un celo falsificado—, yo la leeré y si la encuentro interesante haré que se publique.

—La encontrará usted interesante, con seguridad.

—De todas maneras habrá que leerla.

—Yo haré que se la envíe a usted en seguida.

—¿Cómo se llama ese señor?

—Mire usted: no quiere que su nombre aparezca en el libro.

—Entonces, ¿qué autor pondremos en la cubierta si se publica la novela?

—Ninguno.

—No, eso no; siempre hay que poner algún nombre, verdadero o falso. Si no se quiere el auténtico, un seudónimo.

—Me ha dicho él que lo mejor sería que hiciese usted un prólogo y dijera en él que la obra es de un desconocido a quien sus amigos conocían por el nombre de Fantasio.

—Muy bien. Así lo haremos.

—¿Cuándo quiere usted que le manden el original?

—Cuando le parezca.

—Mañana o pasado vendrá una persona a traérselo a usted.

—Respecto a las condiciones en el caso de publicarlo habría que saber qué quiere el autor. No vaya a tener pretensiones descomunales y fantasiosas.

Al decir esto recordaba el seudónimo de Fantasio que me había indicado aquella señora.

—No, no, eso no. Él no piensa lucrarse con su libro.

—Sin embargo...

—Nada, nada.

—Bueno, está bien; pero siempre es mejor dejar las cuestiones de dinero claras. Ya sabe usted que las cuentas claras hacen los buenos amigos.

—Aquí no hay cuestiones de dinero; mi amigo tiene una buena posición.

Después de dicho esto la señora volvió a su charla sobre el gran mundo, cuando el marqués, la duquesa y el conde se reunían aquí y allá y Fernandito, Conchita, Lulú y Mimí coqueteaban en la Castellana y en el Real.

—Usted se ha olvidado de sus antiguos amigos —me dijo por fin.

—Sí, quizá. ¿Qué quiere usted? Pierde uno la memoria.

La dama del velo se dispuso a salir, se levantó y me alargó la mano como invitándome a besarla. Yo pensé rápidamente: Un hombre con barbas, zapatillas, antiparras y boina no tiene aire a propósito para besar la mano a las señoras, aunque sean viejas, y me contenté con estrechársela ligeramente.

Dos días después, por la tarde, estaba en el despacho bregando con las pruebas de imprenta, trabajo inventado por el demonio para desesperación de los escritores y de los cajistas, cuando se presentó un señor de unos cincuenta a sesenta años, vestido de luto, pálido, con barba negra con mechones de plata, un poco de melena y chalina azul flotante. Debía de ser Fantasio. Se comprendía que en su juventud podía haber sido un joven elegante y tenebroso.

—Ayer vino una señora a hablarle del original de una novela —me dijo con cierta vacilación.

—Sí.

—Pues aquí se la traigo a usted. Y me entregó una carpeta azul con cuartillas.

—Muy bien. ¿Quiere usted que le dé algún recibo?

—No, no hay necesidad. ¿Cuándo tendré la contestación?

—Dentro de ocho o diez días.

—Bueno, dentro de diez días volveré. Si no vuelvo, haga usted con el original lo que le plazca.

El caballero romántico, probablemente ex joven tenebroso, me saludó con una profunda inclinación y se marchó del cuarto.

Leí la novela. No la encontré del todo mal. El señor no volvió. Arrinconé el manuscrito, lo dejé entre varios legajos de la estantería y apareció mucho tiempo después revuelto con otros papeles.

Vacilé en publicar la novela. Al fin me he decidido a enviarla a la imprenta. Naturalmente, tengo que consignar, antes que nada, que el autor de la obra no soy yo, sino el señor misterioso, llamado por sus amigos Fantasio, y que usaba melena y chalina flotante y azul.

El que tenga el capricho de comparar nuestras respectivas ideas y nuestras respectivas aficiones podrá comprobar que entre Fantasio y yo hay marcadas divergencias.

## II

El caballero romántico de la barba y de la melena, antiguo joven tenebroso, puso al frente de su libro una dedicatoria. En ella decía así:

## «A UNA SEÑORA AMIGA

El pasado no es mejor que el presente, mi querida amiga, es cierto, pero se alumbra con una media luz crepuscular sugestiva, poética, distinta a la claridad cruda y agria del momento.

Sólo el empleo del verbo en pasado basta para matizar la frase de cierta nota melancólica. ¿No le parece a usted? Marchaba yo por entonces... iba en aquella época... viajaba... ya esto es suficiente para dar a la acción recordada un cierto aire de tristeza y de nostalgia.

El autor se ha dejado llevar aquí por la melancolía de lo pretérito y ha pensado en usted.

Usted mariposeaba en pleno esplendor de la juventud en aquella época brillante para nosotros de los jardines del Buen Retiro; yo moscardoneaba también sin ningún esplendor por los mismos lugares y en el mismo tiempo.

Y ahora los dos somos viejos. ¡Qué pena! Yo, pase; ¡pero usted! El escenario y los actores desaparecieron. El jardín ya no existe. La mayoría de nuestros amigos murieron. El tiempo ha volado como vuelan todos los tiempos. *Hora fuggax, Fugit irreparabile tempus*. Ya no le queda a uno más que preguntar como Jorge Manrique:

¿Qué se fizo el Rey don Juan?  
Los infantes de Aragón,  
¿qué se ficieron?

O decir, como el poeta francés:

¿Dónde están las nieves de antaño?

A usted y a mí el tiempo nos ha clavado con el alfiler en el cartón como un entomólogo a un insecto. Yo intento clavar ahora a nuestros contemporáneos con idéntico alfiler en el mismo cartón en calidad de curiosidades arqueológicas.

Hace años no me hubiera decidido a escribir y menos a publicar esta obra. Ya no tengo escrúpulo alguno; ahora puedo impunemente tomar del natural tipos, paisajes y sucesos sin molestar a nadie; porque estos tipos, sucesos y hasta paisajes han quedado la mayoría transformados casi por completo; borrados por el tiempo irreparable. Ya ni los actores mismos serían capaces de reconocerlos y de identificarlos al leer mi relación.

Usted, encantadora amiga, los reconocerá y los identificará, y lo siento, porque es de mi época.

Algunas personas deberían ser eternamente jóvenes y tener a su disposición la fuente de Juvencio que el marino español Ponce de León creyó encontrar en la Florida.

Con el antiguo entusiasmo es su viejo amigo y constante devoto,

Fantasio.»

## III

Los jardines del Buen Retiro eran sitio estratégico e importante para la burguesía madrileña de hace más de treinta años. En aquellos jardines se podían pasar las noches de verano de una manera agradable. Era lugar relativamente céntrico, contiguo a la plaza de la Cibeles; había en él un teatro grande, árboles, boscajes retirados para parejas misteriosas, un café y música.

El jardín presentaba soberbio aspecto de noche, iluminado con brillantez por los arcos voltaicos. Cruzaban damas elegantes y señores bien vestidos. Se lucía, se coqueteaba, se piropeaba y se cambiaban miradas ardientes entre unas y otros.

La gente se divertía, probablemente, como hace quinientos años y como se divertirá con seguridad dentro de otros quinientos. Por un precio módico se tomaba el fresco las noches ardorosas del verano madrileño y se charlaba en una tertulia. En unas temporadas se oía ópera, aunque barata no mala; en otras se veían representar zarzuelas bufas y algunos bailes y pantomimas de gran espectáculo.

Los días de moda, en junio y a principios de julio, antes del éxodo de la gente rica a la costa cantábrica, los jardines tenían aire de gran gala.

Al público del Buen Retiro que quedaba en el rigor del verano se le motejaba de pobre y con pretensiones, es decir, de cursi, terrible acusación, espada de Damocles de los españoles durante cincuenta años y a la cual hoy parece írsele quitando la punta y el filo.

A las funciones de los jardines iba, según se aseguraba, mucho tifus, es decir, gente que entraba de balde. Ello no impedía a estos tíficos darse gran tono, en el teatro y hasta desacreditar el lugar de su diversión.

Se veían allí casi siempre gran número de políticos, de periodistas y varias familias de la aristocracia. De éstas, por presentarse en el jardín todas las noches y no salir a veranear a las playas del Norte, se pensaba si estarían arruinadas.

Como hay un fondo de petulancia y de malevolencia hasta para lo agradable, los mismos que se divertían y distraían en los jardines no lo confesaban casi nunca y hablaban de ellos como de sitio de aburrimiento, de cursilería y de fastidio.

Había entonces en el público más variedad de tipos que ahora, variedad, naturalmente, externa. El hombre no cambia por dentro ni en cuarenta ni en cuatrocientos años. Por lo menos no ha cambiado hasta ahora.

Entre los varones, unos llevaban barba, otros bigotes erizados a la borgoñona; algunos, una sortijilla ridícula sobre el labio, y no faltaban los que llevaban las guías engomadas a estilo de Napoleón III. Se usaba con frecuencia cuellos de pajarita, corbatas de plastrón, sombreros de copa, levitas y chaqués.

También entre las mujeres existía mayor variedad; casi ninguna se pintaba, o si lo hacía no era de una manera tan exagerada como en esta época. El maquillaje sólo para las hetairas, para las horizontales, era la palabra del tiempo, y se miraba como algo chocante y de poca distinción.

La pintura desvergonzada y con mucha pasta de color sobre la piel de la cara y la depilación de las cejas ha dado a las mujeres de hoy un aire inexpresivo de muñecas y una falta absoluta de carácter. Princesas, manicuras, tanguistas y cocineras, todas parecen actualmente lo mismo, de la misma harina, *ejusdem farinae*, que decimos los latinistas. Lo terrible es que quizá lo sean.

Las clases se notaban entonces más que ahora, y por poca perspicacia que tuviera una persona no confundía la dama aristocrática con la corista o con la figurante de un teatro.

Los días de fiesta engrosaba el público del Buen Retiro con gente oscura de comercio y de tiendecillas de barrios bajos y hasta con otra más pobre próxima a la plebécula.



Eran menestrales, unos alborotadores y otros un poco cohibidos como gallinas en corral ajeno. Esto daba al paseo un aire plebeyo y provinciano.

Los abonados, los de siempre, miraban con cierta indiferencia irónica a los domingueros, más turbulentos y locuaces.

Alguno de los espectadores de ocasión, protestantes de las diversiones de los demás, llamaban a los habituales los aburridos con dignidad.

El inventor de la frasecilla tuvo su éxito, porque se repitió con fruición refiriéndose al público de casinos, balnearios y playas poco frecuentados y algo lánguidos.

La gente goza de tan poca fantasía que tiene que recoger con ansia unos de otros estos pequeños adornos de la conversación. Son como traperos o colilleros de frases hechas.

Cosa, en parte, digna de señalarse era que, en general, a los extranjeros no les gustaba absolutamente nada los jardines del Retiro. Los franceses encontraban poca libertad para hablar con las mujeres y los alemanes preguntaban extrañados: ¿Pero aquí dónde se bebe?.

El espectáculo era exclusivamente madrileño, un tanto cortesano, un tanto provinciano, elegante y al mismo tiempo pobretón.

El público de los jardines del Buen Retiro se sentaba en las sillas, en corros, alrededor del quiosco central, donde tocaba la música, dejando libre la pista para pasear. Los focos eléctricos, colgados de cables tendidos en postes, entre los árboles, iluminaban el paseo con una luz muy blanca, como de luna. Los tales focos, con dos carbones, lucían con intermitencias y echaban chispas.

Estos arcos voltaicos metidos en globos de cristal esmerilado, envueltos en un enrejado de alambre, brillaban entre nubes de mariposas y mosquitos atraídos por la luz cegadora.

Parte del público, sentado en las sillas del jardín, se levantaba e iba de prisa al teatro cuando los timbres anunciaban el comienzo de la representación de un acto; otros, sin duda más indiferentes o menos filarmónicos, desdeñaban el espectáculo y se quedaban disfrutando del fresco de la noche.

Muy pocos tomaban localidades de butacas o palcos; la mayoría de la gente se sentaba en una galería circular en torno de la sala. En esta galería, con el piso de arena, se amontonaban las sillas de pala ordinarias.

Las mujeres se quejaban con frecuencia de ellas. Al parecer, se les enganchaban los vestidos en los palos de los respaldos o de las patas de los asientos, un tanto desvencijados.

Dentro del teatro la luz parecía más blanca, y cuando se rompía el globo de un arco voltaico se veían los dos carbones incandescentes tan brillantes que dejaban por un momento a cualquiera medio ciego.

Como el público, en su mayoría, era de cierta posición más o menos sólida y estaba acostumbrado a oír óperas en el Teatro Real, tomaba las representaciones aquellas un poco en chungu.

La ópera, cosa seria y sagrada para la generación anterior, tenía para ésta, al menos en verano, un aire de broma.

Los espectadores escuchaban unos trozos y desdeñaban otros; se oía, por ejemplo, en «Lucrecia Borgia» el coro *Bella Venezia* y la cavatina del duque de Ferrara *Vieni la mia vendetta*. En «La Favorita» se escuchaba el dúo del barítono y la tiple y el *Spirto gentil*, y de diez veces, nueve, entre personas mayores se recordaba al tenor Gayarre. Era el eterno lugar común. En «El Trovador» se escuchaba *Il balen del suo sorriso* o *Matre infelice*, según fuera el tenor o el barítono de fama el cantante principal, y todo el mundo tarareaba *Ah che la morte ognora, ¡Addio, Leonora! ¡Addio!* En el «Ballo in maschera» se oían las dos canciones del barítono, *Alla vita che tarride, Eri tu che macchiavi quell'annima*, y también el allegro del paje *Ah di che fulgor* y la canción ligera y alegre *Saper vorreste*.

En la «Africana», cuyo argumento parecía siempre un logogrifo inexplicable, aparecían Selika y Nelusco con camisetas oscuras de punto, muchos anillos y pulseras, y el marino Vasco de Gama, después de lanzar un gallo, se ponía a tomar mediciones con un compás muy grande en

un mapa. ¿Qué medía? El público en general no se enteraba de la razón de aquellas medidas misteriosas, que quedaban en el mayor secreto.

«Aida» resultaba tan oscura y tan negra como la «Africana», y «Los Hugonotes» no le iban a la zaga. Aquí todo el mundo tarareaba la canción del paje, la ronda de los bohemios y el canto de la queda.

El duque de Mantua en «Rigoletto» cantaba su *ballata* de bravura y de indiferencia *Questo o quella* poniéndose los guantes y la *Donna é mobile* sentado en una mesa.

Algunos viejos recordaban a Tamberlick. ¡Ah! Aquél era un tenor.

Las decoraciones eran bastante malas y el vestuario, de la guardarropía del Real, deslucido y ajado.

Los coros estaban siempre constituidos por señoras viejas y señores calvos y gruesos. Cantaban unos y otras con mucha afinación, y las bailarinas, mujeres esqueléticas, con piernas musculosas y fuertes, marchaban con agilidad desliziéndose sobre las puntas de los pies.

Había siempre cosas ridículas y, al parecer, inevitables. La tiple de la «Traviata», Violetta, en su lecho de muerte, tísica por los cuatro costados, era una señora gorda y apaisada a quien se podía pronosticar a cincuenta metros de distancia expuesta a la apoplejía pero inmune en absoluto para la acción del bacilo de Koch.

A pesar de ello, la música sentimental de la ópera de Verdi hacía llorar a algunos viejos. El brindis *Liviano ne lieti, calici*, o aquello de *Alfredo, Alfredo, di questo core*, o lo de *Parigi o cara* les enternecía. Aquí se acordaban los filarmónicos de la Patti. ¡Oh! ¡La Patti! Aquella era una tiple.

El tenor de «Lohengrin», con unos tacones de a cuarta, unos colorcitos en las mejillas y el aire de zapatero, menos romántico posible, después de llegar en su nave conducido por el cisne de cartón, el *cigno fedele*, en el momento de requerir a la sublime Elsa de amores dejaba caer el casco al suelo, que sonaba en el escenario ostentosamente a hoja de lata.

Una noche, en una de estas representaciones alguien dijo: ¡Ahí está el heraldo! Otro añadió: ¡El «Heraldo», que viene bueno! Y un tercero puso la coletilla, gritando: ¡Si ha salido el «Heraldo» vámonos a cenar!

Las copas de veneno de «Lucrecia Borgia» eran del más puro cartón de Bohemia, las plumas del sombrero de Nevers en «Los Hugonotes» parecían arrancadas del sombrero de alguna vieja rancia y las espadas y puñales daban siempre un poco de risa.

Don José, con su navaja haciendo derrotes a Carmen a la puerta de la plaza de toros de Sevilla daba algunas veces ganas a la gente del público dominguero de gritar como en un tendido: ¡Ahí la tienes! ¡Tuya es! ¡Anda con ella! Los actores de «La Bohemia», de Puccini, parecían viajeros de géneros de punto de Tarrasa, y la *Vecchia zimarra*, salida de un bazar barato de ropas hechas.

La temporada de opereta italiana resultaba, desde el punto de vista de la representación, bastante mejor, y las obras y las decoraciones puestas con más elegancia y cuidado. «Orfeo en los infiernos», «La Mascotta», «Bocaccio», «Doña Juanita», «Mam'zelle Nitouche» y otras más modernas entonces, como la «Geisha», el «Bombero de servicio» o el «Carnet du Diable», se cantaban con mucha gracia por las tiples y los caricatos italianos; aquéllas muy expresivas y éstos con caras agudas de polichinela.

En «La Mascotta», una tiple, la Caligaris, decía con gran picardía los cuplés del Bravo capitano preso por los bandidos, y en el «Carnet du Diable» hacía reír al público el commendatore del Caimane Rosso.

## IV

Para mucha gente de la burguesía madrileña pobre los jardines del Buen Retiro ofrecían el atractivo de poder conocer allí a personas de la aristocracia a quienes en el invierno no podían ver ni tratar por su existencia más rumbosa.

Durante el verano se corrían las escalas de la sociedad, de la buena y de la mediana, y la burguesía grande y pequeña se acercaba a la aristocracia antigua y moderna, a la de los títulos pomposos y a la plutocrática de valores más sustantivos.

Representantes de una y de otra fraternizaban en la pista de los jardines a los acordes de «La Gran Vía», de «La Verbena de la Paloma» o de la sinfonía de «Poeta y Aldeano».

Entonces la aristocracia se creía triunfante y se dejaba ver. La burguesía modesta y con algunas pretensiones, los empleados y los estudiantes conocían, por lo menos de vista, a las damas de la alta sociedad tanto como a las tiples, a los cómicos, a los toreros y a los políticos de fama.

Cuando las señoras volvían en su coche las tardes de otoño o de invierno por la carrera de San Jerónimo, después del paseo por la Castellana o el Retiro, se decían los jóvenes unos a otros: Allá está la Fulana... Por allí viene la Zutana....

En los jardines del Buen Retiro las ocasiones de ver a estas damas linajudas eran más frecuentes y las distancias se acortaban.

No era sólo la alta sociedad elegante la que se podía conocer en aquel jardín, sino también la de las cortesanas: la Blanca, la Puri, la Tropical, la Nadadora, mujer grande, rubia y pintada, y otras se codeaban con el público. Había también damas extravagantes que tenían cierta fama, de quienes se contaban cosas curiosas. Una de ellas era Lola la Valkiria, que se decía que se había desafiado con una rival en amores a espada francesa en la Casa de Campo y había aparecido por la noche en un palco del Teatro Real con el brazo vendado. Otra era una mujer a la que llamaban la Venus de la Necrópolis, sea porque tuviera citas en los cementerios o porque se la considerase a ella como sepulcral.

Entre los hombres se distinguían muchos. De los más asiduos a los jardines eran: uno al que decían Radamés por su mirada viva y su expresión siniestra; otro joven, de quien se aseguraba era la segunda belleza de Madrid; un pintor de palomas que llevaba melenas; un húsar muy cursi que, según se contaba, había hecho heroicidades en Melilla, y un aristócrata, cuya mayor preocupación era ser la contrafigura del príncipe de Gales, que luego reinó con el nombre de Eduardo VII.

Todavía había algún viejo currutaco a quien en su Juventud habían llamado el Pollo Real como a uno de los amantes de Isabel II, y un militar alto y de mucha prestancia apodado la Bestia Hermosa.

Las tertulias de los jardines se hacían y se deshacían con facilidad. En unos días, en unas semanas, o en unos meses se formaban, crecían, y al poco tiempo venía una desbandada general.

Algunas de aquellas tertulias gozaban de cierto renombre entre los abonados, porque en ellas se distinguía la dama de la aristocracia celebrada por sus joyas, por sus dichos mordaces o por sus aventuras, o algún político con fama de elocuente, de maquiavélico o de florentino.

Todavía se sentía entusiasmo por la conversación ingeniosa y el lucirse haciendo una frase era un valor que se cotizaba. El tal entusiasmo ha ido desapareciendo y extinguiéndose como si todos tuviéramos el tiempo tasado y creyéramos, a estilo inglés, que éste es dinero.

La tertulia de don Paco Lecea, si no de las más celebradas, era conocida en los jardines. Tertulia de solterones, de hombres solos, tenía cierta fama de libre, de satírica y de maldiciente.

Don Paco Lecea, viejo golfo y cínico, empleado cesante, ex gobernador de provincia, ostentaba entonces como solo título el de socio del principal casino de Madrid. Se decía que tenía antiguos amores con una marquesa.

Don Paco era bajo, pesado, de cara pálida, lívida y triste; la barba negra, llena de mechones blancos; bolsas violáceas debajo de los ojos y aire de moro o de judío.

Don Paco vestía a la moda atrasada. En todo le pasaba lo mismo. Entusiasta de escritores, de cómicos y de toreros de hacía cuarenta años, no podía comprender que si lo pasado para el viejo parece siempre mejor que lo presente no es porque lo sea, sino por el espejismo de la vejez.

Don Paco era por entonces un tipo de casino, con cierto humorismo negativo y acre. Se manifestaba enemigo irreconciliable de la Naturaleza, del sol, del campo y del mar. En serio o en broma, para él todo lo natural era malo y lo artificial bueno. Un parque era mejor que un bosque, un estanque de un jardín mucho más agradable que el mar. Un paisaje bonito valía más verlo pintado por un buen pintor que en el natural. Don Paco había sido muy jugador y vivía de algún resto de fortuna y del crédito. Tenía un cuarto alquilado en una casa de la calle del Clavel.

Don Paco a veces recurría para comer a alguna tabernucha de la calle de jardines, o de la Aduana. Si le veían por allí inventaba una intriga de mujeres para explicar su presencia en la callejuela. En algunos teatros, como el Real, era, desde hacía mucho tiempo, de la claqué, de una claqué un tanto vergonzante; en otros le reservaban una butaca.

Si necesitaba dinero pedía siempre a los amigos jugadores y llevaba apuntadas con mucha escrupulosidad las cantidades que debía.

—No todo el mundo puede tener deudas —decía en serio, creyendo sin duda que el tenerlas constituía una gran superioridad.

Don Paco sabía una porción de anécdotas de todos los teatros y principalmente de los jardines del Buen Retiro desde la época de los Bufos hasta la moderna y recordaba los espectáculos dados allí por las distintas compañías.

Otras varias personas formaban parte de la tertulia. Uno de ellos era don Juan Guevara, médico, soltero, culto, de buena posición y de vida un tanto retirada. Guevara, hombre grave, serio, pesado, hablaba muy lentamente.

Había otro contertulio asiduo, un tal don Manuel, conocido por don Manuel el de Filipinas.

Por esta época acudía también casi todas las noches a la reunión un periodista, Eduardo Montes Plaza, redactor de varios periódicos y director de «El Mundo».

## V

Si no todas las noches, aparecían con frecuencia en los jardines el marqués de Castelgiron, el conde de la Piedad, un señor García Flores y varios jóvenes periodistas llevados allí por Montes Plaza.

Cada uno tenía su especialidad y su carácter. Don Paco Lecea solía animar su tertulia contando historias de la gente antigua madrileña. Saludaba con gran ceremonia a las damas y hablaba luego mal de ellas.

—Ahí va la duquesa de Tal... —decía, y después, en un aparte, añadía—: Es un zorrón desorejado... Es algo pariente mía.

El mérito para el grande era el parentesco, más o menos lejano, con la duquesa; su calidad de desvergonzada o de virtuosa ya no le importaba.

Don Manuel el de Filipinas poseía una finca en la isla de Luzón y en ella vivía hacía más de veinte años; pero pensaba dejarla y venderla. La larga estancia en un campo siempre verde le había dado gran entusiasmo por las ciudades, con sus calles y sus aceras de piedra.

—El verde de los árboles me da mucha tristeza —solía decir—; esto estaría mejor sin árboles.

Don Manuel hablaba mucho de la sociedad secreta masónica de los filipinos: el Katipunán; contaba historias muy amenas, pero que no interesaban a nadie.

El madrileño de entonces era incapaz de ocuparse de cosas lejanas, aunque ocurriesen en dominios españoles. Madrid, las playas de moda, París y un poco Inglaterra, este era su mundo; lo demás era una geografía inferior que no valía la pena de tomar en cuenta.

Don Juan Guevara se dedicaba pesadamente a la antropología pintoresca. Señalaba entre la multitud de los jardines el tipo simio, el negroide, el hombre de aire semítico, céltico o germánico. Descubría o creía descubrir al militar, y si éste aparecía con una mujer llena de diamante suponía de dónde venía cargado de dinero, a qué regimiento de Administración Militar pertenecía y si estaba sumariado y obligado a pedir el retiro.

Para Guevara había tres clases de hombres: el *Homo Sapiens*, raro; el *Homo Demens*, corriente, y el *Homo Domesticus* o *Vulgaris*, frecuentísimo.

El doctor Guevara hablaba de escritores desconocidos para la mayoría, casi todos ingleses. Leía constantemente a Macaulay y a Spencer.

El doctor se mostraba enemigo acérrimo de la exageración y de la hipérbole. Su afán de exactitud y de claridad se tomaba casi siempre a chacota.

Una vez, y la cosa se repitió entre bromas, tuvo una larga discusión con un tal Aguilera, periodista y profesor de latín y de literatura en un colegio. Éste, al llegar a la tertulia, dijo:

—He tardado mucho porque se nos ha parado el tranvía. Había, ¡qué sé yo!, lo menos trescientos tranvías detenidos en la calle de Alcalá entre la Puerta del Sol y la iglesia de San José.

—¡Hombre! ¡Hombre! ¡Trescientos tranvías! ¡Eso es imposible! —dijo el doctor.

—¿Por qué?

—Porque no puede ser. ¿Cuántos metros supone usted que tendrá un tranvía de largo?

—No sé. Tendrá cuatro o cinco.

—Bien. Suponga usted que tenga cinco. Multiplique usted trescientos por cinco, son mil quinientos; ponga usted dos metros entre tranvía y tranvía para las mulas, tiene usted seiscientos; sume usted mil quinientos y seiscientos, le dan dos mil cien metros y entre la Puerta del Sol y San José no habrá seiscientos.

—Bueno. Pues suponga usted que he dicho que había treinta tranvías parados —replicó Aguilera con cierta acritud.

—¡Hombre, no! ¿Cómo va usted a confundir treinta con trescientos? Para eso no tendría usted que tener ojos.

—Pero usted ha hecho el cálculo mal —dijo don Manuel el de Filipinas maliciosamente—. Usted no ha tenido en cuenta que hay dos vías en la calle de Alcalá.

—Es cierto. Tiene usted razón; pero ni así puede haber trescientos tranvías en el espacio que dice Aguilera.

Con tal motivo el doctor comenzó nuevos cálculos, aburridos y pesados, entre la indiferencia y la sorna de los demás.

El doctor Guevara se incomodaba a veces con las fantasías.

—Nada de divagaciones —decía don Juan— ni de teorías al aire. Hechos y nada más que hechos. ¿Cree usted? ¿Qué es eso de que cree usted? ¿Qué vale eso; ¿Lo ha visto usted? ¿Lo ha comprobado usted? No me hable usted de lo que cree, porque eso para mí no vale nada.

Eduardo Montes Plaza, el periodista, era delgado, de bigote negro y frente pequeña. Don Juan Guevara no le miraba con simpatía.

—Es un hombre de poco fiar —aseguraba—, un perfecto canalla, o, si se quiere, un canallita.

Nadie consideraba al periodista como tal. Se le tenía por hombre alegre, despreocupado y campechano.

Probablemente, el doctor Guevara estaba en lo cierto en su diagnóstico. Montes Plaza era hombre de enredos y de chanchullos, holgazán, con un egoísmo disimulado por cierta falsa alegría, capaz de engañar al amigo y al compañero.

Bajo su aire ficticio de bohemio despreocupado aparecía el individuo envidioso y ávido de fama. Montes Plaza se manifestaba lleno de escepticismo por la época y por la política, aunque presumía ser un demócrata sincero.

Era difícil saber cómo aquel hombre se las manejaba para vivir y sostener a la familia. El sueldo, pequeño, del periódico no le podía bastar para sus necesidades. Tenía, sin duda, raíces que llegaban hasta el presupuesto. Se le consideraba protector de los periodistas jóvenes, de los chicos de la Prensa, pero no había tal, más bien los aprovechaba para sus fines políticos.

Montes Plaza aseguraba que su inclinación natural era la de ser gandul; ahora, según él, no había podido llegar a ser el gandul puro y perfecto, el vago arquetipo. Muchas veces sentía, según afirmaba, estúpidas veleidades de trabajar y de conseguir éxito y hasta gloria, y esto le desacreditaba en el concepto de los demás.

Si no hubiera hecho nunca nada, decía, tendría mayor respetabilidad; pero el afán de hacer, el no contentarse con la noble calidad de holgazán y de vago le desconceptuaba por completo.

No era esto cierto, sino más bien una finta para disimular su ambición oculta.

Montes Plaza llevó a la tertulia de don Paco a varios redactores de su periódico, a quienes llamaba sus tigrecitos entre ellos a Emilio Aguilera, a Alejandro Dobón, a Carlos Hermida y a Jaime Thierry, joven escritor recién llegado de Norteamérica a quien en el mundillo literario y periodístico se consideraba como un mozo de porvenir.

Estos jóvenes tenían pase para entrar en los jardines. Iban casi todos ellos allí con mucha frecuencia, aunque algunos alternaban las funciones de ópera con los estrenos de zarzuela ligera de los teatros. Otros tenían que acudir a recoger noticias a los ministerios y a la central de Teléfonos.

Uno de los amigos de Montes Plaza, y que éste presentó en la tertulia, era Romero, Pepe Romero el bolsista, hombre que presumía de práctico y que, como decía él, no pedía a las mujeres más que lo que podían dar. Romero vivía con una fulana cualquiera y no le exigía, según afirmaba él, ni inteligencia, ni virtud, ni fidelidad. Esta actitud era para él uno de los caracteres de su sabiduría y claro juicio. A Romero, a quien todo el mundo llamaba Romerito, se le tenía por hombre servicial y amable.

Romerito era partidario de jugar a la baja. Creía que la Bolsa se regía únicamente por el acontecimiento y la noticia y no comprendía las jugadas de los banqueros y de los técnicos que



ganaban casi siempre haciendo operaciones a la alza. En los muchos años que frecuentaba la Bolsa no había aprendido nada.

Guevara decía que Romerito, con aquellas ideas, no podía ser un buen bolsista.

Con Romero vino a la tertulia el comandante Lagunilla, hombre a quien se tenía por un militar valiente, terrible y sentimental. Lagunilla era robusto, moreno, fuerte; echaba discursos a sus soldados en el cuartel y les llamaba muchachos, hijos míos. Había estado en Cuba y en Filipinas y no le había tocado jamás una bala. Sin saber por qué se le hizo una fama de héroe y algunos le veían como un futuro dictador. El mejor día pensaban que Lagunilla iba a hacer algo sonado.

## VI

No era constante, pero con frecuencia se presentaba en la tertulia de don Paco como una momia, como un fantasma, el marqués de Castelgirón, un morfinómano, envenenado, consumido por el alcaloide del opio. El marqués había vivido muchos años en París, donde adquirió su toxicomanía. Estaba delgado y pálido como un espectro, llevaba la barba pintada, tenía la mirada vidriosa, vestía muy elegante y gastaba monóculo. Era amigo de don Paco, quien le admiraba profundamente.

Un detalle horroroso del marqués, que no se apreciaba al primer momento, era que tenía una cánula en la garganta. La llevaba con un corbatín metálico que le sujetaba el cuello y solía disimular el aparato con un pañuelo de seda. Le faltaba parte de la laringe, que se la habían extirpado hacía ya ocho o diez años. Había tenido un chancro y al operarle fue indispensable dejarle aquella cánula para respirar.

La pobre momia del marqués morfinómano hablaba con una voz muy baja. No podía levantar la voz. En su casa llamaba a los criados con un pito. Tenía el criado número 1, el número 2 y el número 3 y acudían según los silbidos.

Se contaban cosas raras de él. Una vez, cerca de París, en una partida de campo se cayó al Sena en un sitio no muy profundo, y los compañeros, gentes de broma, al verle sacar la cabeza del agua no le hacían caso y se reían; pero el marqués se iba ahogando, el agua le entraba por la cánula de la garganta al pulmón.

Cuando el marqués llevaba algunos días sin su droga era como un cadáver putrefacto, amarillo, horroroso. Luego le daban la inyección y reaccionaba y parecía una persona.

El marqués, siempre muy atildado, se daba de espectáculo al público. Solía presentarse en una platea de la derecha en todos los estrenos importantes solo, dramático.

El marqués de Castelgirón tenía una vieja ama de llaves antigua y fiel. Ésta le guardaba la morfina y se la administraba cuando ya no podía pasar sin ella.

Esta mujer, mientras el marqués dormía, le vigilaba constantemente, y si veía que la garganta del enfermo comenzaba a gorgotear le sacaba la cánula, la limpiaba y se la volvía a poner con la habilidad de un cirujano. Así, aquel hombre vivía constantemente acechado por la asfixia entre la vida y la muerte.

El marqués contaba unas historias terribles de París, de chantajes políticos, de amores monstruosos entre invertidos y lesbianas. Todo el gran mundo parisiense de su tiempo desfilaba en sus conversaciones con un gran relieve; sabía perfilar los tipos y contar con arte dramático los sucesos.

También se acercaba con frecuencia a la tertulia el marqués de la Piedad, hombre de fama más que equívoca, quien a veces hacía gala de su homosexualismo. El marqués, grueso, atrevido, era un cínico. Solía decir:

—Esto de los amores para ustedes es cosa fácil; pero figúrense ustedes lo que será para mí.

—Sí, nos lo figuramos —contestaba Guevara con una seriedad un poco cómica.

El marqués era gordo, pesado y grasiento, de barba ya blanca; tenía negocios teatrales y andaba por las calles siguiendo a los soldados. Al parecer era muy decidido y muy arriesgado, lo que hacía decir al periodista Aguilera en broma:

—Lo marqués no quita lo valiente.

Alguno, inspirado en la retórica acaramelada de D'Annunzio, le llamaba el divino marqués. No es probable que esta palabra de divino se empleara recordando al divino Argüelles, en la época completamente olvidado.

Otro de los contertulios, curioso dentro de su vulgaridad, don Guillermo García Flores, ex comerciante, había ido a Londres en su juventud de dependiente de una frutería. En Inglaterra hizo una pequeña fortuna y se convirtió en un tremendo anglófilo. Llegó a tener, sin duda por convicción, cara y tipo de inglés.

Don Guillermo era de una vanidad cándida. La aristocracia le entusiasmaba. Ya viejo como era tenía las ilusiones de un joven. Ir al Teatro Real, pasear en el coche de un aristócrata, saludar a la marquesa o a la duquesa, para él constituían sus más caros ideales.

Don Guillermo llegó a borrar los rastros de su vida de comerciante. Vivía en un hotel céntrico; el amo del hotel le hacía gran rebaja, porque don Guillermo, en caso necesario, le escribía cartas en francés y en inglés, y si se presentaba algún huésped extranjero ilustre no tenía inconveniente en acompañarle y en servirle, en apariencia gratis, de cicerone y de intérprete.

Don Guillermo se daba como hombre dedicado en su juventud a la diplomacia. Se mostraba especialista en cuidar bien los trajes; si a otro le podía durar uno con aspecto flamante tres o cuatro meses, a él le duraba dos o tres años.

Don Guillermo aprovechaba el ser socio de un casino aristocrático, y por diversos procedimientos, bien estudiados, de emplear los criados y los coches para sus conocimientos del hotel, de utilizar periódicos y papel de cartas, le salía la cuota gratis.

## VII

Carlos Hermida, Carlitos Hermida, era hijo de un empleado de la Sección de Fomento, oficina que había, hace años, en los Gobiernos civiles de las capitales de provincia. Su madre, una burgalesa, se llamaba doña Antonia González Villalobos.

Esta señora, nieta de un brigadier e hija de un capitán con el grado de comandante, tenía la sensación de haber descendido de categoría en la escala social y el deseo de subir nuevamente en ella algunos peldaños.

El padre de Carlos había sido oficinista en varias capitales; después, ascendido a jefe de negociado de primera clase, fue trasladado a Madrid.

El buen señor, de ambiciones modestas, reclamaba a veces entre los empleados subalternos el tratamiento de usía, lo cual demostraba no ser un águila ni un monstruo de orgullo cuando con tan poco se quedaba satisfecho.

Al morir el padre de Carlos quedó la viuda con un hijo ya mozo y dos niñas. Guardaba la familia algún dinero ahorrado, y con él y con la pequeña pensión de la madre se sostuvieron y vivieron pobremente.

Doña Antonia y la hija mayor, Adelaida, comenzaron a trabajar para fuera.

El hijo, Carlos, tenía el grado de bachiller terminado en Burgos, y por falta de medios no podía empezar a estudiar una carrera.

Doña Antonia lo sentía mucho, no porque Carlos mostrase aptitudes extraordinarias para el estudio, sino porque consideraba la carrera el único modo de encumbramiento para un joven de buena familia como su hijo.

En el bachillerato, Carlitos fue pasando los cursos a fuerza de recomendaciones, sin manifestar la menor afición a ninguna ciencia o arte ni siquiera al de hacer versos.

Carlos no se mostraba chico travieso, sino más bien parado, poco vivo y menos inteligente. Nada imaginativo, de un egoísmo cazarro, hipócrita y disimulado, su condición mejor para la vida era el ser práctico y el darse cuenta de las cosas.

En Madrid, y a fuerza de trabajos de su madre y de recomendaciones, le nombraron temporero de la Deuda. Fue un buen empleado: acudía puntualmente a la oficina, trabajaba con asiduidad, atento a las indicaciones de los jefes, y no prestaba atención a compañeros alborotadores, escandalosos y bohemios, que consideraban que allí se estaba únicamente para cobrar el sueldo.

Carlos pensaba hacer oposiciones a cualquier destino modesto y seguro, al primero que se presentase; pero las oposiciones no llegaban.

Con la viudedad de la madre, el trabajo para fuera de ella y de su hija mayor, Adelaida, y el pequeño sueldo de Carlos podía ir tirando la familia con mucha estrechez y sin hacer trampas. Vivían en la calle de San Bernardino, en un piso alto, adonde se trasladaron al morir el padre.

Doña Antonia era flaca, seca. Vestía siempre con el mismo traje. Se mostraba muy fría, muy severa, con todos. No tenía condescendencia más que para su hijo. Vivía pensando en el encumbramiento de Carlos.

Doña Antonia contaba con algunas amistades. Las cultivaba como podía. En la vecindad vivía una muchacha estudianta de maestra, Matilde Leven, pronto amiga íntima de Adelaida, la hermana de Carlos.

Cuando Carlos se quedaba con su madre a solas hablaba de su porvenir y de sus esperanzas. Madre e hijo pensaban, calculaban, inventaban mil cábalas y posibilidades. Las dos muchachas,

Adelaida y Emilia, no debían de tener gran importancia para su madre y para su hermano, porque nunca hablaban de ellas ni se preocupaban de lo que podían hacer en la vida.

Adelaida, de cara incorrecta, desvaída y aire débil, no parecía con condiciones para luchar y prosperar. Emilia, la menor, prometía ser más decidida, atractiva y coqueta.

Con esta falta de sentido moral, frecuente en las familias trepadoras, poco a poco, a la débil le daban más trabajos que a la fuerte. La una tiraba para cenicienta y la otra para princesa. Carlos, por entretenimiento y dejándose llevar por la influencia de su hermana Adelaida, comenzó a galantear a Matilde, a la chica de la vecindad que estudiaba para maestra.

Ella le aceptó y se trataron los dos como novios formales e hicieron proyectos de matrimonio para el porvenir.

## VIII

Carlos, de pronto, apareció ante la gente con cierta vocación literaria. Esta vocación falsa procedía de Matilde, de su novia.

Matilde Leven sentía afición por la literatura, y escribía versos y cuentecillos con gracia. La estudiante, no muy guapa, tenía encanto, conversación agradable y amena.

La futura maestra se enamoró de Carlos; le pareció un tipo de buen muchacho, buen hijo, muy respetuoso y muy amante de su madre.

Era el espejismo de la ilusión, la ceguera que produce el fervor amoroso, que impide ver a las personas que interesan con los ojos de la inteligencia.

Las relaciones se iniciaron bastante frías por parte de Carlos y entusiastas por parte de ella.

Carlos no estaba mal de tipo; dentro de su vulgaridad, era fuerte, la cara correcta; mirándole atentamente se notaba en él cierta mezquindad y poca viveza.

Matilde reprochaba a Carlos falta de arranque para tomar determinaciones enérgicas. Creía que era tímido por candidez y por respeto y no por falta de inteligencia.

—¿Por qué no escribes en los periódicos? —le preguntó ella en una ocasión.

—Porque no se me ocurre nada.

—Pues a mí se me ocurren, no sé si tonterías o no, pero se me ocurren cosas.

—Pues escríbelas y publícalas.

—No, no quiero publicar nada con mi nombre. De una mujer sabia y literata se ríe en España todo el mundo. ¿Quieres publicar tú algo mío con tu nombre?

—Bueno, intentaré.

Carlos mandó a diferentes periódicos los trabajos de Matilde, firmados por él, y salieron cuentos y crónicas como si fueran suyos.

Matilde Leven, hija de un piloto escocés, casado con una vasca, se apellidaba Leven y Echeverri. Había pasado la infancia en Bilbao, y se sentía muy española. Después de muerto su padre en un naufragio se trasladó con su madre a Madrid. La madre de Matilde era una mujer siempre vestida de negro, huraña y poco comunicativa.

Matilde tenía un aire genial, la frente tempestuosa, los ojos brillantes, la expresión de inteligencia y de audacia. Recitaba muy bien; le gustaban las poesías de Bécquer, de quien se mostraba gran admiradora. Tenía las obras completas de Walter Scott, en inglés, que leía constantemente. También era música, y tocaba en el piano a Beethoven, a Schubert y Schumann con mucha expresión.

Matilde, entusiasmada con Carlos, creía a su novio un hombre excepcional, generoso, caballeresco. En cambio, Carlos sentía un fondo de rencor contra ella; comprendía demasiado su ingenio; su superioridad, y sus instintos generosos le humillaban.

Le hablaban a Carlos con frecuencia en la oficina y en la calle de los productos literarios de su vecina, que aparecían como si fueran suyos. Entonces los leyó con atención para contestar a las felicitaciones y a las bromas de algunos conocidos. Realmente Matilde tenía imaginación y talento, cosa para Carlos insólita e indignante. ¿De dónde sacaba aquella mujer aquellas ideas y fantasías? A Carlos le producía esto una mezcla de asombro y de desprecio.

—Hombre. Veo que escribe usted en los periódicos. Nunca lo hubiera creído —le decía alguno.

Era tanto como indicarle: No pensé que fuera usted capaz de esto. Lo tenía por más torpe y más bruto. Algunos le indicaban, medio en serio, medio en broma:

—Amigo, yo ya le había calado a usted desde hace tiempo.



—¿Pues? ¿Por qué?

—Había comprendido por su aspecto que tenía usted algo de poeta. No, no me ha engañado usted.

Los elogios le producían mayor resquemor contra su novia.

Carlos no había leído casi nada de chico. Dos o tres novelas de Fernández y González y de Pérez Escrich y otros tantos folletines franceses de *La Correspondencia* en España constituían toda su lectura. De alguno de aquellos novelones no supo distinguir bien qué tenían de reales y qué de imaginarios. La madre de Carlos, doña Antonia, comprendió desde el principio la maniobra. Los cuentos y crónicas firmados por su hijo no podían ser suyos, no le consideraba con ingenio capaz de escribir algo literario; pero esto para ella no constituía una inferioridad, sino más bien lo contrario: una superioridad.

El escribir en los papeles estaba bien para gente absurda, zarrapastrosa y tabernaria, que fumaba en pipa, llevaba sucias melenas y se emborrachaba, no para personas correctas y distinguidas.

## IX

El elogio de los cuentos y crónicas aparecidos en los periódicos con su firma impulsó a Carlos a aprovecharse de ello de alguna manera. No se le ocurrió cobrarlos, porque ya sabía que esto para un principiante era imposible; pensó como más práctico hacerse periodista e ingresar en este oficio de los improvisados. La pequeña fama de sus falsas producciones podía servirle.

Fue con tal objeto a la redacción de un periódico conservador, donde le dijeron que no necesitaban gente, y luego a otro, llamado «El Popular», órgano defensor de las ideas republicanas radicales.

La redacción estaba en la misma casa del director, un militar republicano destacado en un pronunciamiento de hacía diez años.

El militar, con el aspecto de un oficial del tiempo de la República del 73, era barbudo y desastrado. Le faltaba únicamente para estar en carácter una guerrera sucia y una gorra de cuartel.

El director tenía las oficinas en su misma casa en un tercer piso. Mientras trabajaban los redactores, más con las tijeras que con la pluma, entraba y salía la criada, pasaba el carbonero y el dependiente de ultramarinos. Muchas veces había trifulcas entre el tendero y la mujer del director, porque sin duda en la casa las cuentas se pagaban tarde o no se pagaban.

El director no tenía asignado sueldo a ninguno de sus periodistas. Estos, sin duda, se las arreglaban para vivir con lo que podían pescar no se sabía en dónde.

Carlos le llevó al director sus artículos, es decir, los artículos y cuentos de Matilde, y el militar, después de leerlos atentamente, le dijo, demostrando indudable sagacidad:

—Amigo mío, usted es demasiado fino y demasiado literato para mi periódico. Yo no tengo más que gente de batalla, gente de rompe y rasga.

—Eso no es obstáculo —replicó Carlos—. Aquí haré lo que sea necesario. Quiero aprender un poco el oficio de periodista.

—¡Ah! Si usted quiere venir aquí a trabajar se le recibirá con gusto pero yo no pago.

—Muy bien, vendré.

Carlos fue a la redacción. Había en ella tipos famélicos y barbudos, con chaquetas raídas y pantalones con flecos; pobre gente con familia, cargados de hijos, que no se comprendía cómo podían alimentarlos y vivir con ellos.

A pesar de su miseria crónica, eran algunos republicanos exaltados e intransigentes, pero abundaban mucho las deserciones. Por un destínulo cualquiera la mayoría de ellos se pasaba al bando contrario, y la redacción de «El Popular» daba un contingente grande de empleados y policías al Gobierno monárquico. Comprobar puntos aparte.

Carlos no ganaba nada en «El Popular». Sin embargo, iba con asiduidad a la redacción. Pensó que aquello le podía servir, que allí podía comenzar el aprendizaje del oficio. Empezó a conocer periodistas, políticos y reporteros que hacían informaciones para la Prensa de provincias. Al poco tiempo se hizo amigo de un corresponsal y comenzó a ayudarlo y a ir con él a Teléfonos y a Telégrafos.

Se daban en la redacción butacas y a veces palcos para los teatros. Carlos los reclamaba y convidaba a Matilde y a su madre. Seguía mandando los cuentos y crónicas de su novia aquí y allá.

A los seis meses de acudir todos los días a la redacción de «El Popular» Carlos pudo dejarla e ingresar en otro periódico, en «El Mundo». Este tenía sus oficinas en un caserón antiguo de una calle céntrica. Aquí Carlitos comenzó a cobrar diez duros al mes, lo cual, en la época, se consideraba un comienzo espléndido.

El director, don Valentín Caballero, un señor mediocre, con fama de buen periodista, era un pobre diablo, serio, pesado y aburrido, de los que creen en el sacerdocio de la profesión y en que la Prensa es la gran palanca del progreso.

Los redactores de «El Mundo» no eran tan miserables, tan derrotados y tan anónimos como los de «El Popular»; algunos comenzaban a darse a conocer como escritores, otros estaban empleados en los ministerios y en el Ayuntamiento. Entre los colaboradores había alguno que otro profesor y literato de cierta fama.

Los más destacados de los redactores, los más jóvenes y los más bulliciosos eran Alejandro Dobón, Eduardo Larraga, Federico Golfín, Emilio Aguilera y Ángel Villaverde.

Alejandro Dobón, joven escritor llegado del Mediodía, acababa de ser soldado, sabía francés y había descubierto a Nietzsche, no se sabía donde; pero al mismo tiempo que se comenzaba a hablar del autor de Zaratustra en el mundo intelectual Dobón lo comentaba y defendía. La oscuridad, la bruma que envolvía al escritor alemán, citado sólo en revistas de última hora como un monstruo extraordinario, le prestaba mayor sugestión. El joven periodista cogió en su autor favorito el culto por la energía y la violencia, y le daba unas derivaciones exageradas y un poco absurdas.

Dobón, alto, de cara larga angulosa y bigote corto, tenía una voz hueca y campanuda y aire de soldado.

Emilio Aguilera, profesor de un colegio y periodista satírico, era un bufón. Tenía la cabeza redonda, los ojos vivos y brillantes, la nariz pequeña y la boca de labios gruesos. Hacía una sección cómica en el periódico y tenía gracia; pero sus chistes se destacaban mucho más dichos y accionados por él que leídos.

Golfín, inconsciente y atrevido, era pequeño, con una cara huesuda, escuálida, de calavera; un pelo rubio de estopa, la mandíbula saliente y los dientes grandes y amarillos de inglés de caricatura. Recordaba a un mono por lo vivo y lo desvergonzado.

Golfín era emprendedor y laborioso; había traducido melodramas del francés, que habían tenido algún éxito, y escribía una novela por entregas cuyos capítulos sacaba al mismo tiempo de varios folletines, mezclándolos unos con otros, lo que debía producir un resultado extraño. Golfín no tenía escrúpulos y buscaba el resolver la vida de algún modo, aunque fuera haciendo una trastada.

Eduardo Larraga, crítico de teatros y de música, hombre frío y de mala Intención, parecía una araña temblorosa y artera. No hablaba jamás, ni por equivocación, bien de nadie. Si, por casualidad, se le deslizaba en algún párrafo un elogio, al instante lo corregía y ponía una reticencia maliciosa.

Este crítico ganaba dinero en un ambiente pobre y vivía con cierta esplendidez. En lo demás no tenía decoro. Elogiar o denigrar, para él era lo mismo, dependía únicamente de su conveniencia.

—Amigo, cómo elogia usted el drama de Fulano —le decían.

—Sí, me conviene. Ya sé que es detestable.

Larraga usaba en sus críticas procedimientos poco delicados. Así, decía algunas veces: «Fulano, que me aseguraba ayer que el libro de Zutano es el más malo que se ha escrito desde hace años...» Lo que exageraba su indelicadeza era que el hecho era verdad y que el Fulano y el Zutano pasaban por amigos suyos.

El administrador, don Boni, era el hombre de confianza del político que sostenía el diario. Este don Boni llevaba barba blanca en abanico, vestía con pulcritud trajes claros y usaba para fumar una boquilla muy larga.

Cuando el jefe estaba en la oposición, don Boni hacía de administrador de «El Mundo», y cuando el partido entraba en el Poder le solían dar un alto cargo.

Dirigía la parte material del periódico Pascual Folgueira. Folgueira era grueso, achaparrado, con cara ancha y cabeza comprimida en forma de pera; hombre malhumorado, de un egoísmo

cerril y de una incapacidad extraña para enjaretar en el papel cuatro vulgaridades. Cada cuartilla repleta de lugares comunes corrientes le costaba sudores.

Folgueira dominaba el arte de confeccionar el periódico, de darle un aire interesante, poniéndole titulares sugestivos; tenía mucho sentido crítico, sabía muy bien quién valía y quién no en la redacción. Folgueira actuaba en un cuarto pequeño, en una mesa baja, entre cuartillas y galeradas, con un lápiz rojo y otro azul y un bramante para medir las columnas y calcular cuánto había compuesto y cuánto faltaba por componer para cada número. Solía estar siempre con el cigarro en el extremo de la boca, con un vaso de café y una copa de coñac delante. Hablaba con palabrotas.

Carlos se hizo amigo de los redactores. No se las echaba de literato. Esto no se lo hubieran perdonado. El no tenía tampoco bastante desvergüenza y cinismo para alabarse de lo que no había escrito.

Carlos no quería lanzarse a publicar artículos para no demostrar su torpeza. Trabajó durante algún tiempo de reportero. Conocía los secretos de la información. Luego fue ayudante de Folgueira. Este le trataba mal.

—Si usted es literato, ¿a qué viene aquí? —le preguntaba de una manera brusca.

—Hombre, hay que vivir. ¿Por qué no se puede estar aquí?

—Porque aquí se escribe con las patas de atrás —le decía Folgueira, y le tiraba intencionadamente la ceniza del cigarro al traje.

Carlos aguantaba las bromas y malos humores de Folgueira. Éste, a veces, se emborrachaba y se mostraba más grosero y brutal que de ordinario. Para congraciarse con él, Carlos le convidó varias veces a comer en una taberna. Folgueira se mostraba tan sucio, tan cerril y tan bruto, que daba asco. En la comida cogía del plato lo mejor, manoseaba el pan para elegir el más blando y se limpiaba los dedos en el mantel.

Como a Folgueira se le consideró durante mucho tiempo imprescindible, no se tuvieron muy en cuenta sus impertinencias; pero cuando el administrador, don Boni, comprendió le podía sustituir por Carlos, le despachó muy amablemente.

Entonces Carlos Hermida comenzó a cobrar cuarenta duros al mes. Necesitaba pasar en la redacción desde las once de la noche hasta las cuatro o las cinco de la mañana con los lápices y el bramante heredados de Folgueira. Por la madrugada se marchaba a casa.

Cuando había alguna dificultad de bulto se trasladaba a la imprenta, establecida en una plaza próxima. Sabía ya bastante de cuestiones de tipografía. Para las cosas prácticas Carlos no era nada torpe.

Naturalmente, no podía acudir a la oficina de la Deuda, porque tenía que dormir de día. Como era considerado buen periodista, cumplidor y serio, don Boni habló al ilustre Jefe, propietario de «El Mundo», político importante, y éste abogó por él y le eximieron de la obligación de ir a la oficina. Al mismo tiempo le ascendieron y le colocaron en la plantilla de los empleados de Hacienda. Entre los dos sueldos reunía ochenta duros al mes.

## X

Doña Antonia pensó que la carrera de Carlitos se podía dar por comenzada. Después de todo era cuestión de dirigirla y de encauzarla. Al arbolito tierno había que podarle implacablemente y arrancarle los retoños inútiles. Doña Antonia decidió mudarse del quinto piso al segundo de la misma casa. El cuarto nuevo costaba dieciocho duros al mes.

Se arregló el piso, se compraron a plazos algunos muebles y se alhajó la sala. El retrato del abuelo brigadier, don Antonio González de Villalobos, con su bigote y perilla, se colocó en la pared en el sitio de honor, sobre un sofá. Era el norte al cual debía enderezarse constantemente el rumbo.

Los mejores cuartos de la casa se destinaron para alcoba y despacho de Carlos. La madre y las hermanas, sobre todo la mayor, Adelaida, vivían para él, pensando exclusivamente en su porvenir.

Carlitos iba extendiendo sus amistades en el medio político y periodístico. Como era hábil y parecía modesto, se le consideraba chico de buen corazón. Conocía muy bien la aguja de marear. En la calle, en el periódico, presumía de imprevisor, de holgazán y de descuidado. Se le tenía por un literato obligado a trabajar en faenas no muy propias para un hombre de imaginación y de gracia.

En el fondo sentía un gran desprecio por la literatura y un gran entusiasmo por la política y por la posición. La literatura le parecía un medio de perder el tiempo. Sabía fingir lo contrario.

En su casa hablaba únicamente con sinceridad con su madre. ¡La posición! ¡El alcanzar una posición sólida! ¡El alternar con la gente rica y distinguida! Esto constituía su ideal.

La dirección de doña Antonia en los asuntos de Carlitos era férrea. No se debía desviar lo más mínimo de la línea trazada. Nada de amores insustanciales ni de tonterías, sino marchar al fin con energía y tenacidad. Bastaba contemplar el retrato del abuelo brigadier y pedir consejo a su estampa muda, llena de galones y cruces.

La madre de Carlos iba comunicando sus ambiciones a su hijo. En su Imaginación le veía prosperando y avanzando por en medio de la sociedad. Como habían pasado del piso quinto al segundo de la casa donde habitaban, irían después a una calle mejor y acabaría dejando a Carlos con un gran destino y casado con una mujer rica.

El joven Hermida iba aprendiendo, no sin algunas dificultades, el arte de escribir hilvanando lugares comunes sin una idea original. Leía con gran atención los artículos de fondo de los periódicos para aprender la manera de enjaretarlos. Todos los distingos clásicos del articulista tomados como maquiavélicos en las redacciones los iba manejando; las perogrulladas adornadas de sí que también y sin embargo fluían con facilidad de su pluma.

Carlitos leía a su madre sus producciones; en cambio, las ocultaba a su novia; ésta quizá se hubiese reído de ellas.

Carlos pudo emanciparse del bramante de confeccionador de periódico heredado de Folgueira y pasó a redactor de importancia: a escribir artículos de política e interviús. Por entonces nombraron director a Montes Plaza.

Carlos celebraba conversaciones con los políticos y entraba en las casas y en los ministerios con gran soltura. No firmaba nunca sus artículos. Le gustaba cultivar la interviú política. Si en ella se decían vulgaridades pedestres, él se defendía. No era suya la culpa si le contaban necedades y si la política estaba hecha a base de aquellas ineptias.

Muchas veces daba a las vulgaridades escritas por él primitivamente en serio un tinte de broma y adquiría de este modo un aire burlón y satírico de humorista. Si se trataba de cosa de importancia consultaba la interviú con su madre y ésta era el árbitro. Ella indicaba: Sí, esto se puede decir, o No, eso no se puede decir, y, en general, acertaba. Doña Antonia tenía un sentido

social agudísimo y sabía por intuición hasta dónde podía llegar la audacia y dónde debía detenerse.

La familia admiraba mucho a Carlos cuando hablaba del gran político a quien acababa de visitar, y explicaba con detalles cómo tenía puesto su despacho y quién le había salido a recibir. Únicamente Emilla, la hermana menor, protestaba a veces del carlismo, como decía ella, triunfante en su casa.

Entre los periodistas se sentía profunda admiración por algunos fabricantes de artículos a quienes se consideraba como grandes escritores. Les halagaba sin duda la idea de que el trabajo rápido y precipitado no permitía a los articulistas escribir obras de gracia o de profundidad. De no ser por aquellas faenas agotadoras, los Cervantes, los Calderones y los Shakespeare habrían salido a docenas de las redacciones.

Carlos comenzó a ir a todos los estrenos para conocer a la gente de sociedad. Su hermana Adelaida, a pesar de estar cansada del trabajo diario, le esperaba casi siempre hasta las dos y las tres de la mañana leyendo folletines y novelones. Carlos llevaba la llave, pero muchas veces se le ocurría tomar algo antes de ir a la cama, y por esto le esperaba Adelaida. Carlos se levantaba al mediodía. A su alrededor giraba la casa entera. Él era como el eje. Con la familia, menos con su madre, se mostraba muchas veces seco y malhumorado.

Quizás esto le parecía una manifestación de autoridad. Su hermana Emilia era la única que protestaba, y muchas veces se burlaba de él.

En la calle, Carlos aparecía sonriente y hasta con aire risueño y de atolondramiento. Él se ponía siempre a tono con el público.

—Es lástima —decía alguno en la redacción o en el salón de conferencias del Congreso—; este muchacho tiene talento, pero con esa vida que hace no podrá salir adelante.

Le pasaba todo lo contrario: no tenía ningún talento e iba a salir adelante con gran facilidad.

No hay como el mundo político y literario para carecer de olfato y conocer mal a las personas. Se elogia la hidalguía del comiquillo miserable, el buen corazón del granuja y la generosidad del roñoso y del usurero. En cambio, si, por casualidad, cae en ese medio el hidalgo auténtico, la buena persona y el hombre generoso, no se le reconocen jamás sus condiciones, quizá por incompreensión o quizá por envidia.

Parece como si hubiera un interés en no acercarse a la verdad y en vivir en la farándula y en la mentira. Quizás este interés exista.

El aspecto físico de Carlos acentuaba su carácter de periodista activo y emprendedor. Andaba de prisa, se metía en todas partes, preguntaba en la calle a derecha e izquierda. Había liquidado su timidez. Vestía siempre con cierta exageración, gastaba bigote a la borgoñona y tupé en la frente de aire atrevido y audaz.

A casa de los Hermida solía ir de tarde en tarde un pariente de doña Antonia, don Juan Ortigosa, llegado a ser subsecretario en su tiempo; hombre pétreo y pesado. Don Juan consideraba a Carlitos como un terrible revolucionario. Don Juan era el hombre del balduque, de estos individuos nacidos para ser oficinistas. El señor Quiroga se mostraba muy satisfecho de haber llegado a ocupar un alto cargo. Encontraba el mundo de su tiempo caótico, perdido; le parecía una de las grandes pruebas de la degeneración social el poco caso que se comenzaba a hacer, según él, en la burocracia y en la vida, de las viejas fórmulas consagradas.

Doña Antonia pedía a su pariente noticias de la política madrileña, que podían servir de algún modo para los planes de Carlos. Ella no desaprovechaba nada.

Por entonces Matilde Leven tradujo del inglés y adaptó con discreción y gracia una comedia muy divertida, que entregó a Carlos. Este la llevó a un teatro. Le faltaban a la comedia, según los técnicos, algunas gracias madrileñas, al parecer indispensables para el éxito. Un sainetero espolvoreó la obra con chistes groseros y bárbaros y algunos juegos de palabras. La comedia se representó como escrita en colaboración por Carlos y el sainetero y duró en el cartel dos meses en Madrid y una temporada larga en provincias.

Carlos cumplió con su novia haciéndole un regalito y llevándola a ver la función.



## XI

Carlos solía ir con frecuencia a la tertulia de un café del comienzo de la calle de Alcalá, próximo a la Puerta del Sol. Se reunían allí alrededor de unas mesas varios literatos en agraz, poetas y dramaturgos y dos o tres aprendices de novelistas.

Las conversaciones y discusiones entre ellos eran exclusivamente literarias. Muy pocos sabían algo de literatura antigua; la mayoría conocía a los escritores de la época, sobre todo a los extranjeros.

Para ellos, antes no se había escrito nada digno de leerse. Los autores del principio de siglo eran tan desconocidos como los del XVI o XVII.

A los jóvenes españoles se les unían algunos sudamericanos agrupados alrededor de dos tipos conocidos y de bastante nombre. Uno de éstos, medio indio, medio mulato, con unos brazos como de simio, largos hasta las rodillas, y el otro con una pelambrea negra y rizada, aire sucio y manos grandes, siempre calientes y húmedas. También aparecía de cuando en cuando en la tertulia algún francés decadente, flaco y melenudo.

A Carlos no le interesaba mucho la reunión, pero iba a ella pensando si de allí se podía sacar algo en limpio.

Aquella gente, llegada de todas las partes de la Península, podía convertirse en un grupo político juvenil, y si por casualidad venía empujando y llevaba un movimiento ascendente convenía unirse a él y avanzar en la oleada. Si no subía y no llegaba a cosas mayores, no sería difícil separarse de la turba escandalosa y literaria.

—La cuestión es vivir y sacar unos cuartos —decía Carlos ejerciendo de cínico—. Yo no creo en sistemas literarios. El que tenga personalidad y talento al último se destacará.

En la primavera de aquel año se presentó en el café un joven venido de Norteamérica, llamado Jaime Thierry. A Thierry, tipo un poco petulante, de veintidós o veintitrés años, se le acusó en la reunión en seguida de querer jugar al lord Byron y al dandismo.

No era el dandismo suyo el frío y aristocrático de la Inglaterra tradicional, sino un dandismo revolucionario muy próximo al anarquismo. Thierry protestaba si le llamaban bohemio o periodista.

—Ni bohemio ni periodista —dijo varias veces—. Si quieren, que me llamen aventurero; bohemio, no. No soy bastante tonto para estar en la calle muerto de hambre y querer reírme del que vive cómodamente y bien en su casa lujosa.

Entre los contertulios del café Jaime Thierry produjo más antipatías que simpatías. El recién venido se mostraba de un individualismo radical y furioso.

Thierry se manifestó petulante y agresivo, tuvo discusiones violentas con unos y con otros, terminadas en riñas y en insultos. No había entre los aprendices de literato reunidos allí ni cordialidad ni comprensión, ni benevolencia, y las cuestiones se resolvían o se zafaban con burlas, sátiras y baladronadas.

Jaime se mostraba muy hostil con los sudamericanos, y tuvo con ellos grandes disputas.

Thierry era enemigo también de los Estados Unidos. Estaba convencido de que al fin declararían la guerra a España; pero los Estados Unidos, a pesar de su mercantilismo y de su rapiña, tenían un carácter fuerte, y la América latina no pasaba de ser, según él, una mala imitación de Europa.

Thierry se ponía en contra de todos. Él aseguraba que el francés no era nada comprensivo. París era para él una ciudad correcta y poco interesante. Aseguraba que, para uno llegado de Nueva York, París tenía un carácter de pueblo provincial, de literatura de bulevar, retrasada y aburrida. En París y en las demás capitales francesas sucedía como en Madrid: la mayoría de la gente andaba por las calles paseándose; así, cuando hacía mal tiempo se veían las calles vacías.

Esto no ocurría en Nueva York, donde la gente marchaba de prisa con diez grados bajo cero o con cuarenta grados a la sombra.

Estas afirmaciones producían la cólera de los americanos, para los cuales ir a París era alcanzar el doctorado en la vida. Thierry atacaba a los hispanoamericanos y les achacaba ser imitadores sin gracia, de una manera plana y vulgar, de todo lo parisiense; también le parecía insignificante el optimismo banal del joven yanqui.

Thierry había leído algo de Nietzsche en francés y a Dostoievski en traducción inglesa. Después leyó a los escritores de la Gran Bretaña de la época, a Meredith, Stevenson y Kipling. Estos conocimientos de autores ingleses le caracterizaban. Otra de las cosas que le distinguía de los demás literatos era su afición a la música. La mayoría de los escritores la ignoraban y no la sentían, considerándola muchos, como algún autor Célebre, el más caro y el más desagradable de los ruidos.

## XII

Carlos, testigo de los altercados de Thierry, se acercó a él pensando si podría aprovecharlo en algo, y se puso de su parte. Le acompañó y le sirvió de cicerone en el mundo literario, político y periodístico madrileño. Jaime Thierry era hijo de un ingeniero francés, casado con una española que fue a vivir a los Estados Unidos.

El joven literato se ponía en las tarjetas Jaime Thierry y López de Gamboa.

Thierry bebía mucho. Había traído de Norteamérica la costumbre de injerir líquidos alcohólicos fuertes y complicados de nombres extraños. Esta costumbre quería considerarla como una superioridad, y casi le parecía una ciencia el conocer el nombre inglés de las distintas mezclas y brebajes fabricados en el país de los yanquis.

Jaime de físico estaba bien. Era un joven alto, un poco flaco y estrecho, tirando a rubio, las piernas y los brazos largos, impertinente y con mucha afectación. Parecía un vizconde de novela francesa.

Su color era pobre, subictérico. Se decía, y parecía verdad, que, sobre todo de noche, se pintaba las mejillas para no parecer un desenterrado. Esto, naturalmente, le desacreditaba.

Otra de las manías mal disimuladas era la de mirarse en los espejos y en los escaparates de las tiendas. En las lunas del café se estaba estudiando constantemente. Llevaba también un espejito en el bolsillo para verse. Tal preocupación parecía algo patológico, sobre todo por lo exagerada.

Jaime contó a Carlos su vida: su padre enviudó pronto y casó enseguida con una americana. El tenía tanto odio por su padre como por su madrastra. Deseaba que se murieran cuanto antes.

Jaime Thierry estuvo de niño en un pueblo de la provincia de Burgos, donde la familia de su madre tenía propiedades; luego le llevaron a un colegio de Francia hasta los doce o catorce años, en que fue a los Estados Unidos. En Nueva York leyó las poesías de Edgar Poe y de Walt Whitman y le produjeron tal entusiasmo, la de este último sobre todo, que quiso imitarle y conocer el mismo mundo descrito por el poeta de obreros, marineros, descargadores y pilotos.

El joven Thierry recorrió Long Island y anduvo vagabundeando por distintos lugares de los Estados Unidos, después por México y Cuba.

Cuando le dieron la parte que le correspondía de su madre decidió venir a España y se embarcó en seguida. Thierry hablaba bien el francés, el inglés y el español; el inglés, con acento yanqui.

Thierry, a pesar de su entusiasmo por la literatura y por España, no pretendió escribir versos en castellano, aunque ésta había sido la gran ilusión de su adolescencia. No conocía bastante bien el idioma literario.

El joven Thierry era un poco neurótico. Tenía con frecuencia una sensación de angustia en el epigastrio. Le aseguraban los médicos ser cosa sin importancia y que con la edad se le corregiría.

Otra de las características suyas, consecuencia de su neurosis, consistía en la desigualdad de genio, tan pronto amable como brusco, atrevido y tímido, asustadizo y valiente. Su principal característica era ser un inadaptado; perdía con mucha frecuencia el sentido de la realidad y no sabía reaccionar sobre las cosas exteriores de una manera juiciosa y prudente.

Carlos Hermida contó a su madre las extravagancias de su amigo. Doña Antonia dijo:

—No hagas muchas amistades con él. Los hombres que tienen ese carácter pueden dar sorpresas muy desagradables.

Thierry vestía de una manera un tanto afectada: tenía el afán de aparecer muchas veces con levita, sombrero de copa y bastón. De noche se presentaba con frecuencia en los jardines del Buen Retiro con traje claro y sombrero de color.

Se agitaban en él instintos contradictorios: el sentido social del francés heredado del padre, la tendencia individualista y un poco mística de la madre y luego lo absorbido en el medioambiente yanqui, que le había dado como una sobrealma, con entusiasmos superficiales por los grandes negocios de industria, de Banca y de Bolsa.

Thierry era hombre activo, le gustaba trabajar, pero no estaba decidido y no sabía en qué emplear su actividad.

Con frecuencia se sentía triste, agotado, sin esperanza alguna. Entonces consideraba el vivir al día y el tener una pequeña distracción suficiente atractivo para ir tirando malamente.

Otras veces le nacían grandes ilusiones. A pesar de sus ideas de aventurero desesperanzado, le quedaba aún mucho de niño. Thierry era hombre que no podía vivir solo, necesitaba una familia, un amigo o una mujer, algo que le completara. Esta sensación suya de falta, de manquedad, le angustiaba.

Thierry recordaba a su madre con gran tristeza. Al parecer, su padre le abandonó. Este había sido un conquistador, hombre de buena fortuna, siempre complicado con líos de mujeres.

## XIII

Thierry guardaba gran entusiasmo por la memoria de su madre. Todo cuanto se relacionase con ella le producía interés y cariño. La tendencia españolista le llegaba también por influencia materna.

A poco de venir a España, al final del verano, se le ocurrió a Thierry escribir al pueblo de Burgos, donde la familia de su madre había tenido posesiones. Supo que la hija de un antiguo capataz de los López de Gamboa estaba en Madrid. Vivía en los Cuatro Caminos, casada con un carpintero.

Fue a verla. La Silvestra, con diez o doce años más que Jaime, había conocido a éste de chico. La Silvestra y su marido, Beltrán, se encontraban por entonces en una situación poco lucida; el marido en huelga en su oficio desde hacía tiempo.

Beltrán, hombre muy trabajador, muy vividor, no en el mal sentido de la palabra, sino en el de ingenioso, activo y económico, encontraba chapuzas, como decía él, para ir viviendo. Estaba entonces empleado en el Ayuntamiento de farolero interino.

Como le sobraba tiempo, Beltrán hacía mil menesteres; fabricaba juguetes, salía con su hijo Manolín un poco a la busca, cogía collejas en sus paseos por el campo y cazaba con liga pájaros para venderlos.

La Silvestra, muy lagarta, convenció a Thierry de que fuera a vivir con ellos.

Jaime sentía el patronazgo, el procerismo, y se creyó en el caso de proteger a la hija del antiguo colono de la familia y a su marido.

Thierry aseguró que a él le gustaría vivir en una casa aislada, solitaria, sin vecindad. La Silvestra tomó en cuenta la indicación.

La Silvestra, mujer de tipo de pueblo, rubia, de nariz corta, con una manera de hablar muy aldeana y muy cruda, decía cosas enormes. Tenía los ojos claros y la expresión satírica.

Cuando le llamaban la atención para indicarle algo se le desviaba un ojo, y al mismo tiempo hacía un guiño malicioso completamente inconsciente.

—Ya está haciendo «la Ojos» la señal del tres —decía su marido en un arranque de humorismo.

Parecía la seña de un jugador de tute o del mus al compañero.

—Las palizas que me ha pegado mi madre por esto del ojo —decía la Silvestra—; pero no lo puedo remediar.

En la vecindad las comadres enemigas le llamaban «Ojo plato».

Beltrán, el farolero, así le conocían en la calle, era hombre delgado, cetrino, sonriente, filósofo, con acento madrileño y una voz más madrileña aún. Tenía la cara triste, morena, expresiva, y le faltaban casi todos los dientes.

—El que ha comido el pan de Madrid no quiere vivir en su pueblo —decía.

Él no era de Madrid, pero había venido a la capital muy de niño.

Para él, los Madriles eran algo perfecto. Si a esta perfección se unía el tomar de cuando en cuando un quince de Valdepeñas, de *Valdepeñí*, como decía él, la perfección se sublimaba.

Hombre muy rico de léxico, muy observador, Beltrán hablaba con mucha precisión y con muchos requilorios; contaba su estancia en el hospital, donde le habían operado, con tantos detalles como un cirujano.

Parecía tener un gran placer en explicar su enfermedad y el tratamiento quirúrgico al que le sometieron.

Mezclaba en su conversación palabras de su tierra de Castilla la Vieja con otras de Madrid, de las afueras, y términos de cazador furtivo. A un tonto le llamaba lo mismo atontado, pasmado, cebollo o cazuelo, o afirmaba con desdén: «Ése no ve ni jilgueros». De un tipo petulante y

presumido, aseguraba: «Es más cursi que un repollo con lazo». De una mujer inoportuna y zafia decía: «Es una tía queso». Sabía muchas palabras de caló y de germanía y le gustaba emplearlas.

Beltrán era hijo del sacristán del pueblo y había comenzado a estudiar para cura, pero lo había dejado por falta de vocación. Todavía recordaba algunos latines, sobre todo macarrónicos y de aire pedantesco, pero más que los latines le gustaba el argot popular.

Llamaba a la policía la bofia; a los billetes de cien pesetas, los pápiros, y a los de veinticinco, los cangrejos. Decía siempre que podía camelar por enamorar o engañar; sornar, por dormir, y apandar o garfiñar, por robar. La cama era la blanda; la cárcel, la trena; la taberna, la tasca; la comida, la bucólica; la bolsa, la zaña, y la capa, la nube. Llamaba a los garbanzos los gabrieles; a un duro, un machacante; a una muchacha, una gachí, y a un chico pequeño, un churumbelillo. Decía de los randas que andaban garbeando por el barrio. Le gustaba cortar las palabras, y la milicia era la *mili*; la Delegación, la *Delega*, y la Comisaría, la *Comi*. En cuestiones tabernarias tenía una riqueza de términos extraña. Tan pronto el vaso era un colodro como un chato; un quince o un tiesto; tomar unas copas entre varios era echar una ronda o tomar unas tintas. El vino era unas veces el morapio, el peleón, el pardillo, el mostagán, etc., y para la borrachera tenía quince o veinte términos: filoxera, cogerza, tranca, pítima, trupita, castaña, melopea, papalina, etcétera, etcétera, y hasta necesitaba echar mano del vascuence para emplear la palabra moscorra. Le gustaba hacer el resumen de una conversación con alguna frasecilla medio argótica o medio gitana. Hay que estar al file. Hay que abiyelar parné. Hay que achantarse la mui, o ¡Échele usted hilo a la cometa! Estas frases las decía llevándose el dedo índice al párpado inferior del ojo derecho.

Thierry le reprochaba el que hablara en su casa a su mujer y a sus hijos este lenguaje de chulos y de gente maleante; pero Beltrán no hacía caso.

Thierry bromeaba también con Beltrán por su profesión.

—Beltrán el farolero parece el título de un melodrama —le decía.

—¿Pues por qué?

—Así parece. El de farolero es un oficio distinguido —añadía—; he leído que en Inglaterra, durante la Revolución francesa, muchos aristócratas de París emigrados en Londres se hicieron faroleros.

Beltrán comprendía la broma y se reía o contestaba con alguna de sus frases clásicas.

Beltrán solía tocar la guitarra. Cantaba con poca voz y con mucho estilo. Su especialidad eran los tangos populares.

## XIV

A principios de noviembre la Silvestra dijo a Thierry, recogiendo la indicación de éste:

—Oiga usted, señorito —no le parecía bien hablarle de tú—; hay una casa aislada, como la que usted dice que le gustaría para vivir, en la calle de Bravo Murillo. Vaya usted a verla.

La casa estaba entre la glorieta de Quevedo y los jardines del depósito del canal de Lozoya, en la esquina de una calle recientemente abierta.

Esta calle transversal, aun no urbanizada, comenzaba en la de Bravo Murillo y continuaba hacia el Hipódromo.

La casa era un pequeño hotel, en mal estado de conservación, con un Jardín cercado con sus tapias. Dos de éstas, en ángulo recto, daban a calles recién abiertas.

La fachada, de ladrillo muy rojo, estaba cubierta en parte por una enredadera, ya marchita, ennegrecida por el otoño. El piso bajo tenía un mirador saliente y el alto un ventanal con cristales rotos y compuestos con tiras de papel.

Se entraba por la puerta de la tapia al jardín, descuidado, con unos árboles raquíticos y un cenador rústico con rosales de rosas blancas.

La puerta del hotel se hallaba adornada con una marquesina de cristales sucios y a los lados con dos estatuas de piedra, una de Flora y otra de Pomona. El portal era pequeño y estaba prolongado por un corredor hasta un patio.

Una escalera partía del portal para los dos pisos.

En el fondo del patio se levantaba otro edificio de ladrillo, con una escalera de hierro. Este edificio, construido de paredes de pandereta, según expresión de Beltrán, tenía en la planta baja una antigua cochera, empedrada con losas; encima, habitaciones, y en vez de tejado una azotea con un palomar.

En el hotel, en el piso primero, había cocina, comedor recibimiento y un salón grande y decorativo con el mirador de cristales. En el segundo, una especie de estudio, muy amplio, con el ventanal, alcoba y un cuarto de baño.

El hotel debía de haberlo construido alguna persona rica y amiga de la ostentación. Estaba arreglado y dispuesto con gusto, quizá destinado y preparado en su tiempo para alguna mujer.

El salón del piso bajo era elegante y pomposo. Tenía las paredes tapizadas de un papel como tela, en cuadros limitados con varillas doradas, roto ya en varias partes y lleno de agujeros de clavos, por donde salía la cal. El suelo era de baldosas blancas y negras, que formaban dibujos. En un testero había una gran chimenea de mármol con un cierre de láminas de hierro que no funcionaba.

El techo era lo más lujoso de la sala: tenía alrededor una escocia con molduras y medallones con cabezas de guerreros y guirnaldas de flores y frutos y el centro artesonado, esculpido y pintado con angelitos blancos sobre fondo pardo y azul.

Era un salón como de recepciones, de lujo, venido a menos, deteriorado por el tiempo y por el mal trato que le habían dado los inquilinos sucesivos.

El estudio o despacho del piso segundo debía de haber sido elegante, pero estaba también muy estropeado; sin duda tuvo allí su taller algún fotógrafo y dejó manchas negras en las paredes y en el suelo.

El hotelito alquilado se encontraba en el ángulo de un gran solar, ancho y largo cuadrilátero limitado en gran parte por estacas negras, que debía formar, cuando la ciudad se extendiese por allí, una manzana de casas.

Cerca del hotel, en una de las calles que limitaban el gran solar, había varias casuchas pequeñas nuevas, en fila, con tiendas miserables. En los otros lados del cuadrilátero se levantaban chozas y en medio un caserón grande, amarillento, de tres pisos, arruinado y derruido, transformado en guarida de mendigos y de golfos. Este caserón era conocido en el barrio con el nombre de la casa de la Higuera.

Por la azotea del edificio de atrás, de ladrillo, que daba al gran patio, se veía como una plaza de aldea con casas terreras de una puerta y una ventana sola y más lejos el caserón medio derruido, guarida de golfos.

Desde el mirador del primer piso del hotel se veía el cementerio de San Martín, con sus cipreses puntiagudos y negros.

El hotel quedaba como aprisionado, en parte, por el gran solar. Éste, con su muralla de estacas embreadas, parecía un antiguo campamento. El tal espacio rectangular daba a cuatro calles.

En uno de los lados, en la fila de casas nuevas, pequeñas y pobretonas, había una churrería con las paredes pintadas de azul, una tintorería el Arco Iris, una tienda de comestibles y la taberna La Valdepeñera.

En un balcón se leía un letrero flamante, que decía con laconismo telegráfico: González, pirotécnico.

Había también en una de aquellas casas una cacharrería, con un pequeño escaparate, en el cual se paraba Thierry con frecuencia a contemplarlo. Le encantaba por su sencillez y por su humildad. Mostraba cometas, hechas con cañas y percalina roja, unas jarritas de barro, aleluyas, calcomanías, papeles pintados para los vasares de las cocinas, un ferrocarril de juguete de hoja de lata, caballos de cartón y una fuente vidriada llena de bolitas de colores para jugar, que en el norte de España llaman canicas. Dentro de la tienda había cántaros y muchas escobas y zorros.

El alquiler de la casa escogida no era grande. Thierry se decidió a quedarse con ella. Iría a habitarla con la Silvestra y con Beltrán el farolero. Estos ocuparían el edificio del fondo, con lo cual todos podrían vivir independientes. Beltrán arreglaría su taller en la cochera. La Silvestra haría la cocina.

Jaime, por intermedio de Beltrán, se agenció unos muebles. Puso su despacho en aquel salón decorativo del primer piso, con su mirador, su chimenea y su artesonado en el techo, mandado sin duda ornamentar por algún buen burgués de gustos aristocráticos. Era al principio del otoño. En la casa se sentía mucho frío. Había corrientes de aire, las puertas y ventanas no cerraban bien. En la chimenea de mármol del salón Thierry encendía trozos de madera, de ripia, que compraba Beltrán en los derribos muy barata y servían también para la cocina. Estas tablas de derribo, desiguales, con clavos gruesos, estaban manchadas de cal y de pintura. Muchas veces no entraban a lo largo en la chimenea y había que ponerlas de punta, dejando parte de ellas fuera. Todo esto daba a Thierry una impresión completa del desorden, un poco fantástico, de su vida.

Pronto se acostumbraron al hotel. La combinación no era del todo cómoda para Thierry; la comida preparada por la Silvestra no estaba siempre buena ni siempre a la hora. A Jaime le hacía gracia esta familia improvisada y ser el jefe de ella.

La Silvestra le trataba con gran respeto, como al antiguo señor; le consultaba para todo, y estas consideraciones, entre decorativas y afectuosas, le gustaban a Thierry por su contraste con la vida modernísima y mecánica de Norteamérica.

Thierry tenía simpatía por los chicos de la Silvestra. El mayor, Manolo, Manolín, era avisado y callejero; el segundo, Beltrán, parecía más serio y más formal, y la tercera, de seis años, le entretenía con su charla infantil. Ésta se llamaba Silvia. A su madre se le antojaba feo su nombre Silvestra y le había llamado a la chica Silvia con un nombre casi idéntico al suyo, pero más distinguido.

Manolo, de trece años, ya no iba a la escuela y andaba merodeando por las afueras, como su padre. Una vez le llevó a Thierry un perro de Terranova muy hermoso y al poco tiempo otro más pequeño. Los dos perros solían estar echados al lado de la lumbre mientras Jaime escribía o leía.



Se dedicaba por entonces a los autores castellanos clásicos y modernos y a tomar sus notas. Gonzalo de Berceo y el arcipreste de Hita eran sus escritores favoritos. Era también entusiasta de fray Luis de León, de San Juan de la Cruz, de la novela picaresca y de los dramas de Calderón.

## XV

Beltrán el farolero conocía a los vecinos y rondadores de aquella especie de aldea encerrada en el solar rectangular, limitado por estacas, dentro del cual estaba la casa.

—Este es Francisco el carrero —decía—, ese otro Domingo el de la fragua, y allí vive la señora Ignacia la asistentita.

Conocía también a la gente de mal vivir refugiada en la casa de la Higuera, entre la que abundaban lañadores, vagabundos, gitanos, ladrones, golfos y descuidados. Al más destacado de todos ellos le llamaban el Payaso y algunos el Capitán. Sin duda lo consideraban como jefe.

Beltrán le achacaba a este hombre varios atracos hechos en complicidad con otros maleantes, entre ellos el Chepa, el Espada o el Espadita, el Marinero y el Piripitipi. Se decía que hacía poco tiempo, con uno de sus compinches, enmascarados los dos, habían secuestrado a un viejo.

El Payaso era un tipo de espadachín, de pájaro de presa, salido de un drama romántico. Alto, membrudo, rojo, la cara tostada por el sol, la nariz grande, los labios abultados y brillantes, el bigote blanco y una mirada viva, astuta, penetrante e irónica. Andaba balanceándose como un barco y tenía una actitud lánguida y perezosa. Llevaba un sombrero viejo, con el ala inclinada sobre la frente.

El Payaso, a juzgar por su mote, había sido gimnasta callejero. Había pasado la infancia en una barraca de titiriteros en la Era del Mico, un desmonte de Chamberí con columpios y tiouvivos, anterior al Campo del tío Mereje. El Payaso, veterano del barrio, había tenido éxito con las mujeres y había vivido a sus expensas. Ya machucho y con el bigote blanco, todavía se le veía con chicas jóvenes, a las cuales aleccionaba y daba consejos.

El Chepa era un jorobado bajo, cabezudo, chato, la cara pálida, la barba rojiza y los ojos sombríos, tipo monstruoso y mal intencionado, y, según Beltrán, muy inteligente para el robo. Un tanto letrado y culto para su condición, le gustaba leer los periódicos y los papeles que caían en sus manos.

Era ingenioso y tenía cierto humorismo cáustico.

Una vez que la policía hizo una redada en el barrio y lo detuvo, un agente le preguntó con desdén:

—¡Eh, tú! ¿De dónde eres tú, jorobado?

—¿No lo ve usted? —contestó él con sorna—. Pues está claro: de las espaldas.

El Marinero procedía de Levante; el Piripitipi era un chulo que vestía con cierta elegancia de arrabal. Había otros maleantes guarecidos en los escondrijos de la casa de la Higuera, como el Chato, el Rubio, el Compare y un gitano a quien llamaban el Filimicha; pero éstos, según Beltrán, no eran más que unos miserables *chorizos* y *burreros*, es decir, ladronzuelos.

Vivían en aquella casa medio arruinada algunos otros tipos raros y abandonados. A uno de ellos le llamaban el Clérigo, porque le faltaba muy poco para ordenarse. El Clérigo dejó la carrera de cura para seguir a una mujer; fue empleado, hizo una estafa, lo llevaron a la cárcel, salió de ella, anduvo siempre bordeando el Código penal; tuvo una parálisis, un *paralís* se decía en la vecindad, y se convirtió en mendigo profesional, en un mangante. A veces se llevaba dos o tres chicos sucios y enfermizos de la casa de la Higuera e iba a la puerta de una iglesia con ellos y sacaba cinco o seis duros pidiendo como padre de familia caído en la mayor miseria.

Otro tipo de la casa era el tío Mediospelos, murguista. Había tocado en su tiempo el clarinete y el violín en las orquestas de los teatros, pero se emborrachaba con frecuencia, y acabó por tocar el clarinete en las murgas. Se decía que tenía mucho sentido musical y conocimientos; que había hecho una zarzuela con otro músico y que tuvo éxito, pero el alcohol le había perdido.

Vivían también allí la Cacharritos, la Paloma y la *Pasmá*, viejas prostitutas que andaban por los desmontes a salto de mata, haciendo una vida de salvajes, preparándose la comida en el suelo en un hornillo formado por dos piedras y lavándose la ropa en algún charco.

Beltrán había conocido también a la Chata, otra Venus Citerea habitante de los desmontes, que parecía una representación de la Muerte por su color amarillo de cera y sus pieles flácidas. Esta mujer, medio mendiga, medio ladrona, con una cara como la de Mari Bárbola, de las «Meninas», de Velázquez, había vivido durante algún tiempo con un lisiado que se exhibía en las calles con una pierna y un brazo atrofiados, que mostraba al público dramáticamente. Cuando la Chata se emborrachaba, lo que era frecuente, insultaba y vociferaba y los chicos la tiraban piedras. La Chata había muerto una noche, sola, en una cueva excavada en la tierra arenosa.

Beltrán contó a Thierry la cuestión que tuvo con dos de aquellos tipos maleantes amigos del Payaso.

La tienda de comestibles próxima y La Valdepeñera eran del Barbas, un gallego rechoncho, moreno, barbudo, socialista, muy cuco, muy parlanchín, y que peroraba en los mítines.

El farolero estuvo durante una época encargado provisionalmente de la tienda de comestibles del Barbas. Tenía un chico a sus órdenes. Una tarde en que se encontraba en la trastienda colocando unas latas en fila y el chico estaba en la cueva entraron el Chepa y el Piripitipi, a quienes aún no conocía. Le pidieron unas conservas; él comenzó a buscarlas y de pronto le entró la sospecha; se volvió y vio al Piripitipi tendido sobre el mostrador, avanzando disimuladamente la mano hacia el cajón. Beltrán dijo a los dos granujas amablemente:

—Voy a llamar al chico, porque lo que piden ustedes está en la cueva.

Dio una voz y esperó; cuando subió el chico, Beltrán cogió el palo de cerrar el escaparate metálico y dijo a los dos maleantes:

—Bueno, bueno. Fuera de aquí, ya os estáis *najando* los dos, que ya se sabe a lo que habéis venido vosotros.

—Oiga, oiga. ¿A qué hemos venido? —preguntó el Chepa con ironía.

—A la calle o llamo a un guardia —y Beltrán enarboló el palo.

El Chepa y el Piripitipi se acercaron a la puerta y el primero, haciendo un saludo burlón y ceremonioso y al mismo tiempo un ademán con la mano de *apandar* algo, dijo:

—¡Adiós, colega!

—¿Y por qué colega? —preguntó Thierry al oír el relato.

—Querían dar a entender que yo era tan ladrón como ellos.

Estas historias divertían a Jaime.

Beltrán el farolero contaba los recursos de la gente de los Cuatro Caminos para ir viviendo, cómo entraban a coger leña en las posesiones reales, robaban en los cementerios abandonados de la calle de Magallanes e iban a refugiarse a la casa del Muerto en el camino de Tetuán.

Todos aquellos alrededores sugerían a Beltrán una historia o una anécdota. Cuando marchaba desde su casa hacia los altos de Monteleón se detenía en un punto y decía:

—Aquí vi yo agarrotar al regicida Otero.

Si se acercaba a la Guindalera contaba con detalles un crimen cometido en este barrio y cómo entre una mujer, su amante y un amigo de éste lo habían matado y mutilado al marido, y concluía diciendo:

—Yo los vi a los tres en el palo sobre la tapia de la Cárcel Modelo.

Beltrán contaba historias truculentas de lo que pasaba en los cementerios de su antiguo barrio. Según él, todas las tumbas de personas ricas enterradas allí habían sido violadas y registradas. Había la tradición que el primer cadáver que se llevó al cementerio del Norte fue el de una querida de Pepe Botellas, y que al día siguiente robaron el ataúd con la muerta y lo enterraron en el jardín de una casa. En algunas sepulturas se habían encontrado cuerpos que, sin duda enterrados vivos, habían arañado con las uñas la tapa del ataúd.

Los cuentos de Beltrán eran para poner los pelos de punta a cualquiera. El hombre tenía el gusto de lo macabro. Él se explicaba estos enterrados vivos por haberlo sido en épocas de epidemia.

Le habían contado también que en el cementerio próximo a su antigua casa quemaron el cadáver del cura Merino y que entre el cementerio y el Hospital de la Princesa estaba el quemadero de la Inquisición, con su cruz.

De anécdotas sobre maleantes que asaltaban aquellos campos santos contaba muchas, desde los que robaban las lápidas para las tiendas de quesos y el metal de los ataúdes para las prenderías hasta los que iban a dormir a los nichos y tenían el producto de los robos guardado en cajas de muerto.

También contaba con gran delectación cómo había ayudado al sepulturero de la Patriarcal a romper un ataúd de cinc soldado, en el que apareció el cadáver de un obispo, con su mitra y sus hábitos. Según Beltrán, al romperlo había soltado tan mal olor que estuvieron a punto de marcarse. Sin duda, el obispo no había muerto en olor de santidad.

Beltrán era un entusiasta de las afueras, sabía la geografía de los alrededores madrileños como nadie. Conocía a los atracadores del barrio, a los pajareros y a los cazadores furtivos de El Pardo, que cogían conejos, faisanes y gamos en la posesión real y los vendían en merenderos próximos. Beltrán había estado en París, contratado por un empresario español a trabajar en una plaza de toros y en un juego de pelota, pero las orillas del Sena no le entusiasmaban; aquello no era lo suyo.

Otro tipo de la vecindad que interesaba a Thierry era un señor para quien trabajaba Beltrán algunas veces. Este señor era sencillamente un ladrón de casas, de esos a los que en lenguaje policíaco llaman *topistas*.

El hombre vivía en un hotelito del barrio, aislado, construido en un sitio estratégico, como puesto en guardia.

El *topista* se llamaba don José. Don José no salía apenas de casa. No hablaba con nadie. Solamente con Beltrán se franqueaba y expansionaba. Era menudo, pequeño, calvo, de aire amable. Tenía mujer y dos hijos, varón y hembra. Contaba ya con alguna fortuna, producto del timo del entierro, que había practicado durante mucho tiempo. Sabía cuatro idiomas a la perfección, y tan pronto firmaba Gómez y era de Sevilla, como Soler y era de Badalona, o Smith y era de Liverpool, o Durand y era de Poitiers.

Por lo que decía Beltrán, aquel hombre últimamente no preparaba sus robos ni tenía cómplices. Era un virtuoso del latrocinio. Trabajaba solo.

Una tarde de domingo o de día de fiesta le entraba a don José El Jerezano cogió el vaso, bebió un sorbo, y con los ojos la ventolera, el afán de la aventura, y se decidía.

Se vestía con cierta elegancia, se ponía una capa, tomaba su palanqueta y sus demás artefactos; se despedía de su familia como si fuera a dar un paseo y se marchaba a algún barrio elegante y lejano.

Allí llamaba al timbre de varios hoteles. Si respondían, preguntaba por un señor cualquiera; si en alguno no respondían se preparaba para su trabajo. Descerrajaba la puerta con rapidez y se metía en la casa.

Ya dentro, echaba el cerrojo y recorría los cuartos para comenzar un desvalijamiento metódico. Iba eligiendo los objetos de más valor, tasándolos con detenimiento, rechazando los que eran de mucho peso y no se podían llevar con comodidad. Después sacaba de su chaqueta un saco oscuro que llevaba preparado y metía todo el botín.

Echaba una mirada por los alrededores del hotel y si no había nada que indujera a sospechas abría la puerta y se marchaba embozado en la capa.

Si le sorprendían cuando estaba en sus operaciones suspendía éstas, se acercaba a la puerta y decía al vecino, alarmado, muy finamente, que llamara a los guardias y que se entregaría sin resistencia. De esta manera le condenaban por robo frustrado, lo que tenía, según los artículos del Código, poca penalidad.

Por lo que le decía a Beltrán, no había en el mundo emoción como la de robar. Amores, ambiciones políticas..., todo esto era literatura.

Para representar la intensidad de la emoción le contó a Beltrán una anécdota.

Un día estaban preparando en Cádiz una estafa un jerezano, ladrón muy hábil, y uno del Puerto de Santa María. El jerezano era demasiado aficionado al vino de su pueblo y no aceptaba otro. El del Puerto aseguraba que la manzanilla de su tierra era cosa seria.

Estaba el jerezano pensando en el negocio, medio adormilado y bebiendo de cuando en cuando de su vino favorito, cuando el del Puerto trajo una botella de manzanilla y llenó los vasos. El jerezano cogió el vaso, bebió un sorbo, y con los ojos asustados dijo:

—Pero oiga, compare. ¿Esto es agua de *sebá*?

Para don José, todo lo que no fuera el Jerez puro del robo se podía considerar como agua de *sebá*.

Era muy posible que don José inventara robos y se los atribuyese para hacerse más interesante, con una vanidad de autor.

La mayor condena que había tenido aquel hombre había sido en Francia, en una ciudad del centro, robando un Banco. Había entrado, había abierto la caja y estaba sentado, fumando un pitillo para aclarar las ideas, viendo qué clasificación hacer de los valores, cuando dos mozos brutales de la casa, incapaces de comprender el arte, se echaron sobre él y tuvo que pelear con ellos, cosa contraria a sus costumbres.

Thierry pasó varias veces por delante del hotel del *topista*; pero éste no se mostraba y no llegó a conocerle.

Poblaban el barrio por entonces gente misteriosa y sospechosa, desconocida y no identificada. Salían casi todos los días de sus escondrijos y marchaban al centro a sus negocios oscuros.

Mucha población maleante abandonaba los barrios bajos y se trasladaba a los Cuatro Caminos.

Otro tipo curioso de la barriada era un policía destituido o retirado que vivía en un cuartucho barato de una vieja usurera de aire grotesco conocida con el nombre de doña Paquita.

La casa de doña Paquita era un hotel de ladrillo, con un jardín detrás, con unas tapias altas, erizadas de pedazos de cristales. La casa estaba convertida en una prendería, en tienda de antigüedades o en un arca de Noé, como decían los vecinos. Había allí muebles, trajes, cacharros, damascos y libros amontonados. Se decía que doña Paquita era riquísima y que tenía billetes de mil pesetas metidos en botes de conservas. Al parecer, esta arpía había sido en su juventud figurante de un teatro y había dado sus escándalos. Un hombre de aspecto torvo, el administrador de doña Paquita, era el que se presentaba cuando alguien quería ver a la vieja. En el piso alto tenía su cuarto el policía.

Todos los días, hiciera bueno o mal tiempo, este hombre marchaba al centro de Madrid a pretender algo, a pedir algo. Mañana y tarde andaba por las calles, con la cabeza baja y un paso de paralítico. Se paraba en los escaparates de las tiendas, en los portales de las fotografías, y seguía su marcha con su aire triste y sus ojos apagados. Thierry pensaba al verle en el hombre de las multitudes de Poe. Esta marcha constante, este andar horas y horas por las calles, al parecer sin objeto, le producían horror.

Otros tipos así, destrozados, misteriosos, había también en el barrio, pero no conocía de ellos más que su silueta o su sombra.

## XVI

A veces aparecía en el hotel de Thierry un cura del pueblo, don Antolín Torrecilla, hijo de un capataz de los López de Gamboa, amigo de la Silvestra y de Beltrán el farolero.

Don Antolín había conocido, según decía, a Jaime en la infancia, y se puso en seguida a hablarle de tú. Thierry le apeó también el tratamiento. El cura ganaba su vida miserablemente de coadjutor en una iglesia de barrio y asistiendo a los entierros. Era un saltatumbas. Predicaba también en Madrid y en los pueblos, pero le pagaban tan poco que era una irrisión.

Don Antolín tenía cara y gustos de labriego. Era hombre de unos cuarenta años, alto, moreno, de un pelo negro fuerte, con una magnífica dentadura blanca, manos grandes, pies grandes, voz estruendosa, carcajadas bárbaras y afición decidida a jugar a los naipes.

Por entonces don Antolín conocía y visitaba a dos solteronas espiritistas de una casucha de la Guindalera, que con un banco de la cocina averiguaban, al decir de ellas, las intenciones de los espíritus. Don Antolín las quiso convencer de lo pernicioso de escuchar a los espíritus malignos por intermedio de los bancos de cocina; pero en vista de no poder conseguirlo asistía a las sesiones espiritistas y demostraba a las solteronas cómo el espiritual banco de la cocina recomendaba para las pobres almas misas y más misas. Éstas, naturalmente, las decía don Antolín en su iglesia.

Al parecer, aquellas viejas ilusas habían producido, sin quererlo, un foco de ocultismo en su barrio. Los fraudes inconscientes de las dos y de otra amiga sibilina atraían gentes de gran credulidad y se hacían milagros en la casucha de la Guindalera como en la gruta de Lourdes.

Iban a las reuniones dos o tres curas; mujeres, medio alcahuetas, llenas de curiosidad; viejos verdes eróticos y muchachas de moralidad dudosa. Todos quedaban muy satisfechos al saber que habían sido en otra vida príncipes, generales o damas de la corte, y con poder dialogar mano a mano con Jesucristo, Napoleón o con el moro Muza.

Don Antolín Torrecilla era muy interesado y roñoso. Beltrán, anticlerical convencido, decía del cura, a pesar de ser su amigo y paisano:

—Éstos, ya se sabe, son de los que dicen:

Entre Dios y el dinero,  
lo segundo es lo primero.

—¡Cállate tú, farolero! —le decía el cura—; que no sabes lo que te pescas.

—Farolero de la Villa —contestaba Beltrán—; en lo demás, menos farolero que tú.

—Calla, hombre, calla; si eres como una cotorra vieja.

—Éstos —decía Beltrán— no piensan más que en los cuartos. Cuando hablan de la muerte y de la salvación eterna están pensando en las perras. En mi pueblo estaban de vacaciones en la posada dos estudiantes de cura que iban a terminar la carrera. Uno de ellos le quiso asustar al otro, se subió al desván y comenzó a arrastrar unas cadenas encima del cuarto del compañero y a dar grandes ayes y lamentos.

De parte de Dios, alma en pena, ¿dime qué quieres? —preguntó el estudiante desde su cuarto con voz medrosa.

El de arriba contestó en tono fúnebre: ¡Que me digas veinte misas por la salud de mi alma!

El de abajo añadió con el mismo tono lastimero y castañeteándole los dientes: Bueno, muy bien. Échame cien pesetas.

—Todas esas son bolas que inventa éste —replicaba don Antolín.

Beltrán se burlaba de don Antolín y decía que cuando predicaba repetía siempre el mismo sermón.

—¡Para lo que me pagan —exclamaba el pater— hago bastante!

—Y la salvación de las almas, ¿no cuenta nada para ti?

—No sólo nosotros hemos de ser los perfectos.

—Los curas son como los relojes malos —añadía el farolero.

—¿Por qué?

—Porque dan las horas, pero no dan los cuartos, y algunos, como don Antolín, son de repetición.

El cura argumentaba contra los reproches que le hacía el farolero.

—Éstos son de los que aconsejan: Haz lo que digo y no lo que hago —Insistía Beltrán.

—Eso es natural. Nadie tiene una vida tan ejemplar que pueda servir de modelo a los demás; pero si comprende la virtud puede aconsejar bien —replicaba el cura.

—Vosotros sois como un boticario de la Puerta del Sol que vivía en un entresuelo encima de su farmacia. Cuando este boticario estaba enfermo llamaba a su ama de llaves y le decía con gran misterio: De lo de abajo, nada.

—¿Qué cuentero eres tú, Beltrán!

El cura mostraba un apetito constante. Cuando le convidaban a comer, y se las manejaba para que fuese siempre que iba de visita a casa de Jaime, tragaba lo que había con ansia. Necesitaba suplementos de pan y de vino en las comidas.

Al beber chasqueaba la lengua y se la pasaba por los labios voluptuosamente.

—Cómo traga el pater —decía Beltrán—; éste ha nacido para obispo, no para franciscano —Indicó una vez.

—¿Y por qué no para franciscano? —preguntó Thierry.

—Porque éstos se alimentan mal con verduras y alguna raja de bacalao. Un obispo le preguntó una vez a un franciscano para reírse de él: Oiga usted, hermanito; ¿usted cree que, en caso de necesidad, se puede bautizar con el caldo del puchero?

El fraile, que no era tonto, le contestó: Distingo.

¿Por qué?

Porque con el caldo que le ponen a su excelencia Ilustrísima en la mesa es imposible; pero con el que nos dan a nosotros en el refectorio, y que es como agua, no hay ningún inconveniente.

## XVII

Un amigo de don Antolín Torrecilla era otro cura llamado don Estanislao, hombre muy sabio en Derecho canónico, que daba lecciones en una Academia. Don Antolín le admiraba y le pintaba como hombre inteligente y austero. Thierry lo dudaba, porque el cura tenía aire de pillo y una expresión de picardía y de cinismo. Un día se cercioró de esto al presentársele una mujer de rompe y rasga bastante joven y guapa en su despacho.

—¿Qué quería usted? —le preguntó Jaime.

—Pues mire usted: mi marido es amigo de usted.

—¿Y quién es su marido?

—Mi marido es don Estanislao y tiene tres hijos conmigo.

—¿Pero cómo? No puede ser. Don Estanislao es cura.

—Sí; ¡pero eso qué importa!

—Para la naturaleza nada y para mí tampoco; pero a los demás quizá les importe.

La mujer venía a darle un sablazo y Jaime pudo parar el golpe con poco dinero.

Thierry preguntó a Beltrán qué había de cierto en la familia de don Estanislao. Beltrán le dijo que era verdad. Los chicos del cura estaban acostumbrados a su condición eclesiástica, y a veces, cuando alguno les preguntaba: ¿Está tu padre bien? Sí; ahora estará diciendo misa, contestaban.

Beltrán acentuó y caricaturizó el hecho.

Muchas veces Thierry salía y no iba a comer a casa y se pasaba el día entero en el centro; otras llevaba la vida del barrio y marchaba a pasear por las orillas del Canalillo y por los alrededores del cementerio de San Martín y de la Patriarcal.

Después se acercaba a la glorieta de Quevedo y compraba periódicos a un hombre de un puesto, el Gafas, naturista y vegetariano, y hablaba con él.

El Gafas tenía todo el aire de un chiflado; aseguraba que había terminado la carrera de maestro; era partidario de la supresión del dinero y del trueque de productos, y del *intercambismo*, como decía él. Él quería que, si un comprador necesitaba un periódico, en vez de pagarle con dinero le diera una cebolla o una lechuga. Este procedimiento de la época troglodita le parecía un hallazgo. El Gafas era un extravagante, a veces divertido.

También Thierry iba algunas tardes a un café próximo, el Café de los Artistas. En este café de barrio había un pianista joven, un pamplonés, un tal Arregui, que tocaba todas las noches por un duro y la cena. Era un muchacho pequeño, pálido, con el pelo negro ensortijado y el aire enfermizo. Hablaba como inteligente y persona discreta de todo, cosa no muy común entre los virtuosos.

A primera hora de la noche, cuando había público, se dedicaba a amenizar las veladas con polcas, pasodobles y trozos selectos de zarzuelas modernas. Cuando ya no quedaba apenas gente, entonces tocaba, para que le oyera Thierry, a Bach, a Mozart y a Beethoven con una gran maestría. Luego hablaban y discutían de música.

No estaban muy conformes. Al pianista Arregui le gustaba más que nada la música religiosa y Wagner. Thierry defendía la música pura, sin palabras ni explicaciones. El pianista aseguraba que era ésta como una química quintaesenciada y artificial llamada a desaparecer. Para él la música debía tener un fin religioso o social.

A Thierry le hacía gracia, en ocasiones, subir al tranvía con su levita y su sombrero de copa entre obreros y gente de las rondas y marchar al centro. Con frecuencia tomaba el coche de un cochero de punto de la vecindad amigo de Beltrán, el señor Benigno. El señor Benigno era asturiano, grueso, con una cara ancha afeitada, de color de cobre. Solía estar en la glorieta de Quevedo. Tenía una hija que iba a la escuela con la Silvia, la pequeña de Beltrán, y un perro leonado, al que llamaban «Chisquito».



El señor Benigno se consideró pronto amigo de Thierry y le invitaba a tomar su coche, aunque no tuviera, por el momento, dinero para pagarle.

El señor Benigno, cuando se lo encargaba de antemano, sacaba de un almacén un milord charolado y se vestía de gala, con librea y sombrero de copa, para subir al pescante.

## XVIII

Carlos Hermida encontró muy extraño todo cuanto se refería a Jaime. Considerándole como un escritor original lo llevó a varias redacciones.

Thierry quería publicar algo en un periódico. No pensaba, al principio, poner su nombre al pie. Carlos se brindó a llevar sus artículos a «El Mundo».

Thierry le dio con este objeto dos o tres fantasías firmadas con el seudónimo shakesperiano de «Puck».

En la redacción se creyó que aquellos artículos eran de Carlos y pasaron completamente inadvertidos. Ni el público ni los redactores se fijaron en ellos.

Por entonces llegó de Filipinas a Madrid un general con fama de hombre severo e implacable. Había fusilado en aquellas islas a varios liberales enemigos de los frailes. A pesar de su fama, era un militar de opereta.

Se le quiso hacer en la corte un recibimiento entusiasta. El presidente del Consejo se opuso y, al parecer, la Reina salió a un balcón de Palacio a saludar al militar. Con este motivo hubo revuelo político. Thierry escribió un artículo violento titulado «La crisis del balcón», que no firmó, y fue denunciado.

Por este artículo comenzó a tener cierta fama en el mundo periodístico. Estas famas de conversación, si no muy extensas, tenían entonces gran intensidad.

Al empezar el verano, Carlos y Jaime fueron con frecuencia a los jardines del Buen Retiro, y aquí Montes Plaza les presentó a algunos políticos y a un periodista y ex ministro, don Martín Valdés, hombre caracterizado como elocuente y culto. Valdés, quizá creyéndoles de más posición social, les presentó a algunas damas aristocráticas y les llevó a la tertulia de don Paco Lecea.

A mediados de verano, como Jaime Thierry pasaba por hombre rico o, por lo menos, gastaba como si lo fuera, algunos le preguntaban:

—Pero, ¿para qué se queda usted en Madrid, donde hace tanto calor?

—¡Bah! Aquí no hace mucho calor. Estoy acostumbrado a Nueva York, en donde el verano es mucho más fuerte.

Prefería también, según decía, pasar la estación estival en Madrid y no en una ciudad como Trouville, Biarritz o San Sebastián, donde, según él, la gente hacía una vida ridícula.

## XIX

Una mañana de a principio de julio Thierry se encontró en la calle de Alcalá con una de las señoras que noches antes le había presentado don Martín Valdés en los jardines del Buen Retiro. Era la condesa de Aracena. Como la condesa sonrió al verle, él la saludó ceremoniosamente y se paró largo rato a contemplarla.

La condesa era alta, morena, de aspecto trágico, la cara larga, el tipo español del Mediodía, los ojos pardos grandes, el pelo negro de reflejos azules, la tez pálida verdosa, la expresión displicente y malévol y una sonrisa burlona y un tanto sarcástica de mujer fatal.

La condesa estaba casada con un hombre alto, guapo y petulante. El conde de Aracena era tipo elegantísimo, de gran aspecto, bien formado; vestía siempre de una manera impecable, llevaba bigote largo, negro y sedoso y monóculo en el ojo izquierdo. Podría haber servido de personaje en una comedia francesa de la alta sociedad.

La maledicencia le acusaba de impotente. Había acudido a casa de un médico extranjero charlatán, supuesto inventor de un aparato eléctrico muy caro y perfectamente inútil para curar la impotencia. El médico le había estafado. El aristócrata protestó de la estafa y el charlatán le desacreditó como pudo. Esto se decía *sotto voce*, y Jaime lo oyó en la tertulia de don Paco Lecea.

La condesa de Aracena, muy elegante, con su aire aristocrático español meridional, con un ramito de flores rojas en el pecho, subió la calle de Alcalá; se detuvo en los escaparates de la de Sevilla, mirando con disimulo si le seguía Thierry, y entró en una librería de la carrera de San Jerónimo.

Jaime hizo lo mismo y pasó también al interior de la librería. El dependiente se acercó a la condesa y le preguntó qué quería. Ella pidió dos o tres novelas modernas en francés y en inglés. Luego dijo:

—Déme usted también «El amor», de Stendhal.

—¿Se lo llevaremos a casa?

—Sí; a mi casa de la calle de Serrano.

Después de dicho esto la condesa sacó los impertinentes y contempló despacio algunos libros. Luego salió, mirando fijamente a Thierry, quien la saludó de nuevo.

Al salir a la calle la dama tenía el coche a la puerta, subió a él y se marchó sonriente y soberbia.

A la hora le escribía Jaime una carta exagerada y romántica y por la tarde ella le contestaba con una tarjeta lacónica citándole para el día siguiente en la Vaquería del Retiro.

Fueron amores fulminantes, rápidos, y, a pesar de los impulsos románticos de Thierry, sin el menor romanticismo. La condesa era una mujer brillante, orgullosa, despótica, y no podía entenderse con un joven también soberbio como Thierry.

Ella era una mujer sensual, con un erotismo de leona en celo, probablemente con un fondo patológico y perverso. Su carácter altanero e irritable contribuía a su desgracia. Era orgullosa, coqueta, descontenta y altiva.

Llevaba ya la marcha de las mujeres entregadas a la aventura, tenía amores pasajeros, circunstanciales; no se dejaba dominar por nada ni por nadie.

Se decía que había tenido ya muchos amantes. Casi todos los amigos del marido habían entrado en el número. Se la creía mujer viciosa y de un erotismo mórbido.

Se decía también que un militar, destinado por entonces en Cuba, fue el único que dominó a la condesa con procedimientos de chulo, pues, al parecer, la llegó a pegar varias veces. Se aseguraba que ella le recordaba con nostalgia.

La condesa, en la conversación, era una mujer de ingenio, de espíritu cáustico y satírico. Toda su espiritualidad y su causticidad estaban como al servicio de la clase aristocrática, a la que ella pertenecía, y en contra de los atrevimientos y de la insolencia de las demás.

Así, una broma antimonárquica o anticlerical exaltaba la cólera de la dama, su sarcasmo y su desprecio.

La condesa se dedicaba a satirizar con ironía a las señoras de la clase media que intentaban imitarlas a ellas, a las damas empingorotadas; tenía gran desdén por los políticos demócratas, por los escritores y periodistas. Estos últimos le parecían la hez más hedionda de la sociedad. Únicamente eran respetables para ella la Reina, la familia real, los obispos y los generales. Se decía que una vez que había dado una fiesta en casa un ministro intentó presentarle a unos periodistas y le dijo:

—¿Quiere usted, condesa, que le presente a unos amigos periodistas?

—Sí. ¿Por qué no? —contestó la dama—. ¡Pobrecillos!

Thierry la tomó odio al poco tiempo de tener que ver con ella, y ella despreció profundamente a Jaime. Naturalmente, rompieron.

—Es una zorróna de sacristía —dijo él.

—Es un majadero, un tontín —aseguró ella—, que se cree un genio porque repite cuatro frases aprendidas en cualquier parte.

A pesar de su desdén, la condesa quedó ofendida. Solamente el militar y Thierry le habían dado disgustos. A Thierry le odiaba de todo corazón.

La condesa tenía una tertulia aristocrática y reaccionaria, en la cual reinaba, y allí le puso como un trapo a su ex amante.

Estos amores dieron a Jaime un cierto prestigio entre las damas del círculo aristocrático de amigas y conocidas de la condesa, y produjeron cierta antipatía y celos en el lado de los hombres.

Como Carlos Hermida habló mucho a su familia y a su novia, Matilde, de Thierry, de su existencia pintoresca y de sus aventuras amorosas, le quisieron conocer.

Carlos prometió llevarlo una vez a su casa. La hermana Adelaida sintió por el joven dandy una gran admiración y entusiasmo. Matilde Leven habló en inglés de literatura y de música con Jaime, y éste quedó muy impresionado con la conversación y los conocimientos de la muchacha.

—¡Qué mujer! —exclamó Thierry al salir de casa con su amigo—. Tiene un aire genial. Basta hablar un momento con ella para comprender que debe de tener mucho talento.

—Sí, sí, es verdad —dijo de mala gana Carlos.

—¿Es su novia?

—Sí, algo así.

—Amigo, tiene usted suerte.

## XX

Mucha de aquella gente reunida en los jardines tardaba en salir a veranear. Se suponía por ello si andaría mal de dinero. No debía ser siempre verdad su penuria.

Había en los murmuradores este fondo de malicia y de mezquindad tan explotado en la literatura española del tiempo. Se achacaba al que no contaba con medios el querer aparentar que los tenía.

De algunos ausentes de los jardines se decía que iban a aldeas próximas y volvían asegurando que habían estado en Biarritz o en San Sebastián.

Al humorista de la época, hombre gracioso y ocurrente en satirizar a la pequeña burguesía, le gustaba pintar la familia metida en Aravaca o en Galapagar volviendo a Madrid y contando los triunfos de la niña de la casa en algún balneario francés cuyo nombre no sabían pronunciar.

Era lo cierto —y ello merecía consignarse, puesto que se le daba importancia como si el dinero de los demás nos lo quitasen a nosotros— que algunas de aquellas familias frecuentadoras de los jardines preferían veranear tarde, marchar al Norte a mediados de agosto y quedarse después en el extranjero hasta principios de noviembre.

Los amigos de la tertulia de don Paco Lecea no se lamentaban de no salir el verano, y había quienes defendían la tesis de que en Madrid era donde mejor se pasan los meses de gran calor.

—Madrid y con dinero, ¡magnífico! —decían algunos.

Otros aseguraban, como el jefe de un partido político, hombre astuto, friolero y burlón, que el verano de Madrid podía considerarse como delicioso, exceptuando algunos días... demasiado frescos.

Muchos defensores de esta tesis no eran hipócritas, sino completamente sinceros. Dejaban a la mujer y a los hijos en alguna playa del Norte, y ellos se sacrificaban por los sagrados intereses de la familia. Entre tales sacrificios estaba el llevar a cenar alguna corista de la opereta italiana o alguna figuranta del teatro del género chico a los restaurantes de noche y el jugar los cuartos en el casino.

Uno de los sacrificados era el marqués de Quiñones, señor aparatoso, de unos cincuenta años, con una barba repeinada, bigotes a la borgoñona, lentes, polainas blancas y guantes también blancos.

El marqués tenía cabeza de muestra de escaparate de peluquería. Se las echaba de Tenorio, de artista y de espadachín. Cuando se estrenaba alguna obra de gran lujo en un teatro importante cedía tapices y armaduras de su casa. La gente de la burguesía comentaba el desprendimiento y la atención y se entusiasmaba con ello como si hiciera un gran beneficio a la cultura y al mundo.

El marqués era un hombre de conocimientos secretos. Él tenía los datos auténticos, las informaciones exactas, científicas, acerca de los buenos sastres, los coches, los caballos, los sombreros y los bastones. En cuestiones culinarias no había que hablar. Si él garantizaba un *Sauterne*, unas ostras o un caviar blanco, el negro era una cosa poco distinguida, se podía tener en ellos más seguridad que si las garantizara el Papa con su infalibilidad establecida en tiempo de Pío IX.

El marqués, punto fuerte en los saloncillos de los teatros y en los camerinos de las artistas, se creía un semidiós, un hombre del Renacimiento, un Médicis; tomaba siempre un aire de conquistador y dirigía a las damas unos cumplimientos insípidos, que querían ser maliciosos, que ellas oían con un aire insinuante, pero en el fondo como quien oye llover.

El marqués tenía un sosias en un cómico amigo suyo que le imitaba en la manera de hablar y de vestir, considerándole sin duda un modelo irreprochable.

Este cómico representaba los papeles de aristócrata en las comedias, sin duda por su parecido con el marqués, a quien se le consideraba como un Petronio, como un *arbiter elegantiarum*. El

actor tenía una manera de llevar los guantes en la mano y de levantar los faldones de la levita al sentarse que se disputaban elegantísimas e irreprochables.

Otro de los admiradores del marqués de Quiñones e íntimo amigo suyo era Pepito Velarde. Pepito se las echaba al mismo tiempo de aristócrata y de gran pintor.

Velarde hacía retratos muy vulgares, bastante parecidos, como fotografías iluminadas y con muchas veladuras. Su especialidad era la mujer ataviada con mantilla de madroños, gemelos en la mano y un fondo de plaza de toros o de hipódromo, a elegir, según las tendencias inglesas o hispánicas de la retratada.

Pepito hacía el reclamo de su pintura en las casas aristocráticas, y aunque pintaba relativamente barato, ganaba mucho. No vacilaba; era como el Giordano, un *Luca fa presto*.

Siempre muy acicalado y elegante, tenía una cara de pez inexpresiva; el aire pisciforme ha sido muy aristocrático en España. Iba peinado a lo náufrago, con el pelo muy pegado, el bigote levantado y retorcido. Era de los que se rascaban la cabeza con mucha precaución y con un solo dedo.

Pretendía pasar por el Van Dyck de la época. Claro que era un Van Dyck de bazar o de hotel de ventas.

A mediados de agosto Pepito Velarde marchaba a San Sebastián, y mientras bailaba el vals boston en el casino y se inclinaba a derecha e izquierda voluptuosamente, indicaba a su pareja que su más bello ideal sería hacerle un retrato con mantilla de madroños, gemelos y fondo de plaza de toros o de hipódromo, a elegir... y cobrarlo. Esto, probablemente, se supone que no lo diría en aquellos momentos de abandono y de embriaguez coreográfica.

## XXI

Con frecuencia, cerca del grupo de don Paco Lecea y de sus amigos se sentaban varias damas de la aristocracia, acompañadas de unos cuantos *sportsman*. Según la voz pública y maliciosa, había sus líos entre ellos. En el grupo dominaba la vieja marquesa de Calatrava, gorda, rubia fondona y pintada; los ojos claros, el rostro abultado, de un color de cochinitillo al horno, casi siempre vestida de verde manzana y con grandes brillantes en los collares de la garganta y en los dedos.

Le acompañaban sus dos hijas: la mayor, Victoria, un tanto virago, vestida con traje de sastre, cuello de camisa hombruno y corbata masculina. Ésta tenía fama de sáfica. Solía coquetear con un torero de cara delgada y Jesuítica, elegantemente ataviado. La menor, Luz, morena, cetrina, con el pelo negro en dos bandas, hablaba constantemente con un aristócrata pequeño, escuálido y verdoso, su *cavaliere servente*, vestido casi siempre de etiqueta, que parecía una momia salida de su tumba.

En el grupo figuraban una condesa rubia con cierto aire de mujer de Rubens, y otra dama aristocrática de aire brutal, con una cara de campesino tosco y una expresión de rudeza y de ferocidad propia de un jabalí.

El marido de esta señora se dedicaba a seguir y a piropear a todas las chicas que encontraba.

Aparecía con frecuencia en el grupo la duquesa de Haro, pequeña, gorda y mal vestida, con un peinado muy complicado. De ella se contaba, como rasgo de originalidad, que en su casa se comía todos los días cocido con garbanzos. Sin duda era una protesta españolista contra el *Chateaubriand pommes* y el *Gigot de mouton*. Era también de la pandilla un matrimonio muy entonado, marido y mujer, muy altos y gallardos. Los Leivas. Él era húsar y jugador empedernido. Había liquidado su fortuna. Ella era muy coqueta. Según decían, se habían cansado el uno del otro; se sentían rivales, y se contaban mutuamente sus conquistas para hacerse rabiar.

Lecea pretendía conocer con familiaridad a todas aquellas señoras, y las señalaba con sus diminutivos y apodos familiares: Fifí, Totó, Bebé, etcétera. En el grupo de los acompañantes de las damas había toda clase de tipos: un marqués, alto, orgulloso, un poco moruno, que hablaba con acento andaluz cerrado, un tanto bronco; un revistero de salones, siempre muy elegante, con su barba acicalada; un poeta académico; un duque desvencijado, ridículo, con fama de corruptor de menores, y un comerciante de paños, muy currutaco, de aspecto sonriente y satisfecho de sí mismo, que se pasaba la vida de teatro en teatro vestido de etiqueta. El revistero de salones, muy solicitado por sus crónicas de sociedad, era sordo y hombre que no se enteraba de lo que ocurría a su alrededor. Escribía de una manera mecánica, siempre con los mismos lugares comunes; no hacía más que cambiar los nombres en sus fórmulas; no tenía nada de inteligente ni de ameno.

El poeta académico presumía de chistoso y de mundano y tenía un repertorio de cuentos verdes de almanaque que se consideraba entre la gente de mucha gracia, aunque no tenían ninguna. El poeta y el cronista se creían grandes jugadores de tresillo, y la vieja marquesa gorda les ganaba los cuartos, reconociéndoles siempre como admirables tresillistas.

Uno de los hombres más buscado y llamado por las damas era un presunto joven ya machucho, con un nombre y apellido de novela por entregas, pues se llamaba Alfredo de Mendoza. Por su atildamiento y por su exquisitez le decían, en broma, Alfredísimo.

Alfredísimo, entusiasta de la aristocracia y del éxito, parecía de primera intención un parásito, porque tenía atenciones exageradas con todo el mundo, pero no lo era. Naturalmente complaciente, no pretendía aprovecharse ni lucrarse con su complacencia. Era un hombre que

vivía casi exclusivamente para los demás, atento a los gustos y a las inclinaciones de los amigos, de una amabilidad tan exagerada, que al principio sorprendía y ponía en guardia.

Emilio Aguilera, el periodista, se burlaba de él y de sus conocimientos aristocráticos.

—Oiga usted —le dijo una vez—, aquí estamos discutiendo el doctor Guevara y yo una cosa.

—¿Qué es?

—Que hemos visto en la Castellana un coche de cuatro caballos, y el doctor asegura que iba a la *Grand d'Aumont*, y yo le digo que no, que eso tiene un nombre inglés.

—¿Llevaba postillones? —preguntó al momento Alfredísimo, como si la cuestión le interesara mucho.

—No.

—Pues entonces no era a la *Grande d'Aumont*; la *Grande d'Aumont* es un coche con cuatro caballos y dos postillones a la inglesa; la *Petite d'Aumont* es el que lleva dos caballos y un postillón.

—Nos ha sacado usted de una duda que nos perturbaba.

Poco después Aguilera le preguntó con un tono casi agresivo:

—¿Pero es que hay alguna diferencia entre un *valet de pied* y un *valet de chambre*?

—Hombre, sí. ¡No la va a haber! El *valet de pied* es el que sigue a su señor y monta en el coche detrás de él, y el *valet de chambre* cuida de las ropas y de los objetos del tocador.

—¿Y a un *valet de chambre* se le puede exigir que sirva a la mesa dentro de las pragmáticas de una casa distinguida?

—No, no. En una casa distinguida, de ninguna manera.

Mientras Alfredísimo se explicaba, Aguilera le oía muy serio, y cuando se marchaba se reía a carcajadas.

El grupo de las damas aristocráticas llamaba mucho la atención a los amigos de la tertulia de don Paco. Se llevaba el alta y la baja de los éxitos de los hombres que acompañaban a estas señoras.

—Aquí el conquistador es un conquistador por series, por ciclos —decía don Paco—; llega usted a una dama de estas de vida un poco libre: de la primera pasa usted a la segunda y de la segunda a la tercera y así sucesivamente.

—Advertencia a los donjuanes —añadía el doctor Guevara.

—Estos conquistadores tienen aire de bestias —dijo una vez Jaime Thierry—; no pueden tener éxito más que con estas mujeronas de burdel.

No se sabe si alguno o alguna de la tertulia próxima le oyó; la cosa fue posible, porque dijo su frase en voz alta.

Aquellas damas aristocráticas, cuando llegaba otra nueva, la examinaban al detalle en las distintas galas de su tocado, con una frialdad y una desvergüenza exagerada.

—Estas mujeres han de ser para un hombre delicado como la sombra del manzanillo —añadió Thierry una noche que se sentía más displicente y amargado que de ordinario.

—Ahí está el dominarlas —aseguró don Paco.

—Sí, pero yo creo que no se domina más que a los animales racionales; a los irracionales, imposible.

—Está usted implacable esta noche, amigo Thierry. ¿Qué mosca le ha picado?

—Es posible que haya digerido mal.

Pasaron tres cortesanas por la pista, muy elegantes y exageradas. Una de ellas, chata y rubia, era conocida por la manera pulcra y amanerada de recogerse las faldas. Había sido, según se decía, vendedora de pescado en un pueblo del Norte, y los malintencionados la llamaban la Sardinera.

—No tiene nada de guapa —dijo Thierry.

—Pues se ha comido ya tres fortunas —replicó don Paco, para quien esto era, sin duda, un gran mérito—: la de un aristócrata, la de un notario y la de un dentista.

A la otra, con un aire de Dolorosa, la conocían por Trini la Carabina.



—De ésa no dirá usted que no es guapa.

—No; es una hermosa mujer. ¿Quién es?

—No sabemos más que su apodo. De ella dicen que tiene una hija que se educa, en el extranjero, en un colegio de monjas y que ignora en absoluto la profesión de su madre — contestó don Paco.

La tercera de las hetairas era hija de un militar, socio de un mi casino y amigo de personas distinguidas. La llamaban Charito. La Charito era pequeña, rubia, delicada y frágil, con unos ojos un poco rojizos y una expresión burlona y satírica. Al descarriarse una noche la habían llevado al palco unos amigos del padre que la conocían de niña, abusaron de ella, la dejaron medio desnuda y le llevaron los zapatos.

—¡Qué hazaña canallesca! —dijo Thierry.

A don Paco no le parecía esto nada raro. El doctor Guevara explicó cómo entre la gente que se las echaba de distinguida quedaba, como en las demás, el fondo sádico y cruel del animal humano.

—No importa. Es repugnante —dijo Thierry.

—¿Usted cree que en América no pasaría lo mismo? —preguntó Guevara.

—Probablemente más; allí la hubieran matado.

Al pasar las cortesanas, las señoras del grupo aristocrático las miraron sonrientes y hablaron de ellas.

—Es curiosa la simpatía que produce en estas damas el oficio de las hetairas —dijo Jaime Thierry con acritud—. Se exceptúa, claro es, las que tienen una moral rígida y las que pueden sospechar infidelidades del marido con una de ellas. Se trata del oficio, en si, que no les produce repulsión.

—¿A usted se la produce? —preguntó don Paco.

—A mí, mucha.

—Teme ser presa —dijo Montes Plaza.

—No; eso, no. Yo soy poca presa.

—Pero ya sabe usted que las lechuzas, que son, naturalmente, noctámbulas y carniceras, cuando no pueden atrapar murciélagos, se comen a las mariposas falenas que vuelan en la oscuridad —dijo el doctor Guevara.

—Yo no me siento falena, amigo doctor —replicó Thierry—. Mi antipatía tiene otros motivos. Claro, puede uno ver una mujer tan guapa, tan vistosa, que le haga a uno olvidar sus antecedentes; pero pensando luego en ella, esa idea del contacto íntimo con lo más vulgar de la sociedad, con el comerciante, con el judío, con el americano, le produce a uno repugnancia.

—Misantropía...

—Quizás. Una mujer así es como un cuarto del hotel.

—¿También le da a usted asco el cuarto del hotel?

—También.

—Usted quisiera un mundo para usted solo —dijo don Paco.

—Sí, es verdad; un mundo pequeño y limitado para uno solo.

—Eso es quizá lo que suele quedar del sentimiento religioso —aseguró el doctor Guevara.

—Tiene usted razón —asintió Thierry—; es muy posible lo que usted dice.

Jaime no se contentó con hablar despiadadamente, sino que escribió una crónica en El Mundo acerca de los Jardines del Buen Retiro con toques burlones, que a la mayoría no hizo ninguna gracia. La gente encontró en ella una intención aviesa y mordaz.

## XXII

El marqués de Castelgiron, siempre flaco, demacrado, con su barba negra pintada y sus ojos vidriosos de hombre intoxicado por la morfina, parecía que en cualquier momento podía caerse muerto. Aquella noche en vena comenzó a hablar con voz apagada.

El marqués contó cómo había conocido en París dos viejos aristócratas, marido y mujer, de lo más linajudo de Francia y completamente arruinados, que vivían siendo profesores de maneras, es decir, de *maintien*. Muchas veces habían estado a sueldo de un empresario. El marqués, nunca lo había creído cuando se lo decían, pero al último se convenció. La pareja aristocrática se trasladaba durante algún tiempo a la casa rica de algún chocolatero o fabricante de conservas y vivía en ella como invitada.

Asistían los dos viejos a las reuniones de sociedad, iban al teatro, y los chicos y las chicas de la casa les tomaban como modelo y les copiaban en sus conversaciones y en sus ademanes. Esto a Castelgiron se le figuraba, sin duda, un gran rebajamiento.

—A mí no me parece raro —dijo Thierry—; el mismo Napoleón dicen que tomó lecciones de Talma para llevar la túnica imperial.

Después, el marqués, lanzado a la charla, contó la historia de un banquero riquísimo de París, a quien conoció en un sanatorio de morfinómanos. Este banquero, hombre obeso, genial, alegre y mujeriego, al curarse de la manía de la morfina, apareció como un invertido. Se había revelado un homosexual. Entonces, en una casa de citas regentada por una señora de un gran apellido, quizá falso, alquiló un salón y lo fue amueblando con un lujo oriental. Allí el banquero se disfrazaba, se vestía de mujer, se pintaba y se ponía peluca. A veces salía en coche e iba tan transformado que no le conocían ni sus amigos. Con frecuencia tenía reuniones con hombres en el salón de aquella casa y llevaba orquesta de tziganos o de árabes.

El banquero hacía una doble vida. Una noche un turco salió de aquella habitación oriental y le dijo a la dueña de la casa:

—El banquero se ha puesto enfermo. Voy a buscar un médico.

El turco no volvió. La dueña entró en la habitación y se encontró al banquero muerto, pintado, vestido de odalisca y con una peluca rubia. Tenía un aspecto horroroso. Era una cosa terrible; al ama le dio miedo y llamó inmediatamente a la policía. El cadáver no presentaba herida alguna; en cambio, tenía sangre en la boca; sin duda había mordido a su compañero.

—¡Qué horrores! —dijo uno al oír el relato.

—Todo eso es muy fin de siglo —saltó Montes Plaza.

—¡Bah! ¿Usted cree que los finales de siglo son peores que los principios? —preguntó el doctor—. El siglo es una convención y no tiene realidad alguna. Todos esos horrores son tan antiguos como el mundo. Basta leer a Petronio o a Juvenal.

—Sí, pero hay épocas más decadentes que otras.

—Yo creo que esta frase fin de siglo —Indicó Aguilera— la ha propagado esa comedia titulada París, fin de siglo, de hace seis o siete años. Fin de siglo quiere decir frivolidad, despreocupación, escepticismo, vértigo, indiferencia, rapidez...

—Dentro de treinta o cuarenta años dirán de nuestra época: era el tiempo de la lentitud, de la pesadez, de la seriedad, de la credulidad —exclamó el doctor con su buen sentido.

—Siempre es lo mismo —añadió Thierry—; no se cambia nada.

Había concluido la ópera, la gente salía tarareando del teatro; comenzaba a tocar la banda militar en el quiosco central; gran parte del público iba apoderándose de las sillas para sentarse, otros se marchaban a la calle.

## XXIII

Don Paco Lecea presentó una noche a Jaime Thierry a un amigo suyo, al señor Cuéllar y a su hija Josefina.

El señor Cuéllar, alto, esbelto, muy tieso, con la cabeza pequeña y la barba blanca en punta, parecía un tipo del Greco, de hombre de corte. No le faltaba más que la gorguera.

El señor Cuéllar, por lo que contó don Paco Lecea, no usaba su título de marqués de Pastrana. Este pasaría a su hijo mayor. Josefina sería con el tiempo condesa de jadraque.

Dos días después de la presentación se hallaba Jaime sentado con don Juan Guevara cuando pasaron el padre y la hija. Jaime les saludó, y ella le dirigió una mirada y una sonrisa.

Thierry se levantó con intenciones de seguir a la muchacha, y le acompañó don Juan.

Aquella noche, sin duda, el señor Cuéllar y su hija tenían prisa por volver a su casa y se dirigieron a la salida antes de terminada la función.

—Voy a ver adónde va esa chica —dijo Thierry.

—Iré un rato con usted —le indicó el doctor.

—Muy bien. ¿Qué le parece a usted esa muchacha?

—Es un tipo ibérico. Será una buena madre de familia.

—¿Cree usted?

—Sí. La ve usted tan delgada, pues cuando se case engordará.

Thierry se echó a reír.

El señor Cuéllar y su hija salieron a la plaza de la Cibeles y entraron en un landó que les esperaba.

—¿Va usted a seguirla hasta su casa en coche? —preguntó el doctor.

—No, hoy no; no creo que esté eso en el protocolo de los noviazgos. ¿Qué le parece a usted?

—Hombre, yo no tengo experiencia.

—¡Bah! Es usted modesto.

—No, no; es cierto. Es temprano. ¿Qué quiere usted que hagamos?

—Lo que a usted le parezca.

—¿Volveremos al teatro?

—¿Para qué?

—Nos sentaremos a tomar algo fresco.

Se sentaron en un aguaducho del Prado. Todavía el paseo estaba sin palmeras y sin macizos de hierba y de flores. Era como una rambla arenosa y tenía en medio una pista en donde paseaba de noche en verano la gente pobre entre filas de sillas.

Había menestrales con sus familias en los bancos. Un grupo de niñas cantaba a coro con voces chillonas:

Arroyo claró,  
fuente serená,  
quién te lava el pañuelo  
saber quisierá.

—Son bonitas estas canciones —dijo el doctor

—Sí, muy bonitas.

Las chicas siguieron con su cantar.

Me lo ha lavado  
una serraná  
en el río de Atocha,  
que corre el aguá.

—Estas canciones de chicos tienen mucha gracia —aseguró Thierry.

—Cuando me siento en este paseo —observó el doctor— recuerdo los primeros versos de un romancillo que debe de ser antiguo y que comienza así:

¡Álamos del Prado,  
fuentes de Madrid,  
como estoy ausente,  
murmuráis de mí!

—¿No sabe usted más?

—No recuerdo más. Tengo un número de una revista con unos cuantos romancillos antiguos donde está ése, y se lo dejaré a usted.

—Muy bien.

Del realismo y de la poesía de los antiguos romances pasaron a hablar del naturalismo en la literatura del tiempo. Don Juan era partidario de la novela científica y experimental; había leído las obras naturalistas años antes, en la época en que tenía prestigio y sugestionaban al público. Thierry las encontraba pesadas y aburridas. Los escritores realistas españoles no le gustaban tampoco, le parecía que lo empequeñecían todo y lo hacían mezquino y rastrero. Con la conversación se les pasaba el tiempo.

—Ya es mi hora —dijo don Juan—; vivo en la calle de Atocha y me voy despacio hacia allá.

—Le acompañaré a usted un rato —Indicó Thierry.

—Bueno, pues vamos.

Se levantaron y marcharon por el Prado, siguiendo en su discusión, repitiendo el uno y el otro los mismos argumentos. Llegaron a la calle de Atocha, y como el doctor Guevara mostraba ganas de seguir hablando y discutiendo volvieron de nuevo al Prado.

Ya la gente se había marchado. El paseo estaba solitario y negro. Pasaban algunas viejas busconas vestidas de claro y salían por entre los troncos de los árboles siluetas de hombres.

—Sentémonos un rato —dijo Thierry.

Se sentaron en un banco y cesaron en su charla. Al levantarse del banco volvieron a ella y se enzarzaron en una divagación literaria.

Thierry recordaba que había discutido dos días antes con Aguilera acerca del estilo. Aguilera defendía la idea del estilo como corrección y casticismo, cosa que a Thierry no le entusiasmaba.

—Se puede hacer un estilo imitando a cuatro o cinco autores, ¿pero eso tiene algún valor? —preguntó Thierry—. Yo creo que hasta que un hombre no escriba más que con frases suyas, que no las haya imitado de otros, no tiene estilo.

—Es una idea biológica del estilo —dijo el doctor— que no tiene más inconveniente sino que no es realizable.

—Yo creo que mientras le queden a uno en el estómago frases hechas de otros escritores antiguos no es uno un estilista.

—Pero eso no es posible —repuso Guevara—; para eso cada uno tendría que inventar su lenguaje.

—Bien, ya sé que exagero; pero lo que digo debe ser el ideal del estilista.

—Yo creo que para ser escritor basta con tener algo que decir en frases propias o en ajenas.

—Uno cree que tiene algún talento literario —dijo Thierry—, ¿pero lo tiene? No lo sé. Para mí, por lo menos, sería necesario que viviera y pensara con libertad; que me sacudiera el yugo de mis autores favoritos para saber si soy algo o no soy nada.

—Pues eso se puede saber ensayando —observó el doctor.

—Es que yo tengo mis dudas no sólo acerca del oficio en sí, sino también de si vale la pena entregarse a él. ¿Es mejor vivir esa vida del escritor, que comprende muchas cosas, sintiéndose hoy esto y mañana lo otro: rico, golfo, obrero, medio santo o medio asesino, y en el fondo sin ser nada fuerte, o estabilizarse en su casilla y seguir en ella tranquilo? Puede suceder que en la primera vida haya más frutos que exprimir; pero puede suceder también que en la segunda, de pequeño rincón, el fruto que le haya tocado a uno en suerte se exprima de una manera más completa. Una cosa es ser como el agua que corre; la otra como el agua de la alberca.

—Pues, amigo, hay que decidirse. Ya es tiempo —dijo el doctor.

—Sí, es verdad; tiene usted razón.

Dejando estos puntos literarios, que no interesaban tanto a don Juan Guevara como a Thierry, hablaron de los amigos de la tertulia de don Paco y de Montes Plaza, por quien el doctor tenía marcada antipatía.

—Yo no me fiaría de él.

—Yo tampoco; no pienso tener con él más que relaciones muy superficiales.

—Ese hombre —dijo el doctor— es de esos terribles demócratas que son egoístas como pocos. Hacen que su madre se pase la vida en la cocina y la hermana les cosa la ropa y les espere si vienen tarde. Son tremendos demócratas en la calle; ahora, en la casa, son tiranos.

El doctor Guevara era un tanto dogmático y arbitrario, de los que creen que el árbol malo no puede dar buen fruto.

Luego hablaron de Dobón y de su nietzscheanismo.

—El amoralismo nietzscheano, que consiste en hacer lo contrario de las reglas de la moral, es un poco absurdo —dijo el doctor—. El amoralismo auténtico sería ser, como un animal o como un vegetal, indiferente a las normas éticas, pero esto es muy difícil.

Thierry no creía gran cosa en el amoralismo preconizado por Nietzsche; pero, en cambio, algunas frases del autor de «Zaratustra» le encantaban. Una de ellas era la recomendación de vivir en peligro. Vivir en peligro era vivir sin lugares comunes, dispuesto al ataque más que a la defensa, con el gusto del heroísmo, en una renovación constante y en un ambiente denso y oxigenado.

—No hay que quemar pronto la vida en un ambiente demasiado oxigenado —dijo el doctor Guevara—: hay que reservarse.

—Nunca el ambiente es demasiado oxigenado —replicó Thierry.

—Eso se cree en la Juventud; pero después...

—Después se muere uno con... decencia en un rincón.

—También ésa es una idea de juventud. El día que se sospecha y se comprueba que el valor no es una consecuencia de una convicción, sino del estado de los nervios, está uno perdido.

Volvieron de nuevo a la calle de Alcalá, se despidieron por fin y Thierry y el doctor marcharon cada uno a su casa.

## XXIV

Dos días después, al entrar en los jardines del Buen Retiro, Jaime se encontró con don Paco Lecea, e inmediatamente después con el señor Cuéllar y su hija. Les acompañaron a los dos.

Josefina, una muchacha esbelta, delgadita, de dieciocho años, tenía los ojos pardos, verdosos, un tanto melancólicos, sombreados por largas pestañas; la cara, algo angulosa; la boca, grande, fresca y sonriente; el talle, alto y flexible; las manos, finas y aristocráticas, y los dientes, blancos. Su risa, muy expresiva y alegre, daba impresión de inteligencia, de viveza y de gracia. La conversación suya era animada y brillante; pasaba de una cosa a otra con facilidad; se reía; contaba con ingenio lo que había leído o había visto. Cuando se animaba por la risa le brillaban los ojos y se le coloreaban las mejillas, estaba muy bien.

Después de dar vueltas por la pista, don Paco y Thierry se despidieron de Josefina y de su padre, que no querían perder la ópera.

Esta noche y otras varias, en las cuales pudo hablar con la muchacha, fueron para Jaime momentos de embriaguez, de vanidad y de orgullo. El hablar y pasear con Josefina y con su padre le aumentaban interiormente de categoría, le hacían sentirse importante, aristócrata. No experimentaba el gran atractivo físico ya sentido por él en otras ocasiones por otras mujeres, aunque pasajero, ardiente. No soñaba con encontrarla a solas y besarla; suponía que era porque ya había doblado los años más fogosos de la adolescencia.

Thierry se decía a sí mismo que a él no le importaba nada la aristocracia, pero era lo cierto que sentía inclinación por ella. Hablaba pestes de la clase privilegiada; mas se comprendía que el lujo, la alcurnia y el título le producían verdadera sugestión.

Pensaba también que un noviazgo terminado en matrimonio le daría un lugar fijo y preeminente en la escala social, un centro de gravedad en su vida, hasta entonces demasiado aventurera. El matrimonio le haría adaptarse al medio, aburguesarse y tranquilizarse.

La muchacha valía la pena. En los días posteriores Josefina Cuéllar le pareció un poco marisabidilla; había estudiado en un colegio de Francia, tenía conocimientos teóricos y prácticos, recordaba trozos de escritores franceses del siglo XVII, que recitaba con gran empaque.

El padre, con su tipo de Greco, pobre hombre oscuro, admiraba mucho a su hija y la obedecía en todo.

La madre era muy práctica, muy casera y un tanto intrigante. El hermano tenía aire de enfermizo y de raquítrico.

A Josefina, caprichosa al parecer y en el fondo muy sensata y muy discreta, le gustaban las novelas de aventuras, con amores complicados, con torres misteriosas, escalos, raptos, desafíos y estocadas; pero comprendía muy bien que todo ello estaba en su terreno, en el campo de la fantasía, y no pensaba encontrarlo en la vida, ni lo deseaba. Esta discreción antirromántica no entusiasmaba a Thierry, pero pasaba por ella.

No era posible, dadas las costumbres del tiempo, el acompañar a una muchacha de la buena sociedad asiduamente de no ser su novio oficial, y Jaime Thierry inventó recursos para hablar a solas con Josefina.

Ella facilitaba las conversaciones con gran habilidad. Era confidente de Josefina una amiga suya, Pepita Santa Clara.

Pepita tenía la expresión de pájaro curioso y vivaracho.

Al principio hizo buenas amistades con Jaime; luego fue viendo éste que la muchacha era como el código viviente de las conveniencias sociales, algo, en el terreno ideológico, como una solterona inglesa de una capital de provincia.

Pepita tenía todo clasificado, desde un punto de vista de la distinción: amistades, espectáculos, trajes y libros. Algunas operetas extranjeras no eran, según ella, para muchachas, y aunque no se entendiesen bien suponía que no se debía ir a verlas. Las óperas no había inconveniente en oírlas, porque nadie se fijaba en el argumento y todo el mundo las conocía. Las comedias, al pasar a los días de moda, se purificaban y se hacían asépticas.

Pepita favoreció los amores de Josefina y de Thierry. El corro que formaban en los jardines los conocidos del señor Cuéllar se alargaba muchas veces estratégicamente y detrás de la silla de Josefina y a sus espaldas solía sentarse Jaime.

Hablaban los dos de mil cosas y se dedicaban a ratos a mirar las estrellas a través del follaje de los árboles, a oír la música y a contemplar las nubes de falenas y de mosquitos, atraídos por los arcos voltaicos, que iban presurosos a morir a la luz y al calor.

—¡Qué animalitos más estúpidos! —decía Josefina.

—Así somos también nosotros —replicaba Thierry—. Buscamos como ellos la luz, el calor, la vida.

—Sí; pero hay que buscar todo eso con talento. Hay que saber defenderse.

—Es usted muy prudente.

—¿Y usted no?

—Me parece que por ahora no.

—Ya lo aprenderá usted. Los hombres son muy torpes.

—¿Cree usted?

—Sí.

—Es posible que sea verdad.

—Saldrían ustedes ganando dejando dirigirse por nosotras.

—Yo estoy dispuesto.

—Ya veremos si se le admite a usted.

Thierry y Josefina asistían a las representaciones raras veces: cuando se decía que el tenor o la tiple eran buenos y tenían porvenir, o cuando el señor Cuéllar aseguraba no podía dejar de oír un aria o un dúo de alguna de sus óperas favoritas.

Después volvían a las sillas del corro y Josefina y Thierry a su combinación para charlar con libertad.

La banda del quiosco tocaba con frecuencia algo de Chueca y al final de los acordes de un Pasodoble de la «Gran Vía» o de un chotis del «Chaleco blanco» se iba marchando todo el mundo a su casa.

Josefina vivía en un caserón antiguo del centro de Madrid y Jaime solía pasear la calle. La muchacha salía a uno de los balcones y charlaban los dos largo rato.

## XXV

Máximo Peña Montalvo, hombre rico, cuyos abuelos habían hecho fortuna en América, vivía con esplendidez.

Máximo era sólido, pesado, fornido. Su cara, inyectada, de color carmesí, tenía alguna semejanza con la de un carnero: la frente baja y ancha, el bigote rubio, la barbilla hundida, los ojos claros.

Máximo contaba unos treinta y tantos años y se distinguía como gran *sportsman*. Vestía con frecuencia ternos grises. Había sido educado en París y por vicio congénito o por hábito de los primeros años pronunciaba la r de una manera gutural, como los franceses.

Máximo aspiraba a la aristocracia. No había en su tipo ni el más ligero matiz aristocrático. Parecía un cochero de punto o un tabernero francés. Nada de la estampa escuálida y elegante de Greco, como el señor Cuéllar, ni el aire de pez tan característico de los aristócratas españoles.

Máximo alternaba con la crema madrileña. Iba a conseguir un título nobiliario de un día a otro. Llevaba un tren de vida de hombre rico y gastaba mucho dinero con las mujeres. Se suponía que andaba enredado con una señora muy guapa, la marquesa de Villacarrillo.

Peña Montalvo, amigo íntimo del conde de Aracena, había sido, según malas lenguas, como otros muchos, amante de su mujer. Entre los suyos se le consideraba buena persona. Era capaz, según se decía, de prestar dinero a un amigo necesitado, de hacer un favor a cualquiera, siempre que el cualquiera o el amigo necesitado fuese de la aristocracia o estuviese relacionado con ella. Él quizás explicaba esto diciendo que no tenía amigos más que en la clase elevada.

Peña Montalvo sintió gran antipatía por Thierry al conocerle y saber sus maniobras. Era el hispanoamericano en el fondo un trepador, un arribista, y veía con desagrado las maniobras del joven medio yanqui, de otro género y de otro carácter que las suyas.

Peña había sido siempre un trepador adaptado al ambiente, respetuoso con las normas establecidas sobre todo por la buena sociedad, y se encontraba con un ambicioso de otra escuela, más audaz, sin escrúpulos y sin prejuicios, lanzado a campo traviesa como un indio por la selva virgen, que va rompiendo con el machete los obstáculos que encuentra a su paso.

Peña Montalvo se enteró de que Jaime había sido en su niñez expulsado de un colegio de Angulema por escándalo. ¿Cuál era éste? ¿De qué índole? No se sabía. Peña Montalvo supuso piadosamente que se trataba de algo feo, de una cuestión de homosexualismo.

Peña no sólo lo supuso sino que echó a volar su descubrimiento entre sus amigos. Pronto corrió el rumor y llegó a los oídos de Jaime. Este en aquel momento sentía miedo a la opinión por Josefina. Al tener noticia de los rumores quedó aterrado y sin saber qué resolución tomar.

Después de pensarlo mucho, escribió a Peña Montalvo una carta ceremoniosa, a la cual el americano pudo contestar fácilmente zafándose de la cuestión.

El *sportsman* sentía, sin duda, antipatía por Thierry y en vez de responder negando el haber hecho circular el rumor injurioso escribió una carta impertinente. En ella daba a entender que consideraba la inculpación como muy posible.

Probablemente pensaba jactarse de su actitud desdeñosa ante sus amigos aristócratas, en general ofendidos por la impertinencia del Joven escritor y por el tono de sus artículos.

Thierry sintió al leer la carta como si le hubieran dado un latigazo; tuvo un instante de excitación y de cólera y quedó después sumido en el mayor aplanamiento.

No pudo comer ni dormir con tranquilidad los días siguientes. Temía no reaccionar con la fuerza necesaria y no poder dominar la situación. Para él el momento era de prueba; se sentía cobarde, amilanado, en un estado de perplejidad, de vacilación y de miedo.



## XXVI

Dos días después de recibir la carta de Peña Montalvo y de pasar la mañana lleno de inquietud, al terminar la cena le vino la decisión de acabar con aquel asunto, de liquidarlo de cualquier manera. Bebió unas copas de coñac, se vistió, tomó un coche y se presentó en los jardines dispuesto a todo.

Había una noticia sensacional. Acababan de matar al presidente del Consejo de Ministros en un balneario del Norte. Los periódicos de la noche venían dedicados a dar noticias del suceso. La Correspondencia de España traía todos los detalles del atentado, cometido, al parecer, por un periodista italiano.

La gente comentaba el crimen con apasionamiento, pero no parecía sentir mucho la muerte del ilustre estadista.

Se comentaba también el aire de un político a quien se consideraba sucesor del presidente muerto. Aquella noche el político se paseaba por los jardines más jovial que de ordinario. Iba el hombre con algunos amigos muy sonriente y empaquetado, con sus barbas repeinadas, mirando a las señoras a través de sus anteojos.

Se le tenía por maquiavélico y florentino, y por su aspecto parecía alegrarse del suceso, lo que contrastaba con las expresiones de una carta suya publicada en los periódicos lamentando la muerte del gran estadista como una terrible desgracia nacional.

Se podía pensar que ponía a mal tiempo buena cara, pero podía sospecharse también que el mal tiempo no le parecía a él tan malo.

Discurría igualmente por el paseo central un alcalde del Gobierno anterior, con aire de gigantón de portada barroca, con sus barbas largas, sus pies grandes, su sombrero de copa, con el puro en los labios, rodeado de tres o cuatro hombres de confianza con tipo de matones o de jugadores de ventaja.

Thierry se hallaba tan preocupado con su asunto que no tomó en cuenta la noticia sensacional del día. Ni Josefina ni su padre aparecieron aquella noche en los jardines. Tampoco estaban Carlos Hermida ni Montes Plaza.

Jaime dio varias vueltas por la pista. Tocaba la banda el vals de Strauss El hermoso Danubio Azul. La gente llevaba al andar el ritmo de la música, arrastrando los pies por la arena.

Peña Montalvo y sus amigos, al cruzar cerca de Thierry, no le vieron o hicieron como si no lo vieran. Jaime pensó si ya algunos le señalaban en broma.

La difamación debía de correr por entre el elemento aristocrático; quizá había llegado a casa de Josefina.

Al pasar por delante de un grupo de señoras conocidas de Peña Montalvo creyó notar que una de ellas, la marquesa de Villacarrillo, sonreía burlonamente.

El marqués de Quiñones y Pepito Velarde pasaron al lado de él sin saludarle. En su preocupación egocentrista no veía claro. Nadie se ocupaba en aquel momento de él. Thierry, exasperado, pensó en hacer alguna barbaridad.

En aquel instante vio a don Paco Lecea en un grupo de personas y con disimulo se acercó a él y le pidió un momento de conversación; tenía que hablarle. Le explicó su caso.

A pesar de lo trascendental de la noticia de la muerte del presidente, era para don Paco más trascendental aún un asunto de honor.

Las cuestiones de juego y los desafíos constituían para el viejo cínico lo más importante de la vida; lo demás no pasaba de ser algo adjetivo y de poca monta.

El viejo se mostraba muy puntilloso en aquellas cuestiones, un tanto ridículas, conocidas en la época con el nombre de lances entre caballeros. Seguramente don Paco debía de comprender que no era ya el duelo, como en los tiempos antiguos, una cosa seria, sino una pantomima representada por fantoches muy tontos para lucirse y darse en espectáculo, pero aun así el actoseudocaballeresco y sus preparativos le fascinaban.

Jaime explicó con detalles lo ocurrido con la carta de Peña Montalvo y la actitud irónica y burlona de los conocidos.

—¿Y usted qué ha hecho? —preguntó severamente don Paco.

—Por ahora todavía nada.

—Pues, amigo —replicó el viejo poniéndose muy serio y hasta fosco-, la situación es muy mala para usted. Si usted no interviene pronto está usted perdido. Estos asuntos no se arreglan más que con energía y con arrestos.

—¿Cree usted?

—No hay más que eso.

—¿Piensa usted que estaría bien el desafiar a ese tipo?

—Naturalmente. Pero él puede rechazar el desafío, y entonces...

—Entonces a mí me quedaría el camino de la violencia y del escándalo.

—No hay otro recurso. En estas cuestiones el que da primero da dos veces.

—¿Así que a usted le parece bien la violencia y el escándalo en un caso como éste?

—Yo no veo otro camino.

—Pues ahora verá usted.

—Bueno. No vaya usted directamente de aquí; no vayan a pensar que yo le he instigado.

—No se preocupe usted. Verá usted que me las manejo bien.

Thierry dio una vuelta por la pista y se sentó en un banco en el punto en que comunicaba el paseo circular con la avenida por donde se salía a la calle. Se puso en una zona en penumbra adonde no llegaba la luz de los arcos voltaicos, y esperó.

Poco después se acercaba Peña Montalvo entre un grupo de señoras hablando alto y riendo. Thierry se le acercó con aire amable y le dijo:

—Tengo que hablar con usted.

—Usted dirá —contestó Peña con desdén.

—¿Es verdad que usted ha asegurado que a mí me echaron del colegio por invertido?

—Cierto, cierto; es verdad.

Esto lo dijo con su pronunciación de francés. Ciegto, ciegto; es vegdad.

Entonces, con una rapidez imposible de evitar, la mano nerviosa de Jaime dio en la cara rojiza de Peña Montalvo con una violencia tremenda. El agredido intentó echarse sobre Thierry, pero amigos y curiosos intervinieron de una parte y de otra y los separaron.

Las señoras gritaron, hubo sombreros de paja por el suelo, bastones en alto, actitudes ridículas y el escándalo consiguiente; Peña Montalvo echaba sangre por la nariz como un cerdo degollado.

Jaime, pálido, amarillento, estaba en una actitud agresiva. Le había salido a flote el joven americano acostumbrado al boxeo yanqui y esperaba en posición de andar a trompicones con alguno.

El periodista Aguilera, en medio del tumulto, le agarró del brazo y lo llevó a la puerta. Cruzaron la plaza de la Cibeles y tomaron por la calle de Alcalá arriba.

—¡Chico, qué magnífica bofetada! —dijo Aguilera—. Ha sido una bofetada de esas de teatro que suenan hasta en el gallinero. El llenarle la cara de sangre a ese ciudadano no me ha parecido tan académico. Después de una bofetada así, tan parnasiana, el intentar boxear es un disparate. Es como entrar en un salón de frac y ponerse después en calzoncillos y en mangas de camisa.

Thierry replicó que con mucho gusto hubiera cambiado todavía algunos puñetazos con aquel estúpido ciudadano.

Antes de llegar a la Puerta del Sol entraron en el café de Fornos. En un grupo se hablaba de las bofetadas de los jardines y se atribuían a una discusión política originada por los comentarios acerca del atentado contra el presidente.

—¿Pues qué ha pasado? —preguntó uno.

—Nada, dos que han tenido una riña hablando del presidente muerto y que se han dado de palos. Uno de ellos, el más joven, le ha hecho una herida al otro, que debe de ser muy grave, iba echando mucha sangre.

—¿Y se sabe quiénes son?

—Parece que son dos señoritos de la aristocracia.

## XXVII

Al día siguiente, por la mañana, a las doce, dormía aún Thierry cuando se presentaron a la puerta de su hotel, en un coche particular, dos señores muy serios y entonados: el conde de Aracena y el marqués de Villacarrillo. El conde de Aracena, como siempre, estaba hecho un *dandy*, impecable; el marqués de Villacarrillo tenía un aire más vulgar y menos atildado.

Llamaron, salió a abrirles la Silvestra y le preguntaron por Thierry. Ella, sospechando algo, no les quiso dejar entrar en casa ni pasar del jardín.

La Silvestra avisó a Beltrán, que vino con su delantal y su blusa de su taller, y discutieron con los señores. El farolero y su mujer dijeron que si no les indicaban de antemano el motivo de su visita no avisarían al señorito.

Los aristócratas pensaron si aquello sería maniobra de Thierry para no desafiarse y levantaron la voz.

La Silvestra y Beltrán estaban a punto de pasar de las razones a los insultos y a decir a los aristócratas la opinión que tenían de ellos y de sus mujeres.

A las voces Jaime se despertó, se asomó medio desnudo al ventanal y llamó:

—Silvestra. Deja pasar a esos señores.

Entraron el conde y el marqués en la alcoba y presentaron a Jaime una carta de desafío. Era de Peña Montalvo. Thierry la leyó atentamente, estremecido de cólera, y dijo:

—Está bien. No hay explicaciones que dar.

—Ninguna.

—¿Adónde quieren ustedes que vayan mis padrinos?

—Pueden ir al Casino de Madrid.

—Allí irán. Ahora tengo que advertirles que puede suceder que yo, como forastero, no encuentre rápidamente mis testigos, pero esto no querrá decir que yo no quiera batirme. Me batiré con testigos o sin ellos con ese miserable idiota.

—¡Caballero! —exclamó Aracena—. Esos insultos...

—Se los repetiré a él personalmente... Respecto al tiempo que yo pueda tardar en encontrar padrinos...

—Nosotros esperaremos el tiempo que sea necesario —dijo el marqués de Villacarrillo con aire conciliador.

Los dos aristócratas saludaron inclinándose y se marcharon, probablemente sorprendidos de aquella casa y de aquella manera de vivir, pues salieron mirándolo todo con curiosidad.

—¡Qué tíos! —exclamó la Silvestra—. Si hubiera sido por mí, con la escoba los echo a los dos a la calle.

Thierry se vistió y fue a alquilar el coche del señor Benigno.

—Hoy le tomo a usted por horas.

—Bueno, señorito; está bien.

Thierry marchó a buscar a Emilio Aguilera. Quería nombrar padrino a algún militar para dar al duelo un aire grave. Aguilera y él fueron a visitar a un oficial a quien conocían y al comandante Lagunilla. El oficial, que jugaba con un hijo suyo con unos muñecos, dijo que no le gustaba la comisión. Lagunilla se negó a ser padrino del duelo.

Thierry recurrió a buscar en el Casino de Madrid a don Paco Lecea, y éste y el doctor Guevara aceptaron el apadrinarlo.

Luego supo Jaime que Peña Montalvo pensó en no batirse con él y en conseguir que le descalificase un tribunal de honor; pero esto, si no miedo, podía parecerlo, y después de aquella

bofetada tan estrepitosa y tan sonora el *sportsman* no habría quedado muy bien. Thierry sentía una cólera furiosa contra Peña Montalvo y estaba deseando darle una lección.

Se reunieron los padrinos, se discutieron las condiciones y se concertaron unas relativamente graves. El duelo se verificaría a espada francesa a punta, a filo y a contrafilo, hasta que uno de los contrincantes quedara fuera de combate.

Don Paco Lecea estaba en sus glorias. La bofetada de Thierry le pareció oportunísima y muy en su lugar; en cambio, al doctor Guevara no le gustaba el asunto; pensaba que podía acabar de una manera desastrosa para su apadrinado.

Se nombró juez de campo a un señor especialista teórico en aquellos lances y que no se había batido nunca.

Al día siguiente Thierry, en el coche del señor Benigno, fue a buscar a sus amigos y se dirigieron a una finca próxima a la plaza de toros.

—¿Espero? —dijo el señor Benigno.

—Sí.

El señor Benigno hizo una mueca. Había comprendido de qué se trataba.

A la entrada de la finca estaban ya los contrincantes. Pasaron todos a un patio enlosado.

Se cumplieron los trámites de costumbre de medir las armas se hicieron las ceremonias propias del caso. Luego los duelistas se quitaron las chaquetas y el chaleco, quedándose en mangas de camisa y con los brazos descubiertos dispuestos para comenzar la pelea. Se notó el contraste entre el brazo musculoso y rojizo de Peña Montalvo y el nervioso, blanco y azulado de Thierry; entre el pecho ancho y peludo del uno y el estrecho y hundido del otro.

—¡Mal pronóstico! —masculló el doctor Guevara.

Se colocó cada uno en su lugar y el juez de campo, un tanto nervioso, a un lado, con una espada en la diestra para intervenir y evitar un ataque poco reglamentario. Lo mismo la cara inyectada de Peña Montalvo que la pálida de Thierry no indicaban buenas intenciones. Un momento después el juez de campo, levantando la espada, dijo:

—¡Señores! ¡Adelante y con valor!

Los enemigos se mostraron en el primer asalto como esgrimidores hábiles y de gran decisión. Peña Montalvo era en general sereno y manejaba la espada francesa muy bien, pero estaba colérico y quería humillar al contrario. Thierry había dominado sus nervios y resistía las acometidas de su contrario, a fuerza de cólera, sin retroceder, exponiéndose a ser herido. Estaba dispuesto a no retroceder de ninguna manera. Peña Montalvo tuvo que saltar hacia atrás varias veces para no ensartarse los dos. El *sportsman* hirió varias veces en el antebrazo derecho a Jaime.

—No es nada —decía el herido con voz sorda—; es un puntazo insignificante.

El juez de campo intervino varias veces con oficiosidad, con intención de dar por terminado el lance; pero como Thierry no se daba por vencido continuaba el duelo. Peña Montalvo comenzó a sentirse un tanto intimidado al comprender la resolución colérica de Thierry de morir o matar. Se veía que éste no iba a lucirse, sino a vengarse.

Al último, en un cuerpo a cuerpo violento, Thierry hirió la mejilla al contrario, le cortó la nariz, le dejó la cara llena de sangre y estuvo a punto de saltarle un ojo. La espada de Peña Montalvo hizo un rasguño ligero en la frente de Thierry.

Con ello terminó el duelo.

La intervención del juez de campo no fue bastante rápida para evitar aquella última acometida desesperada, furiosa y poco académica.

No hubo el menor intento en los adversarios de reconciliarse.

Peña Montalvo y sus dos testigos se retiraron para que curara un médico al herido. Jaime, excitado y trastornado, se vistió de prisa, tembloroso, y con don Paco y el doctor Guevara salió de la finca.

Al verle el señor Benigno desde el pescante del coche tuvo una expresión de alegría.

—¿Eso ha salido bien? —dijo.

—Sí, bien.

—Vaya, me alegro, señorito; que sea enhorabuena.

—Ha quedado como un valiente —dijo don Paco.

—Ya me lo figuraba yo —contestó el cochero.

—Vamos a una botica a que le desinfecten las heridas por si acaso —añadió Guevara, haciendo como que no oía lo dicho por don Paco, pues la palabra valiente le molestaba.

Entraron en una farmacia de la calle de Alcalá. Guevara pidió tintura de yodo y un trozo de tafetán. El farmacéutico dio lo que le pidieron, pero no quiso intervenir en la cura. El doctor puso el yodo en las heridas del brazo de Thierry y el tafetán en la frente.

Volvieron a subir en el coche.

—Creo que tiene usted fiebre —dijo Guevara—; lo mejor que puede usted hacer es ir a su casa, acostarse y descansar.

—No; no podría descansar.

Jaime no quería retirarse y marchó con don Paco al Casino de Madrid, donde despidió y pagó al señor Benigno el cochero. De allí fueron a un restaurante de la calle del Príncipe. Jaime no tenía ganas de comer y no hizo más que beber abundantemente.

## XXVIII

Los periódicos de la noche, entre largas informaciones acerca de la muerte del presidente, daban la noticia del desafío en un suelto a la manera ritual de la época:

«Esta mañana, examinando, en unión de varios amigos, unas espadas en una finca próxima, don Máximo Peña Montalvo y don Jaime Thierry, el primero tuvo la desgracia de quedar herido en la mejilla y el segundo en el antebrazo y en la frente».

A renglón seguido decía:

«Ha quedado zanjada una cuestión personal entre el distinguido *sportsman* don Máximo Peña Montalvo y el joven y notable escritor don Jaime Thierry».

Éste, después de andar por cafés y redacciones, marchó a su casa a la hora de cenar y tuvo un desmayo. La Silvestra se alarmó y comenzó a chillar. Después se presentó Beltrán, que estaba charlando con el señor Benigno el cochero, que sin duda le había contado lo visto por él.

En la casa se alborotaron todos, hasta los chicos, con la noticia del duelo del señorito. Thierry contó cómo se había efectuado el desafío. Habló de la herida de Peña Montalvo y pensó si podría interesarle el cerebro.

—¡Ca! —dijo con seriedad Beltrán—. No le puede hacer nada en los sesos.

—¿Por qué?

—Porque es indudable que si tuviera sesos no andaría metido en esos trotes.

Todos se echaron a reír. Después la Silvestra dijo que los aristócratas eran unos canallas, unos cornudos, y ellas unas zorronas, que había que desnudarlas y azotarlas en medio de la calle. La Silvestra quiso convencer a Jaime de que se acostara, y lo consiguió. Thierry se acostó y tomó una taza de tila con azahar, pero no pudo estarse quieto ni parar un momento con su inquietud y su nerviosidad.

De pronto saltó de la cama y fue a mirarse al espejo con atención. Estaba pálido, amarillento, como un desenterrado. Echó la llave a la puerta y se puso un poco de rojo en las mejillas. Luego se vistió, tomó un coche, y para las once estaba en los jardines con aire de triunfador.

Tuvo éxito; la tertulia de don Paco le recibió con palmas, y muchas señoras y señoritas le señalaron disimuladamente al verle pasar.

El marqués de Quiñones y Pepito Velarde se le acercaron a felicitarle. También le felicitó con entusiasmo Alfredo Mendoza, Alfredísimo.

Se comentaba la prueba de energía que había dado Thierry al no retroceder ante el arma de un espadachín consumado, y esto hacía mucha gracia a todo el mundo; se exageraba su torpeza, se le añadían nuevos detalles y se daba como un alarde de humorismo y de valor.

—Ha quedado usted muy bien —le dijo don Paco—. Ahora, si quiere usted seguir mi consejo, lo que debe usted hacer es marcharse un mes o dos de verano fuera de Madrid. No dirá usted que mi consejo es interesado, porque le tengo por un buen amigo y preferiría que se quedara usted aquí.

—¡Muchas gracias!

—Lo digo porque luchar con esa gente rica no es conveniente. Tienen amistades en los casinos y círculos y si se empeñan lo desacreditarán a usted.

—A mí, ¡ca! Mire usted, don Paco; yo no tengo más que dos ideales: uno, el primero, el de ser escritor; el otro me lo callo porque interviene en él una mujer. Para ser escritor, lo principal es serlo. ¿A mí qué me importa que me acusen de ladrón, de estafador o de invertido?

—¡Ah! Si no le importa a usted...

—Nada. Esos especialistas del honor y sus opiniones me producen risa... Podría marcharme, porque tengo dinero suficiente, por ahora al menos, pero hay una chica de por medio y no me voy,

Después se habló de la muerte del presidente y de la ejecución próxima del anarquista su matador. Todo el mundo abominaba de éste, considerándolo como una fiera rabiosa a quien había que exterminar y someter al tormento.

Jaime lo defendió con entusiasmo; para él era un romántico, un idealista, y pasaría a la Historia en calidad de héroe. Nadie le tomó en serio.

—Todo esto lo dice por singularizarse —afirmaron varios.

—Es que está excitado y nervioso —añadieron otros.

Después se discutió acerca del presidente muerto. La mayoría lo consideraba como un genio político y como gran historiador y escritor. Thierry dijo que como político le parecía perjudicial y como literato e historiador muy malo y de última fila. La tertulia tomó sus palabras por pura extravagancia.

Thierry tuvo unos días de éxito. Estaba a la moda en los jardines del Buen Retiro; la gente le señalaba y volvía la cabeza para verlo, y las muchachas tenían al pasar cerca de él una amable sonrisa o, por lo menos, una mirada de curiosidad.



## XXIX

Cuando Jaime Thierry encontró a Josefina, dos días después del desafío, le habló ella con gran animación y viveza. Estaba enterada del duelo y del papel brillante hecho por su galanteador.

Su decisión de no retroceder se comentaba por todas partes. Josefina había oído decir: Thierry no sabe nada de esgrima: pero ha dicho en el duelo: Si me clava él, yo le clavo. Esto parecía muy cómico.

Respecto a la acusación que había motivado la riña y después el desafío, la muchacha, o no se daba cuenta clara o no le importaba gran cosa.

La admiración de Josefina por Thierry pareció comunicarse a sus amistades. Josefina tenía amigas muy entonadas y elegantes entre la aristocracia. Todas querían reunirse con ella; la consideraban muy inteligente y graciosa.

Una de sus más fieles era Bebel, una muchacha de las primeras familias del reino. Thierry y los de su tertulia la llamaban la Chinita.

La Chinita, pequeña de cuerpo, de cara redonda y expresiva, de ojos negros un poco torcidos, tenía cierto aire de japonesa.

Un día que se hallaba sentada cerca de Thierry se le cayó el pañuelo y él se lo recogió. El pañuelo era viejo y lleno de zurcidos. La ilustre familia a la que pertenecía Bebel no debía de andar muy bien de dinero.

El periodista Aguilera, atrevido y burlón, al pasar junto a ella le decía:

—¡Chinita, cuando me mira usted me golpea el corazón como un martillo!

Ella se reía.

Otra de las amigas de Josefina, compañera de estudios, era Niní de Launay. Niní, rubia, con la nariz respingona, los ojos claros, la cara de expresión picaresca, tenía una voz armoniosa de soprano. Niní parecía una damisela sonrosada del siglo XVIII. Llevaba constantemente trajes vaporosos azules o de color de rosa. Josefina la llamaba en broma Niní Papillón.

Niní era hija de un francés; su padre y su madre estaban separados. El padre vivía en Francia con otra mujer y la madre no quería salir de Madrid, donde tenía sus negocios, sus amistades y sus trapisondas.

Josefina y Niní habían estado juntas en un colegio del Sagrado Corazón de una capital francesa del Norte. Niní terminó sus cursos oficiales y consiguió un certificado que le podía servir en Francia para ser institutriz o maestra.

Niní no olvidaba sus libros, sabía muchas cosas, leía y tocaba muy bien el piano.

En casa de madama de Launay debía de haber con frecuencia dificultades económicas grandes. La madre era intrigante y, al parecer, tramposa. Las deudas, las cuentas, los enredos, el dar largas a los acreedores, todo esto ofendía profundamente a Niní.

Algunas veces ésta hablaba de marcharse a Francia y de utilizar sus certificados académicos dando clases para ayudar a su madre; pero ésta se oponía rotundamente y prefería vivir en Madrid intrigando, trampeando y golfeando. La madre de Niní era de familia aristocrática española arruinada.

Josefina aconsejaba a Niní que trabajase, y hablaban a veces las dos de la emancipación de la mujer; pero a Niní esto le interesaba únicamente como un último recurso de que echar mano en una situación desesperada.

Prefería casarse con un hombre rico y poder vivir con comodidad. Se consideraba con derecho a la vida fácil y lujosa.

La señora de Launay se ocupaba poco de su hija; en cambio, ésta tenía gran entusiasmo por su madre, que se conservaba joven, guapa y de cuerpo airoso. Cuando iban juntas parecían hermanas. A madama de Launay no le gustaba presentar a Niní como hija suya a sus amistades recientes. Todavía se consideraba en edad de hacer conquistas.

Niní y Josefina solían ir con frecuencia acompañadas de una vieja institutriz irlandesa, amiga antigua de la familia de Cuéllar, miss O'Brien.

Esta buena vieja, muy religiosa y muy cándida, les hablaba de los crímenes terribles de las sociedades secretas de Irlanda, sobre todo de los francmasones. La pobre señora suponía en todo el mundo una inclinación decidida por el alcohol y hablaba de las personas que tenían la desgracia de perder la fe o de dedicarse a la bebida.

Niní de Launay le asustaba con sus ideas. La consideraba como una mujer audaz y librepensadora.

—Miss de Launay —decía en serio— no le tiene miedo ni a Dios ni al diablo.

Con miss O'Brien paseaban Josefina y Niní las tardes de invierno en la Castellana, unas veces por la acera de la derecha, otras por la de la izquierda, según fuera una u otra en la época, la más elegante. Al anochecer volvían por la carrera de San Jerónimo, saludando a los conocidos. Algunas veces entraban en la pastelería del Café Suizo a merendar o a tomar un helado.

Thierry conoció a las amigas de Josefina.

Con Niní de Launay hablaba en francés de los escritores y poetas modernos. Ella coqueteaba con él y recitaba las poesías de Paul Verlaine, en puro acento parisiense, *Les sanglots longs, Écoutez la chanson bien douce, o Il pleure dans mon coeur*. Estas canciones en boca de Niní, con su voz tan bonita, eran algo encantador.

Otra de las amigas de Josefina, Lupe Vargas, era una chica con ojos grandes, labios rojos, muy amable y sonriente.

Don Paco le contó la historia de la familia de esta muchacha. En Cádiz, en 1831, había varios militares y paisanos dispuestos a sublevarse a favor de la Constitución de 1812. Los oficiales, los sargentos y los jefes estaban comprometidos y, según parece, también lo estaba el brigadier don Antonio del Hierro. En esto la policía avisa a Hierro que sabe los manejos de los militares; el brigadier se arrepiente y quiere deshacer la conspiración, y entonces un oficial, que luego llegó a general, llamado Felipe Rivero, criollo, del Perú, prepara una emboscada contra el brigadier Del Hierro, y a la mañana siguiente, cuando el jefe iba con dos ayudantes a la calle de la Verónica, donde estaba la junta revolucionaria, quizá para prender a sus miembros, se le presentan varios hombres embozados que le piden cuentas de su conducta. Se arma una trifulca, se disparan tiros y caen muertos el brigadier y un zapatero de la vecindad y queda herido uno de los ayudantes. Se extiende la alarma en el pueblo. Los gaditanos se encierran en sus casas, dejando las calles libres a los conspiradores; la mujer de don Antonio del Hierro se presenta a la justicia, quiere denunciar a los oficiales que estaban en la conspiración, y un sargento comprometido se escapa con la doncella del brigadier, con la caja del regimiento y con un maletín de papeles comprometedores.

El sargento se embarca, va a Inglaterra, luego a París y se hace uno de los primeros empresarios de teatro de la capital francesa. Entra en el gran mundo y conoce a todas las celebridades europeas. Vive como un pachá. Años después, fuera que sus asuntos marchasen mal o por otra causa, acepta una combinación de Juego que le propone el célebre jugador García. Las partidas se celebraban en casa de una dama florentina entonces a la moda; se jugaba entre gente elegante, aristócratas y banqueros al treinta y cuarenta y al bacarrá. Una noche que el empresario y García habían tenido una suerte fabulosa los puntos aristocráticos sospecharon. A petición de algunos se cerraron las puertas de la sala donde se Jugaba, se registró a todos y se encontró que García había escondido las cartas de la casa en los sobacos y que Jugaba con otras parecidas preparadas y marcadas por él. La hija del empresario se casó con un aristócrata y del matrimonio nació esa niña.

—¿Y ella no sabrá nada de todo eso? —preguntó Thierry.

—Seguramente, nada.

## XXX

Jaime, después de su desaffo, pareció subir de categoría. Las amigas de Josefina bromeaban mucho con él. Le llamaban con diminutivo inglés Jimmy. El padre de Josefina le permitía que fuera acompañada de Thierry cuando ésta paseaba con sus amigas.

Jaime las convidaba a tomar helados en el café de los jardines y charlaba con ellas por los codos.

Les contaba cómo vivía él con la Silvestra y con Beltrán el farolero; les hablaba del Payaso y del Piripitipi y del cura don Antolín, que cuando llegaba a su casa se comía todo cuanto había.

—Don Antolín es un Gargantúa —decía—. Los helados que hemos tomado entre todos se los tomaría el solo y no le parecerían nada.

Las chicas se reían y tenían a Thierry por un muchacho divertido, fantástico y de buen humor.

Jaime, de noche, iba a pasear la calle a Josefina y a pelar la pava.

La casa de Josefina era un caserón viejo del siglo XVIII, de dos pisos. Daba a dos calles y a una plazoleta. Tenía rejas salientes en el piso bajo y balcones espaciados en el primero. Su fachada era barroca, con un escudo muy complicado; el portal, grande, con antiguos azulejos en las paredes, en medio un farol en el techo y una cancela de cristales de colores. A un lado estaba la portería, pintada de rojo oscuro. Tras de la cancela partía una hermosa escalera de piedra, con la barandilla de metal dorado y los escalones carcomidos.

El portero, un viejo gordo con patillas y anteojos, librea larga y gorra galoneada, parecía una caricatura inglesa de míster Pickwick. El portero, Rodríguez de apellido, llevaba con gran diligencia las cartas de Thierry a Josefina y las contestaciones de ésta a Thierry, llamaba a Jaime señorito y recibía sus propinas con gran entusiasmo.

## XXXI

Matilde Leven, la maestra, después de ganar unas oposiciones, se había marchado a Bilbao y pensaba tomar posesión de su cargo al comenzar el otoño.

Matilde escribía constantemente a Carlos Hermida, quien le contestaba con excesiva frialdad. Carlos se hallaba dispuesto a abandonar a su novia. Entre doña Antonia y él decidieron de manera irrevocable que el matrimonio con la maestra no les convenía. Podía conseguir Carlitos algo mejor.

Matilde escribía también a Adelaida, y ésta le contestaba tranquilizándola; su hermano le seguía fiel, aunque andaba muy preocupado con la manera de encontrar una posición segura y estable.

Carlos había logrado una noche, en los jardines del Buen Retiro, lo que le convenía.

Su hallazgo era una mujer de unos treinta y tantos años, gruesa, de cara redonda, un poco abultada, inteligente al parecer, muy correcta, muy discreta, vestida siempre sin exageración. Se llamaba Fernanda Arias Mejía y tenía una gran fortuna sólida.

Fernanda acompañaba con frecuencia a tres señoritas muy ricas y poco agraciadas. La gente mundana y de perversa intención les daba a éstas el nombre de tres torpederos de la marina de guerra española, Terror, Furor y Proserpina. Como las tres señoritas tenían pretendientes que se suponía marchaban como leones en busca de la dote, a éstos se les daba el nombre de tres cañoneros o barcos de guerra: el Audaz, el Osado y el Temerario.

Fernanda, huérfana de padre y de madre, vivía con una hermana casada; era, por lo que decían sus amistades, mujer muy sensata y muy práctica.

Carlos comenzó a seguirla y a rondar su casa. Al principio pintó entre los amigos y conocidos estos amores como una broma o manera de pasar el tiempo de verano; luego, cuando consiguió formalizar el noviazgo, cambió al momento y tomó otra actitud.

Dejó Hermida de frecuentar los jardines con el pretexto de ir a los estrenos de otros teatros. Aparecía en la tertulia de don Paco solo, muy de tarde en tarde y con el objeto de que su ausencia no produjera críticas acerbadas contra él. Según las pragmáticas de su madre, no convenía romper las amistades violentamente.

A los dos meses de conocerla, Carlos estaba en relaciones formales con la señorita de Arias Mejía, y poco después entraba en la casa ya como un novio serio y aceptado.

Fernanda le había medido a Carlos en su inteligencia y en sus sentimientos, y no se engañó.

No aspiraba a un marido brillante; le veía a Carlos como a un joven de quien se puede sacar partido. Era para ella el tipo medio del hombre, del cual una mujer puede esperar una vida tranquila y relativamente feliz, el *homo domesticus*, como hubiera dicho el doctor Guevara.

A principios de julio, Carlos reunió todo el dinero de la casa, dejando a la familia en las últimas, para poder pasar quince días en San Sebastián. Luego fue a un pueblo de la provincia de Zamora, donde Fernanda y su hermana tenían una magnífica finca.

Carlos seguía engañando y mintiendo a Matilde; le decía que sus asuntos no se arreglaban y andaban de cabeza. Con Thierry y los periodistas amigos pretextaba el estar atareado con cuestiones de familia.

Su madre era la única conocedora de sus proyectos ambiciosos; ella le daba instrucciones dictadas por su maquiavelismo y su buen sentido.

Carlos representó la comedia con Fernanda del pobre enamorado de una mujer rica lleno de timidez y de confusión. Ni él mismo para sí hubiera podido decir si fingía o era sincero. No se le ocurrió, ni mucho menos, echárselas de hombre desdeñoso del dinero y de la riqueza. Esto comprendía, por instinto, que no tendría éxito con su novia. Le habría parecido a ella una actitud

de romanticismo ridículo. En parte, ninguno de los dos podía darse por engañado y, sin embargo, los dos se engañaban.

## XXXII

A principios de agosto Josefina Cuéllar anunció a Jaime su marcha de Madrid.

—¿Así que se va usted? —le preguntó él.

—Sí, vamos a Zarauz. De Zarauz iremos a casa de una tía mía que vive cerca de Bayona, y volveremos a Madrid a principios de octubre.

—¿Qué largo me va a parecer el tiempo!

—A mí también. Podría usted hacer una cosa, Jimmy.

—¿Qué?

—Ir a Bayona.

—¿Cuándo?

—A mediados de septiembre.

—¿No habrá obstáculos?

—Ninguno.

—¿No le molestará a su familia?

—De ninguna manera.

—¿Lo sabe usted?

—Sí, lo sé.

—¡Ah!, muy bien; entonces, iré.

—Yo le escribiré en el entretanto

—Yo también.

Jaime, acostumbrado al trato de usted en inglés hasta para las personas de la misma familia, no insistió en proponer a Josefina el uso del tú entre los dos. Probablemente ella habría aceptado.

A los dos o tres días de la marcha de Josefina, Jaime se encontró sorprendido. Le pasaba todo lo contrario de lo supuesto por él; en vez de estar desasosegado e intranquilo por la ausencia de Josefina, se encontraba a sus anchas.

La mañana la pasaba durmiendo; al levantarse tomaba un baño frío y comía solo o con don Antolín. Discutía con él, hablaba con Beltrán y con sus chicos, salía al anochecer y volvía al clarear la mañana. Don Paco Lecea era uno de sus acompañantes noctámbulos.

Thierry escribía a horas intempestivas. Preparaba al mismo tiempo dos libros: uno de prosa poética, al cual pensaba llamar las «Metamorfosis», y otro satírico, que iba a titular las «Revelaciones indiscretas».

Josefina le empezó a escribir desde Zarauz. Le decía muchas veces, más o menos en broma: «Sé que lleva usted una vida de calavera, y me hablan muy mal de usted».

Al poco tiempo las cartas de Josefina comenzaron a cansar a Thierry. Había en ellas demasiada literatura estilo Fernán Caballero y el padre Coloma, demasiados perfiles conceptuosos. Eran cartas de monjita repipiada y sabihonda. Su letra, de colegiala del Sagrado Corazón de Jesús, angulosa y segura, le molestaba.

Thierry seguía acudiendo a los jardines del Buen Retiro; Peña Montalvo y él no se miraban nunca; si por casualidad se colocaban uno frente al otro, de mutuo acuerdo cambiaban en seguida de sitio.

## XXXIII

Una noche don Paco Lecea y Jaime se encontraron sentados cerca del grupo aristocrático frecuentado por Peña Montalvo. No estaba el americano. Había varias señoras, entre ellas la condesa de Aracena y las marquesas de Villacarrillo y de Aguilar. Esta última era un tipo de francesa rubia, aparatosa y pintada, con ojos claros de gato y una voz sonora y alegre.

Lecea presentó a su amigo a las dos damas que no conocía, y ellas le invitaron a sentarse.

—¿Usted es Jimmy Thierry? —le preguntó la de Aguilar con su voz de contralto.

—El mismo.

—¡Qué fama tiene usted más mala!

—Pues haremos lo posible para merecerla —contestó él riendo.

—No; no se debe usted de quedar corto.

—Siempre se queda uno corto.

La de Aguilar se mostró de primera intención excesivamente amable con Jaime. Para aquellas damas, que, según la maledicencia cortesana, no tenían gran cosa que perder, un tipo como Thierry podía ser un hombre entretenido y ameno.

—A mí me parece bien que un Joven se divierta —observó la marquesa de Villacarrillo con cierta indiferencia—; no me parece tan bien que tenga malas intenciones.

—¿Y usted por qué sabe que yo tengo malas intenciones? —le preguntó Thierry de una manera muy directa y un tanto impertinente.

—Dicen que le quiso usted sacar un ojo a ese pobre Peña Montalvo en un desafío.

—Lo odiaba.

—¿Por qué? ¿Porque habló mal de usted? Me parece demasiada venganza.

—¿Qué quiere usted? Yo soy vengativo, rencoroso.

—Pues eso está mal.

—¿Sabe usted en parte por qué le odiaba?

—¿Por qué?

—Porque decían que usted le quería —dijo Jaime en voz baja.

—¡Vamos, hombre! No sea usted niño. Me va usted a querer convencer de que estaba enamorado de mí.

—Antes, no; ahora, creo que sí. ¡Es tan fácil enamorarse de usted!

Ella se echó a reír. Thierry se puso a su lado e intentó entretenerla con su conversación y galantearla con finura. La marquesa de Villacarrillo, al parecer, no tenía malicia y creía lo que le decían, al menos por el momento.

La condesa de Aracena se mostró sarcástica con Jaime y le lanzó unas cuantas puntadas mortificantes, que él hizo como si no las oyera.

—Lo que voy a decir a usted es verdad —murmuró Thierry dirigiéndose a la Villacarrillo—; uno de los motivos que tuve para agredir a Peña Montalvo, una de las cosas que más me mortificó, fue creer que al pasar por delante de usted, aquella misma noche de la riña y de los puñetazos, usted se rió de mí. ¿Es verdad? ¿Le habían hablado mal de mí? ¿Se rió usted al verme?

—No, la verdad. Ni me habían hablado de usted ni me reí de usted. Puede usted creerlo. Si me reí sería por alguna otra cosa.

—Ya ve usted. Esto debía alegrarme y no me alegra. Me quita una ilusión.

—¿Qué ilusión?

—La ilusión de que usted se hubiera ocupado de mí.

—Es usted un exagerado y un embustero —replicó ella riendo.

—No lo crea usted; lo que digo lo siento con todo mi corazón.

La marquesa de Villacarrillo, rubia, blanca, con ojos azules encantadores y una boca con la dentadura hermosa, tendría ya treinta y dos o treinta y tres años y estaba en el apogeo de su belleza.

Su cara era algo infantil; la nariz, un poco gruesa en su nacimiento, signo, según los fisionomistas, de facultades superiores. Parecía a las figuras de los escultores góticos, que expresan al mismo tiempo ingenuidad y malicia.

Había en ella algo de niño glotón y algo de diosa, unido a cierta chulería que le daba su manera de hablar popular, con un ligero ceceo de modista madrileña. La expresión de ingenuidad y malicia un poco cándida prestaba a la Villacarrillo un gran encanto. A veces tenía un aire de niña; a veces, aunque la comparación pareciese brutal, algo de ternera joven y juguetona.

Jaime Thierry, en esta primera conversación, quedó enamorado perdido de aquella mujer. En un momento se olvidó de Josefina y se dispuso a hacer la corte a la marquesa. Le había enloquecido. Noches después la habló de nuevo, la escribió, la siguió y le mandó versos y flores.

A la marquesa le pareció al principio un poco descarada e impertinente esta persecución.

¿Qué se habrá creído ese majadero?, pensó. Tendré que pararle los pies.

Pronto el asedio le pareció divertido y se prestó al acoso con gusto; luego, ya quedó interesada con una corte tan asidua, y al último cedió.

Thierry empezó a pensar que estaba idiotizado por la marquesa. Su entusiasmo por Josefina no había pasado de ser una preocupación cerebral, de vanidad, por una muchacha un poco repipiada y sabia; ahora no; ahora sentía una pasión del cerebro y de todo el cuerpo. Antes era como una brisa ligera que agitase suavemente la copa de los árboles; ahora era el vendaval que hacía rugir con sus ráfagas de viento el interior del bosque.

A la marquesa, Concepción de nombre, sus amigos la llamaban Concha Villacarrillo.

La amistad de Concha y de Thierry se hizo muy pronto ostensible. No hay disimulo que sirva para ocultar una pasión a las gentes que andan cerca; la notan en los más pequeños indicios.

La condesa de Aracena se sintió ofendida y dijo horrores de los dos. Él era un botarate, un tontaina afectado, ridículo y lleno de petulancia; ella era como una gata, egoísta, falsa y mezquina. Según la condesa, Villacarrillo, que tenía más sentido de lo que creía la gente, conocía muy bien a su mujer y nunca la había tomado en serio, considerándola como vulgar, mediocre y sin el menor interés.

La mayoría de los conocidos de Concha encontraban a Thierry impertinente e inoportuno, pero a las mujeres no les pasaba lo mismo, y a veces la insolencia rebuscada del *dandy* les parecía divertida y graciosa.

A una corte tan asidua y tan apasionada no podía resistir una mujer como la marquesa, colocada en una situación equívoca y de hecho separada del marido. Se sabía que vivían aparte desde hacía ya mucho tiempo y se suponía que ella había tenido amantes. Según se aseguraba, el mismo marido inició la ruptura del matrimonio a base de hacer cada uno lo que le diera la gana.

A pesar de su belleza y de su gracia, la marquesa no había producido nunca una pasión tan intensa y tan ardiente como la de Jaime.

Estos nuevos amores eran para Thierry todo lo contrario de sus amores con Josefina. Aquí no había para él aristocratismo y elevación, ni discreteos literarios, ni ambición, ni orgullo, sino humanidad, pura humanidad y gran parte de animalidad.

La risa, la mirada, la voz de Concha, aquella voz un poco ronca de mujer de la calle madrileña, le trastornaban por completo.

Se había olvidado de Josefina. Ahora la muchachita discreta y sabia era para él una sombra lejana, perdida en la historia de su existencia. Le preocupaba a todas horas y en todos los minutos Concha, con su personalidad de hembra popular y hasta un poco achulada.

Concha tenía una seducción inconsciente. Era una mujer sensual, sin complicaciones ni perversidad alguna, y era casi siempre jovial, alegre, risueña.



Su cara y su tipo variaban con la alegría y con la tristeza; su cuerpo, elástico, con facilidad cambiaba. Unos días de sol, un vestido nuevo, una noticia buena o un disgusto le daban una distinta apariencia.

No tenía rasgos fuertes en el cuerpo ni el espíritu; era una naturaleza maternal, bondadosa, de una bondad débil, para vegetar sin lucha.

Procedía de una familia rica, en la cual las mujeres habían vivido siempre mimadas, y esto le había quitado no sólo todo carácter agresivo, sino de defensa. Creía, como los niños, que el mundo era suyo. Era, además, una mujer proteica que constantemente estaba evolucionando y cambiando.

—Yo ya sé que soy completamente vulgar —solía decir con frecuencia, al parecer convencida.

Thierry creía todo lo contrario. No la veía nada vulgar. La consideraba como difícil de asir. Él hubiera querido apoderarse de ella, sorberla, dominarla en todos los actos de la vida; pero esto era absolutamente imposible.

## XXXIV

Una noche, al volver a casa, Thierry encontró una carta de Josefina. La carta era agria, amarga.

Le escribían a la muchacha desde Madrid cómo Jaime cortejaba a la Villacarrillo de una manera indecente. Ésta era su expresión. Ella no tenía vergüenza, y él, tampoco, añadía.

Josefina se humanizaba, bajaba de su pedestal, se incomodaba y hasta insultaba como una mujer cualquiera interesada por un hombre.

Thierry, al leer la carta, pensó en contestar con otra para sincerarse y al mismo tiempo para romper. La escribió como si estuviera redactando un artículo.

Hay cosas desagradables que son mucho más fáciles de escribir que de decir; en cambio, a otras les pasa lo contrario; se siente vergüenza de estamparlas en el papel y no se siente tanta de dejarlas flotando en el aire. Es difícil saber por qué ocurre esto.

Thierry consideró fácil el exculparse en una carta y lo hizo con perfecta tranquilidad; el tratamiento de usted que usaba al escribir a Josefina le sirvió mucho para dar a sus relaciones pasadas un aire de amistad afectuosa que no pasaba de ahí.

Concha y Jaime comenzaron a verse y a tener citas en el hotel de Thierry. A Jaime le molestaba que la Silvestra y su marido le espieran, aunque el hecho le parecía naturalísimo, y alquiló para sus encuentros un estudio de pintor en la calle de Santa Engracia.

Jaime comenzó a vivir desquiciado, tan pronto feliz, lleno de ilusiones y de esperanzas, como deprimido y triste hasta la exageración.

Le contaban cosas de Concha, más o menos ciertas, desacreditadoras y poco agradables de oír.

Hubiese querido, sin duda, que la considerasen como una mujer virtuosa, como una Lucrecia o la madre de los Gracos. Luego, ya comprendía la estupidez de esta pretensión.

Le comenzaron a mandar también unos anónimos extraños, en los cuales le prometían hacerle revelaciones muy interesantes sobre Concha y su marido. Thierry fue a una cita al paseo de la Castellana, de noche, y se encontró con Lola la Valkiria. Ésta le contó una serie de horrores acerca de los amigos y amigas de Concha. Todos los hombres de su círculo eran invertidos; todas las mujeres, sáficas. Thierry comprendió, en un momento de reflexión, que estas historias eran falsas y que Lola era una embrollona, embustera, que mentía quizá de un modo inconsciente, creyendo en sus invenciones.

A la segunda cita ya no fue, y Lola le persiguió con sus cartas y sus avisos misteriosos, hasta que sin duda se cansó y le dejó en paz.

Thierry, durante algún tiempo, temeroso y desconfiado del espionaje y de la curiosidad de la Silvestra y de Beltrán, los tomó luego como confidentes, así como a don Antolín, a quienes contaba sus amores con toda clase de detalles.

—Eso ya se te pasará —le decía don Antolín, mientras cogía el cucharón y se llenaba de garbanzos el plato.

—Yo no sé si esto de estar enamorado es una realidad o es una ilusión —exclamaba Jaime—; realidad o ilusión, es algo que mortifica mientras se siente.

—Yo no creo que eso sea una realidad —contestaba don Antolín con un zoquete de pan en la mano—: es una ficción.

—Quizá como se pinta en los libros tiene mucho de ficción —replicaba el enamorado-, pero de otra manera no. Ya ves tú, yo no puedo comer.

—Ensayá, hombre, ensaya —decía el cura—; el apetito viene comiendo.

—Es algo terrible —seguía diciendo Thierry— el querer a una mujer de quien dicen todos que no es digna de estimación.

—Mira, esos son bizantinismos de escritor decadente, tonterías de poetaastro.

—Para mí es una desgracia inmensa.

—Si me dijeras que sientes interiormente el tener esos amores, porque son adúlteros, te daría la razón.

—Eso me tiene sin cuidado —exclamaba Jaime con cierta cólera—. El adulterio para mí no existe. Esa mujer es mía ante la Naturaleza porque yo la quiero y ella me quiere a mí.

—Esa mujer está unida a un hombre por un sacramento —replicaba el cura.

—Eso no me importa nada. Al marido lo mataría yo como a una rata.

—No me hables, no me hables. Estás en pecado mortal, Jaime; te lo advierto.

—No me importa nada.

—¿Cómo que no te importa? ¿No eres un cristiano?

—No sé lo que soy.

—¿No estás bautizado?

—No me preguntes tonterías.

—No me hables, no me hables. Te repito que estás en pecado mortal.

Y don Antolín llenaba un vaso de vino, lo vaciaba de un trago y chasqueaba la lengua con satisfacción.

Después hacía sus distingos escolásticos para puntualizar sus teorías, y Beltrán, cuando le oía, caricaturizaba sus ideas.

Para retratar las sutilezas del cura solía contar esta anécdota: Un pastor se confesaba y decía que un día de ayuno, mientras hacía queso, le salpicaron unas gotas de leche en la boca y se las tragó con fruición, lo que era gran pecado. El cura le preguntó después: ¿Y no has salido tú alguna vez con los demás pastores a robar a los caminantes? Sí, muchísimas veces, contestó el pastor; pero eso se acostumbra tanto entre nosotros que no lo tenemos por cargo de conciencia.

Para el cura, todo esto del amor no era más que vicio, sensualidad y lujuria. Él no encontraba diferencia entre una mujer que tuviese sólo un amante y una mujer de burdel; si había diferencia era en beneficio de la del prostíbulo, la del lupanar, porque ésta pecaba para poder vivir.

—A mí la idea del pecado —le decía Thierry— no me interesa ni creo en ella.

—Pues no hay otra y no desaparecerá nunca.

—Eso no lo podemos saber nosotros.

Cuando el cura exponía sus ideas, con un convencimiento absoluto, Thierry le miraba sorprendido.

¡Este animal lo cree así!, pensaba con asombro.

Si don Antolín suponía haber hablado demasiado fuerte, para congraciarse con Jaime le decía:

—Anda, lee algo de lo que has escrito.

Thierry sacaba sus papeles, las Metamorfosis y las Revelaciones indiscretas, y leía párrafos de prosa oratoria con cantos panteístas a la Naturaleza y a los instintos fieros y frases violentas y cínicas contra la sociedad. Beltrán a veces escuchaba y asentía, pero otras movía la cabeza dando a entender que no estaba conforme.

Antes de terminar el verano comenzaron las lluvias y se cerraron los jardines del Buen Retiro. Se abrieron poco después los demás teatros.

Thierry se constituyó en satélite de Concha Villacarrillo. Muchas veces se presentaba en su palco y tenía entre las señoras gran éxito. Se mostraba más triste y sin la petulancia de antes.

Parecía que los amores afortunados le habían dado una idea melancólica de la vida.

Estos amores de Jaime se comentaron entre los amigos y compañeros con gran interés. Muchos le envidiaban; algunos comprendían que su éxito debía de estar impregnado de cierta amargura interior, cuando se mostraba tan melancólico.

Villacarrillo, en su papel de marido indiferente, no se preocupaba para nada de lo que hacía su mujer. Vivía aparte una vida de soltero y se le veía con frecuencia en algún palco con alguna

corista o con alguna pelandusca de baja estofa, porque en sus devaneos no parecía hombre muy delicado ni escrupuloso.

## XXXV

Los amores entre Concha y Jaime comenzaron de una manera tempestuosa. De la tormenta sensual ella salió sonriente y tranquila; él, en cambio, quedó vencido, irritado, y triste. Tenían dos temperamentos diferentes y contrarios. El era un neurótico; en cambio, ella era de un equilibrio nervioso admirable.

A pesar de sus ideas anárquicas, que exponía constantemente, Thierry era un hombre dogmático, déspota, que intentaba someterlo todo a su voluntad; ella, en cambio, era inasequible, indomitable por naturaleza, y cediendo ante las cosas y ante las personas, no se entregaba en absoluto a nada. No quería ni mandar ni obedecer; le bastaba con vivir a su manera, mansamente, como un arroyo que va acomodando sus aguas a la forma del cauce y de las orillas por donde pasa.

La marquesa de Aguilar, buena amiga de Concha, no tenía, como la de Aracena, envidia, celos ni pasión biliosa contra sus conocidas. Ella confesaba que tenía un corazón muy amplio en donde podían entrar muchas personas. Se supone que sucesivamente.

La marquesa experimentaba simpatía por Thierry al verle enamorado de veras, y le habló de Concha con sinceridad. Según la de Aguilar, Concha, rica o pobre, reina o esclava, hubiera sido siempre lo mismo: una persona bondadosa, cándida, con poco arraigo por todo. No tenía amistades estrechas ni antipatías grandes; la vida le parecía lo que debía ser, ni bien ni mal. Únicamente los hijos la dominaban, pero tenía muchos momentos que no se acordaba de ellos. Concha era también una mujer culta; había hecho estudios; sabía el alemán muy bien, pero no le daba importancia a estas cosas.

Concha se había casado con su marido por amor y al mismo tiempo por conveniencia, como se casaban casi todas, al decir de la marquesa de Aguilar. Villacarrillo era rico, de la aristocracia, y las familias respectivas eran amigas.

—En esta época fácilmente una muchacha joven se cree enamorada del hombre que la galantea —aseguró la de Aguilar—. Piensa que el matrimonio será una serie constante de alegrías y de placeres. Es la historia de todas nosotras.

Abandonada por el marido en plena juventud y en una sociedad elegante en la cual el ser desdeñada era un motivo de compasión y de burla, con los sentidos despiertos, Concha quizá se lanzó a alguna aventura amorosa que la dejó desilusionada y triste. La de Aguilar creía que no había tenido nada que ver con Peña Montalvo ni con ninguno de los aristócratas de su grupo. Se hubiera sabido en seguida en el círculo de sus amistades.

Estos informes, a pesar de que le demostraban que Concha no era una mujer ligera, despreciable, ni mucho menos, no le tranquilizaron a Thierry.

—Y esa aventura amorosa que la dejó desilusionada y triste, ¿con quién fue? —preguntó Jaime.

—No lo sé. Si lo supiera no se lo diría tampoco; pero, la verdad, no lo sé. Ella no me ha confesado nunca nada, pero yo a veces he sospechado. Las mujeres adivinamos.

En aquella vida fácil y de holganza, Concha, según la de Aguilar, no pudo decidirse ni a divertirse, como se decía entre los suyos, ni a resignarse con su suerte y a ser una madre de familia de vida austera y grave. Así marchaba como entre dos aguas.

La Villacarrillo tenía del amor una idea burlesca y de cosa animal y de la maternidad una idea noble; pero no era capaz de sacrificar lo puramente animal a lo noble.

Thierry, con su sentido dogmático, quiso poner en claro la posición espiritual y material de ella y de él y que ambos tomaran determinaciones extremas a rajatabla.

Concha no estaba dispuesta a tal cosa. Puesto que habían llegado a lo que llegaron por la fuerza de las circunstancias, ella le sugería un plan de vida para los dos. Permanecerían así, y ella le ayudaría a crearse una posición. La idea de favorecerle, de protegerle, de irle abriendo camino en la sociedad, le agradaba.

Dentro del desorden de un matrimonio mal avenido podía haber un poco de orden, pensaba Concha. A los hijos se les cuidaba y se les respetaba, alejándoles de toda contaminación, de toda escena que pudiera darles una idea impropia de su padre y de su madre. El marido andaba detrás de las pérdidas; la mujer tenía un amante. Ya dentro de esta inmoralidad, lo mejor, según Concha, era que no hubiera escándalo.

## XXXVI

Tenían solemnidad en el Madrid de hace cuarenta años las funciones del teatro Real.

Se aseguraba, y parecía cierto, que en casi ninguna de las capitales europeas presentaba la sala de un teatro un aire de fiesta cortesana tan solemne como la ópera madrileña. Muchos venidos del extranjero así lo aseguraban. En Madrid no se veían, como en la ópera de París, palcos con negros o con ingleses vestidos con traje de sport. Madrid, relativamente pobre, era pueblo de gran tono. Este tono ha ido bajando poco a poco, y la capital ha quedado reducida a una ciudad proletaria y de pequeña burguesía.

La marcha de los coches por las calles, cuando había función en el Real, daba una impresión de prelude de fiesta ceremoniosa, fastuosa. Pasaban éstos, la mayoría, por la calle del Arenal, en una carrera incesante; sonaban las pisadas de los caballos en el pavimento de madera, y el paso tenía cierta solemnidad. A la luz de los faroles se vislumbraba en el interior de los carruajes damas vestidas con elegancia, algunas con diademas en la frente, y caballeros de frac o de uniforme.

Al mismo tiempo, y para producir el contraste romántico, mendigos, mujeres y chicos astrosos y desarraigados se amontonaban en las aceras.

Aquella noche, función de abono del turno segundo, el teatro estaba como en las grandes solemnidades. Se representaba «Tannhäuser». La decoración pomposa de la sala, de tonos calientes rojos y dorados, brillaba con las luces. El gran telón estaba tendido aún.

El público iba ocupando las localidades con más apresuramiento que de ordinario; la sala de butacas estaba casi llena. A cada instante se abría la puerta de un palco y aparecían de pie damas elegantes y caballeros de frac. El foso de los músicos se agitaba con los profesores de negro y de pechera blanca, y se oían de cuando en cuando notas sueltas de algún violín o de algún violoncelo.

Para los espectadores habituales estaba allí el público de siempre, lo que para ellos constituía la sociedad; las mismas damas, los mismos uniformes, los mismos fraques, los mismos senos desnudos y las mismas caras.

En los palcos ocupados lucían los hombros y los pechos blancos, los trajes espléndidos, las joyas y las gasas. Los diamantes fulguraban, temblaban los abanicos, relucían las calvas como el marfil y los gemelos apuntaban con insistencia aquí y allá. El aire entre judío y pisciforme de los aristócratas españoles se mostraba en muchas elegantes plateas. Se oía el murmullo del público como un vago rumor de tempestad.

En un espacio de tiempo corto el teatro quedó completamente lleno.

En esto sonaron los primeros compases de la Marcha Real. Entraban la Reina con sus dos hijas en el palco; no era en el palco regio, sino en el que llamaban de diario. La mayoría de la gente de las localidades bajas se puso en pie. Hubo algunos aplausos discretos y silencio en el paraíso. La Reina y sus hijas sonrieron y saludaron inclinando la cabeza a derecha e izquierda.

La Reina vestía de morado, abrigo negro con pieles grises y perlas en el cuello. Las dos hijas, un tanto insignificantes, llevaban trajes sencillos, de colegiala, que parecían baratos, de color de rosa. Iban peinadas con un moño muy alto y lazos brillantes en el pelo. La una era algo rubia y se parecía a la madre; la otra, morena, tenía un tipo vulgar de criada, la tez oscura y unos ojos de campesina relucientes y negros como el azabache.

En el palco de al lado aparecía la Infanta, tía del rey niño, hermana de su padre, gorda, pesada, herpética, el pelo blanco, el aire borbónico y la expresión un tanto cínica de la familia. Llevaba un traje verde de color de loro y muchos diamantes, algunos del tamaño de avellanas gruesas.

La buena señora se preparaba a saborear a Wagner durmiendo en la representación y charlando en los entreactos.

A su lado se sentaba una dama vieja, pequeña, de aire insinuante y nariz afilada, con traje color de pulga, y detrás de las sillas permanecían de pie un señor estirado, con barba blanca y aristocrática prestancia, y un alto, rubio, vestido de oficial de Caballería, con una cruz de paño de una de las órdenes militares en el uniforme.

En el palco de gala se lucía la alta servidumbre de palacio, los cortesanos de casaca bordada llena de cruces y las damas con el lazo rojo prendido en el pecho. Una de ellas era una señora de aire imponente, con una diadema alta de brillantes, la nariz corva, solemne, los ojos como caídos por los extremos exteriores, la boca pintada y muchas joyas. La otra era una flamencota fondona y sonriente, propia para producir entusiasmo en la calle entre los estudiantes y los horteras.

En una platea aparecía una princesa morena, goyesca, con los ojos negros brillantes, las mejillas sonrosadas, vestida con traje de seda negra de lentejuelas, muy ceñido, y grandes perlas.

El príncipe se mostraba detrás, alto, empaquetado, muy calvo y con una gran barba roja. Por su aspecto parecía un retrato antiguo de la escuela lombarda, pero al decir de las gentes no tenía más que aspecto.

Una dama rubia, chata y pintada, con el pelo alborotado y la expresión picaresca, estaba con Niní de Launay, acompañadas por Quiñones y por un joven medio albino de la Embajada francesa. La duquesa de Haro aparecía en una platea con un traje un poco chillón y sus rizos negros y sus caracolas en la frente y en las sienas.

—Su cabeza es un plato montado —había dicho Victoria Calatrava.

En uno de los palcos del proscenio se presentaba al público el marqués de Castelgirón, solo, cadavérico, como una figura de cera que fuese la estampa simbólica de la Muerte.

Una señora gorda, con mucho aire de raza y cierta prestancia de obispo, vestida de morado, llevaba un gran collar alto, muy oprimido al cuello, un collar *chien*, sin duda para sujetarse la papada que se le caía. Tenía un cuello fuerte, ancho y musculoso.

La tal señora llevaba unas antiguas alhajas de oro con piedras preciosas de colores.

Su hijo, a su lado, flaco, pequeño, amarillo, como un mono viejo, se inclinaba a galantear a la vecina del palco próximo, Luz Calatrava.

Se decía que la madre de la galanteada veía con antipatía al galanteador de su hija, a quien llamaba con desdén el Putrefacto. Ella había sido en su Juventud entusiasta de los mozos guapos y comprendía la debilidad por ellos, pero no le gustaban los raquíuticos ni los entecos. Se añadía que el pequeño aristócrata, con su aire de mico envejecido, se arruinaba haciendo regalos de príncipe, como de los cuentos de «Las mil y una noches», a Luz Calatrava, que se dejaba querer con tal que la llenasen de joyas.

La condesa de Aracena, con su aire sombrío y vestida con gran tocado, aparecía en otra platea con una señora italiana de aspecto medieval. Detrás se destacaba el conde, con su fachenda de hombre guapo e insinuante, que ocultaba admirablemente su insignificancia al lado de dos jóvenes gomosos, muy estirados, uno un poco chato y el otro audaz y picudo como un gallo, que quizá por entonces se entendía alguno de ellos o los dos con la condesa.

El embajador de Alemania mostraba su cara roja de *bulldog* pedantesco; el de Francia, su aire de catedrático de un liceo, y el de Rusia, hombre alto, grande, inyectado, con su monóculo, su gran barba blanca, su nariz de patata rojiza y su gardenia en el ojal del frac, parecía un viejo orangután de jardín zoológico, vestido de etiqueta.

Los individuos del cuerpo diplomático debían de sentir cierta tendencia centrífuga unos para otros, pues se notaba que huían de la posibilidad del contacto mutuo. Las embajadoras, la mayoría flacas, secas, rubias, descoloridas, muchas con aire de institutrices, no llamaban la atención, pasaban inadvertidas. Únicamente había una que se destacaba por su estatura de granadero, que erguía el busto desnudo, orgulloso, entre pieles de color leonado, y otra que parecía la serpiente negra de Australia por su delgadez, por su traje fúnebre y su expresión displicente y rencorosa.



Una eximia escritora, la única que monopolizaba el adjetivo elogioso, bastante mal vestida, corpulenta y achaparrada, con la cara ancha y vultuosa y los ojos blanquecinos y turbios, se agitaba en la silla de un palco explicando algo de una manera doctoral a un joven diplomático y novelista, que la oía sonriendo con un aire de paje entre indiferente y remilgado.

En las butacas el marqués de la Piedad estaba con unos jovencitos discípulos suyos, patrocinados por él; entre ellos uno elegante, esbelto, pálido, pintado, con los párpados caídos, que el maestro parecía mostrar al mundo entero con orgullo, como su creación.

Había además jóvenes de la aristocracia, banqueros, médicos de gran clientela, críticos de arte y notabilidades; el político, el torero con pretensiones de culto; varios pintores, gentes de la burguesía, periodistas y algunos tipos todavía no catalogados en el mundo elegante, entre ellos un joven con aire de figurín, ojos lánguidos y barba negra muy cuidada sobre la pechera blanca del frac, que aspiraba sin duda, con su aire de trovador, a ser una de las bellezas masculinas de Madrid.

Luego, arriba, el anfiteatro y el paraíso aparecían como hirvientes de cabezas y caras congestionadas por el calor.

En el palco de Concha Villacarrillo se destacaban ésta, la de Aguilar, y como caballeros, un joven diplomático de la Embajada de los Estados Unidos, seco, anguloso, con una nariz como un sable, y Jaime Thierry.

La de Aguilar iba vestida de negro con encajes de seda y el escote exageradísimo. Concha llevaba traje de color de lila pálido, de cola larga, el pelo en dos bandas con ondulaciones, diadema con un gran diamante en medio de la frente y un collar de perlas de varias vueltas.

La de Aguilar se mostraba más lánguida que de ordinario; sin duda estaba en un capítulo amoroso de su vida, con el joven yanqui. Concha tenía su aire indiferente habitual. Thierry contemplaba con entusiasmo los rizos rubios de su nuca, sobre su piel de nácar. Concha estaba seductora; parecía más una muchacha que una mujer casada; los gemelos se fijaban con insistencia en ella; algunos, en manos femeninas, eran amenazadores.

En un palco de un club aristocrático unos cuantos gomosos de aire impertinente miraban con los gemelos a Concha y a la de Aguilar y reían y hacían ostentosamente comentarios para llamar su atención.

—¡Qué imbéciles! —exclamó la de Aguilar con un mohín de desprecio—. Quieren que notemos que hablan de nosotras.

—¡Psé!, déjalo —dijo Concha con indiferencia.

## XXXVII

Comenzó la orquesta a tocar la obertura de la ópera en medio de un enorme silencio. La música llenaba el teatro, lo dominaba de una manera triunfal y despótica. Al terminar la obertura estallaron los aplausos en el hervidero del paraíso de una manera frenética y rabiosa, y se repitieron entre bravos estridentes como los truenos de una tempestad. Después se levantó el telón. El público escuchaba, más que con curiosidad, con anhelo. A muchos había llegado la idea estúpida de que la música no era ya un Placer, sino un sacerdocio, una cosa difícil y complicada como un problema de cálculo infinitesimal o de álgebra superior. Sólo un núcleo de elegidos podía entender completamente bien una ópera como aquella.

Había que oír la música, sobre todo la de Wagner, con este espíritu de sacrificio, como si del escenario fuera a salir de repente algo más trascendental que la solución de un problema científico, algo que fuera como el santo advenimiento de las almas modernas.

Este espíritu de mansedumbre mística favorecía la expansión del wagnerismo y lo hacía más exaltado. Las partes más pesadas, más vulgares y más monótonas de las obras wagnerianas eran las más elogiadas por los neófitos. No querían éstos lo agradable, lo comprensible, sino lo pesado, lo abstruso, lo difícil y lo kolossal.

Se había oído la canción de Wolfran, de la Estrella, en la cual se canta el amor puro, etéreo, sobre las miserias y las debilidades humanas, y la canción de Tannhäuser, que celebra el amor carnal y el culto de Venus. Había resonado también estruendosamente la Marcha de los peregrinos.

Thierry, al escuchar la música, divagaba. El tema del amor divino y del amor humano era un tema muy viejo. Él no había conocido el amor divino, porque el de Josefina Cuéllar no pasaba de ser más que un amor ingenioso y retórico. Amor humano sí lo tenía por Concha, a quien algunos querían pintar como una bacante, y que le había sorbido el alma.

A veces la de Villacarrillo o la de Aguilar se volvían para hacer una pregunta a Thierry o al joven diplomático americano, que se inclinaban ceremoniosamente para dar la contestación.

Los wagneristas seguían aplaudiendo con una furia proselitista, como si quisieran dar un trágala a los que no comulgaban con su entusiasmo.

En el último entreacto, en el foyer, se entablaron las eternas discusiones acerca de la música de Wagner, sobre lo que simbolizaba esto y lo otro y si la melodía infinita y el *leit-motiv* eran un hallazgo o una estupidez.

Según los wagneristas, había que conocer a Schopenhauer y saber historia, mitología germánica y hasta geología para entender al maestro. En Wagner lo principal era el drama desarrollado, no la melodía. Un público que escuchaba un día la «Favorita» y al otro «Los maestros cantores» o «Lohengrin» no podía acostumbrarse a sacarle jugo a Wagner. Había que romper con el pasado musical. Otros discutían si el autor era pesimista u optimista, en una charla confusa, y mezclaban en su galimatías a Ibsen y al Tolstoi y suponían que de todo ello iba a salir la regeneración de la humanidad.

La mayoría de los wagneristas entusiastas eran médicos e ingenieros jóvenes. Los amigos de las óperas italianas eran casi todos viejos.

No se ponían de acuerdo los unos y los otros. Para los partidarios de la música italiana la obertura de «Tannhäuser» era algo horrible, pasado, largo y fastidioso; en cambio, para los entusiastas era magnífico, admirable y la más completa obra de arte que se podía escuchar.

Se debatía también la cuestión de cómo se pronunciaba «Tannhäuser». Algunos llamaban al autor Uañer y a la obra Tanosér; así lo habían oído en París, donde suponían se sabía con perfección todo lo divino y lo humano. Otros explicaban la pronunciación en alemán del nombre,

como si fuera algo abstruso que necesitara estudios complicados. Decían cómo äu en alemán, con diéresis, era eu y eu era oi, con lo cual Tannhäuser se pronunciaba algo así como Tanjoiser.

Los viejos aficionados replicaban que todo aquello era bárbaro, pesado e incomprensible y que la música de verdad era la de Donizetti, Bellini y Verdi. Los wagneristas, tan incomprensivos como los otros, creían que constituía un baldón para el mundo el que existieran óperas como «Lucía», «Sonámbula» o «Rigoletto».

Alfredísimo fue a saludar al palco a la Villacarrillo y a la de Aguilar. Allí dio cuenta de las discusiones que había en el foyer. El joven americano era wagnerista. Thierry emitió una opinión herética sobre Wagner, que Alfredísimo dijo sonriente que no gustaría ni a los entusiastas ni a los adversarios.

—Al lado de un Haydn, de un Mozart o de un Beethoven, Wagner me parece poco músico — dijo Thierry—. Para él, por encima de la música pura está el drama musical, y por encima del drama musical, el teatro.

—¿Y a usted esto no le parece bien?

—A mí me parece mucho más interesante la música pura; ¿qué importa el teatro?

## XXXVIII

Después de las discusiones de cajón sobre wagnerismo se habló de Thierry entre un grupo de conocidos, algunos periodistas. Aparecía en el palco de la Villacarrillo verdaderamente serio, correcto y atildado, con su frac y su chaleco blanco.

Todos se mostraban conformes en que ella estaba espléndida con el traje de corte, escotada y llena de joyas.

—Y, sin embargo, ya es una mujer vieja —advirtió un envidioso de cara cetrina.

—¡Qué va a ser vieja!

—Pues tendrá ya sus cuarenta años.

—¡Qué va a tener! Treinta, a lo más —dijo Alfredísimo, que no le gustaba vejar a nadie, y menos a una mujer elegante y guapa.

—Está vestida de una manera encantadora.

—¿Y Thierry? ¿Han visto a Thierry? —preguntó uno de los periodistas.

—Acabo de verle en el palco —dijo Alfredísimo.

—Thierry anda jugando, como siempre, al dandismo —dijo un médico literato de gran barba, hombre muy mundano.

—Que tenga cuidado —replicó Larraga, el crítico de arte, con su malevolencia habitual— no le vayan a dar un golpe y acabe de mala manera su dandismo.

—Thierry está bien. Es de los pocos que tienen talento entre nosotros —dijo Dobón, que había bajado del paraíso.

—Eso te parecerá a ti. Antes no lo creías —replicó Larraga, a quien molestaba que se supusiera que alguien que no fuese él tuviese talento.

—Para eso es uno una persona inteligente y no una mula: para darse cuenta de las cosas —replicó Dobón con violencia—. Thierry está ahora en sus años de ensayar la vida mundana. Cuando los pase cambiará. Es un hombre que hace todo con cierta grandeza.

—¡Bah! Porque tiene dinero.

—Otros tienen más dinero que él. A cada uno hay que darle lo suyo. De Thierry se puede decir:

Siempre vive con grandeza  
el que hecho a grandeza está.

—Thierry cree que eso de gastar no depende de la fortuna, sino de un derecho que tiene la persona que es inteligente y distinguida.

—Esa idea es la que produce la generosidad casi siempre —indicó Alfredísimo.

—Se lee a Poe o a Whitman, se oye a Mozart o a Schumann —añadió Larraga—, pues se puede gastar en duros; ahora se lee a Montepín o a Pérez Escrich, se oye música de cuplés, y entonces hay que gastar en perras chicas.

—No todo el mundo puede gastar en duros, aunque los tenga —aseguró Dobón.

—Todo eso no son más que ilusiones —replicó Larraga—: el poder gastar no depende de la mentalidad, sino del dinero.

—De las dos cosas. Hay personas que aunque fueran Cresos por su fortuna vivirían mezquinamente.

La frase pareció una alusión directa a Larraga, que era un roñoso.

En esto se vio bajar por la escalera a don Paco Lecea con una señora rubia; venían los dos del anfiteatro de cumplir su misión, pues ambos pertenecían a la claqué. La claquista era alta, seca,

desgalichada y pintada. Filarmónica entusiasta, se enamoraba de los divos y guardaba sus fotografías y sus retratos de los periódicos.

Don Paco estuvo hablando un momento con el jefe de los alabarderos, hombre moreno, alto y fuerte, con una cara audaz y un bigote negro. Este repartidor de los falsos triunfos producidos por las manos de sus satélites tenía su centro de operaciones fuera del teatro, en una barbería de la plaza de Isabel II, y era su lugarteniente el barbero, charlatán y bullicioso. El jefe de los claquistas se mostraba severísimo con los suyos: quería tener con ellos una disciplina de oficial prusiano.

Don Paco Lecea se unió al grupo de sus conocidos, y al enterarse de lo que hablaban dio su parecer. Don Paco tenía también el romanticismo de equiparar distinción y dinero. Por esta ecuación social, hombre distinguido era idéntico a hombre rico, cosa disparatada y falsa a ojos vistas en la sociedad española y probablemente en todas.

Don Paco lo comprendía, pero no aceptaba en frío la idea de que la elegancia y el talento no fueran cotizables. En una pretendida sociedad aristocrática lo debían ser, pero no lo eran.

—La gente de talento se engaña porque no comprende todo lo tonto que es el mundo —dijo el marqués de Quiñones, que también se acercó al grupo.

—Eso lo ha dicho antes alguien, no sé quién —observó Larraga con ironía en un aparte.

—Lo que se puede asegurar es que el marqués comprende el mundo —dijo Dobón.

—¿Y ese chico estará enamorado de veras? —preguntó el médico literato, refiriéndose a Thierry.

—Ya sabe usted lo que dijo la Rochefoucauld —contestó el marqués de Quiñones—: *Il en est du véritable amour comme de l'apparition des esprits; tout le monde en parle, mais peu de gens en ont vu.*

Era esta frase muy repetida por Quiñones, no sólo por lo ingeniosa, sino porque demostraba al decirla lo bien que pronunciaba el francés.

—Para mí, entre estas sentencias sobre el amor que se leen en los libros la más exacta me ha parecido la de Chamfort, que asegura que el amor no es más que el contacto de dos epidermis —dijo Larraga.

Pepito Velarde, que llegó en aquel momento, había recogido dos anécdotas en la sala. En las dos intervenía Victoria Calatrava, famosa por su cinismo y por su ingenio. Ésta, al encontrarse con un escritor notable, de sexo dudoso, le había dicho maliciosamente: Al verle a usted recuerdo aquella frase de una fábula: Tu cabeza es hermosa, pero sin seso; ahora que yo la varío y digo: Tu cabeza es hermosa, pero sin sexo.

El escritor le había contestado: Eso dice la zorra... al busto; sin duda yo soy el busto.

La otra anécdota se refería a la misma Victoria. Había ido a saludar a la condesa de Aracena a su platea, y al sonar los timbres para comenzar un acto le había dicho con ironía, señalando a su marido, el conde: Chica, me voy deprisa porque vienen los mansos. Sí debe de ser verdad, contestó la condesa con acritud, porque viene también tu padre.

—Con esto ha quedado chafada —añadió Velarde, quien sin duda tenía que vengar algún agravio de la incisiva virago.

—¡Bah! ¿Usted cree? —replicó el médico literato y mundano—. A ésa no le importa nada por nada. Suele hacer chistes sobre los antiguos amantes de su madre. Yo se los he oído. Estaba hace años muy interesada con un pollo arruinado de la aristocracia, y como su madre tuvo amores con el padre de ese pollo y ha contribuido a arruinarle, le decía: Mira, mamá, dime si ese muchacho es hermano mío o no, porque no quiero cometer un fratricidio.

Este rasgo de cinismo pareció muy interesante a los que charlaban.

Don Paco Lecea sonreía, pensando quizá que esta desvergüenza era la verdadera norma, la medida de la vida elegante y mundana.

—¿Y usted cree que Victoria es una sáfica? —preguntó Quiñones al médico con cierta pedantería inoportuna.

—Eso está claro. Ya está lanzada. Yo la veo pasearse por ahí con una muchacha joven cogida del brazo de ella y mirando de una manera desafiadora a todo el mundo.

Se avisó para el último acto, y el público se apresuró a ocupar sus localidades.

Poco después Thierry y el joven de la Embajada de los Estados Unidos salían del palco acompañando a las damas.

Concha llevaba una salida de teatro blanca, bordada de oro con armiño, echada sobre los hombros, y guantes largos, también blancos, hasta el codo. Gran parte del público se acercó a contemplarla con curiosidad. Tenía éxito. Era indudable. A Concha le agradaba, pero no le sorprendía, producir esta expectación. Se hallaba acostumbrada a ella. Le parecía un hecho natural y legítimo, un homenaje a su distinción y a su belleza. Al llegar al vestíbulo, las damas se detuvieron. Dos lacayos al verlas cruzaron por entre el tumulto de los otros y gritaron desde la puerta hacia la plaza de Oriente:

—¡Villacarrillo! ¡Aguilar!

Las dos parejas esperaron y entraron cada una en su coche.

Hubo jóvenes que miraron con envidia a Thierry. Éste, sin embargo, no disfrutaba de su éxito y se sentía triste.

Así pasa en la vida, pensaba. Se cree que conseguir algo es ya una felicidad y después se ve que lo conseguido no es tampoco la dicha.

El lugar común melancólico le produjo cierta angustia, y pensó en ahogarlo con un poco de alcohol en cuanto dejara a Concha.

## XXXIX

En la primavera varias damas y algunos señores elegantes pensaron dar una fiesta en una finca de un amigo aristócrata próxima a Torrelodones.

La fiesta se celebraría en honor de la hija de un marqués español casada con un príncipe polaco y llegada a Madrid a pasar una temporada con su familia. Eran los organizadores el marqués de Quiñones, Pepito Velarde y Alfredísimo.

La princesa era una mujer de gran tipo y de gran distinción, alta, esbelta, gallarda, muy culta.

Thierry la conoció en casa de Concha Villacarrillo y estuvo hablando con ella de Nueva York, donde la princesa había vivido algún tiempo.

A la fiesta fue invitado Jaime.

Marcharon por la mañana unas veinte personas entre señoras y caballeros en el tren y después en dos coches a la finca.

La cercaba a ésta una tapia y tenía campos con pinos y carrascas, huerta y jardines. La casa era amplia, de a principios de siglo, con habitaciones tapizadas con papeles antiguos, chimeneas altas, puertas de cuarterones y una gran terraza de piedra con tiestos con geranios llenos de flores rojas.

Estaba elegido el sitio para el almuerzo en una plazoleta entre árboles con una vista espléndida sobre la sierra. Se sentaron algunos en el suelo, las señoras en cojines, y los criados sirvieron la comida.

El marqués de Quiñones contó cómo había visto en la estación del pueblo al viejo torero Frascuelo con su cara cetrina, atormentada, solo, pensativo y triste, vestido como un guarda rural. Quiñones quiso conversar con él, recordarle sus glorias pasadas, pero el torero rehuyó la conversación hundido en su melancolía de verse ya olvidado por todo el mundo. La princesa hubiese deseado verlo, pero el torero no tenía ninguna gana de hablar con nadie ni de salir de su rincón.

Después del almuerzo se marcharon los criados, se trajo un organillo de manubrio y se bailó hasta el atardecer, en que comenzó a soplar el viento frío del Guadarrama. Habaneras y polcas populares hicieron el gasto. Se tocó el pasodoble de los barquilleros de Agua, azucarillos y aguardiente:

Las niñeras y los soldados  
por nosotros están pirraos  
y dan cuartos a los chiquillos  
para que nos compren unos barquillos.

El schotis de «La Gran Vía»: «Yo soy un baile de criadas y de horteras», y el coro de «Los marineritos», de la misma revista, se repitieron varias veces acompañados por las voces de los bailarines. Este coro tenía la chunga habitual de la música del maestro Chueca, pues estos marineritos que hablaban de las playas remotas se referían al estanque del Retiro.

Cuando Concha bailaba con Jaime tarareaba la letra pedestre de la canción casi apoyando la mejilla en el hombro de su pareja:

Ya nuestro barco, cual rauda gaviota,  
las olas va rompiendo de nuestra suerte en pos,  
y allá en la playa, que ya se ve remota,

pañuelos que se agitan sin cesar nos mandan un adiós.

Este adiós de la canción le pareció a Jaime durante un momento que era una despedida auténtica de Concha, que le dejaba.

Thierry bailó también repetidas veces con la princesa y se mostró con todas las damas servicial, amable y galante.

La fiesta tuvo un aire goyesco. Los trajes claros de las señoras se destacaban en el fondo del campo, verde, primaveral, y hacían un efecto encantador. Thierry se excedió en amabilidad y en galantería.

A alguno de los señores, un poco demasiado alegre, se le ocurrió colgar una botella vacía de la rama de un árbol y dedicarse a tirarle piedras y a romperla. Otros le imitaron. Este juego, un tanto brutal, dio a los aristócratas un aire de horteras en una partida de campo.

Thierry no quiso intervenir en aquel ejercicio. El juego parecía como si pusiera a flote toda la vulgaridad y la chabacanería de aquellos señores, que seguramente sólo en la ropa se distinguían de sus criados.

El marqués padre de la princesa, viejo y anglómano, dijo de Jaime una frase que en su boca era definitiva y lapidaria:

—El señor Thierry es un hombre correcto.

Para él esto debía valer tanto como para Homero el llamar a uno de sus héroes el irreprochable.

La corrección constituía la suprema cualidad y el máximo elogio en boca del marqués padre de la princesa. Este señor, al parecer no muy comprensivo en otras cosas, tenía dos especialidades: una, la de señalar con seguridad la corrección en una persona, y la otra, el saber colocar los fondos hábilmente.

Al entrar en la casa a tomar los abrigos y disponerse a volver, Alfredísimo se sentó en el piano y comenzó a tocar *En r'venant de la revue*, canción que hacía algunos años era popular en París en los cafés-conciertos. El marqués de Quiñones, perdido un poco el decoro, se puso a cantar y a imitar las actitudes y el acento parisiense de un cómico francés de los bulevares.

Por la tarde los viajeros volvieron a Madrid, y por la noche Concha y Jaime fueron al circo.



## XL

Una semana después se dio una comida de gala en el palacio de la familia de la princesa. Se hallaba éste en una calle antigua de Madrid. Jaime era de los invitados. Llegó a la hora indicada en coche, vestido de frac. El criado le quitó el abrigo y le acompañó a un salón del piso principal. En el salón esperaron a que se reunieran todos, y ya reunidos pasaron por parejas y con cierta ceremonia, del brazo, al comedor.

El gran comedor, solemne, amueblado a la antigua, tenía una mesa en medio para veintitantos comensales. En las paredes lucían inmensos tapices y cuadros de caza. Del techo, artesonado, colgaban grandes arañas de cristal. El mantel, blanco, espeso, sin una arruga, estaba iluminado por bujías con sus pantallas, y sobre él, entre búcaros de flores, se destacaban cubiertos de plata maciza esculpidos y copas de cristal de Bohemia talladas, de un vidrio amarillento con figuras verdosas verdaderamente magníficas.

El marqués, la marquesa y su hija señalaron los sitios respectivos a cada uno y se sentaron. Todas las señoras estaban escotadas, y los señores, de rigurosa etiqueta.

Los criados, altos, elegantes, de frac, iban y venían sobre las espesas alfombras como fantasmas, sin meter ruido. El mayordomo, un viejo inglés, inmóvil cerca de un aparador, avanzaba a tiempo como la providencia del gastrónomo a quitar un plato o a servir el vino. Este toque del artista tan oportuno, para muchos pasaba inadvertido.

La cena fue larga y complicada. Thierry estaba a la izquierda de la princesa y habló con ella con animación casi toda la noche. La princesa había vivido en Polonia y en Rusia y estaba sugestionada por la intensidad y por la pasión del mundo eslavo. Hablaba con libertad y con fuego; no tenía nada de la mojigatería habitual en la aristocracia española. Había leído a Dostoievski y le había turbado el espíritu.

Concha, al ver a la princesa y a Thierry hablando mano a mano, sonreía. Un diplomático prusiano y Alfredísimo la atendían muy solícitos. Concha sabía muy bien el alemán, y se expresaba tan pronto en este idioma como en castellano con Alfredo. Thierry bebió un poco de más. El vino del Rin en aquellas copas talladas le parecía solemne, protocolar y delicioso. La excitación le hizo expresarse con originalidad y con brillantez. A los postres sirvieron el champaña, el café y los cigarros.

Después de cenar pasaron a otro salón, y, hablando y fumando, llegaron las tres de la mañana, en que cada uno se marchó a su casa con la impresión de haber disfrutado de una de las pocas noches agradables de la vida.

Los éxitos sociales de aquellos días hicieron que Thierry fuera invitado a varias casas aristocráticas y conociera algunas damas. Jaime no se recataba en defender en los palacios sus ideas revolucionarias.

—Pero usted no es republicano —le indicaban las señoras.

—Republicano no, anarquista.

—¡Bah! Tonterías.

Otras le decían:

—De apellido francés y nacido en Norteamérica, ¿qué puede usted tener que ver con la política de aquí?

Jaime se explicaba y afirmaba su españolismo; pero no le hacían mucho caso.

## XLI

Alfredísimo, siempre admirador del éxito, cuando vio que Thierry estaba en un momento de boga, le convidó a una cena con varios aristócratas en un restaurante que, según decía, acababa de descubrir. Alfredísimo era la amabilidad y la servicialidad hecha hombre. Estaba siempre de acuerdo con todo el mundo y dispuesto a favorecer a amigos y a conocidos.

A pesar del esmero que puso en la cena y de lo mucho que le costó, no acertó, no dio en el clavo.

Al terminar, el marqués de Quiñones le ofreció a Thierry su coche para llevarle a su casa, pues sabía que vivía muy lejos.

Al sentarse en el asiento de la berlina, el marqués dijo con un tono de lamentación un poco pedantesco:

—¡Este pobre Alfredo, qué cena nos ha dado!

—Pues ¿qué ha ocurrido?

—La manteca, rancia; una botella de Burdeos, con gusto a corcho viejo. Esto ha sido fatal.

—Yo no lo he notado.

—Pues el vino estaba completamente *bouchonné*.

Thierry estuvo a punto de soltar la carcajada. Este era su premio. Alfredísimo se desvivía por ser grato a los aristócratas auténticos y le pagaban así, echándoselo en cara, como si él tuviera la culpa de que la manteca de la cena estuviese rancia y el vino *bouchonné*.

En parte, a pesar de que es buena persona, Alfredo merece este trato, pensó Jaime. Seguramente no sería capaz de gastar ni la cuarta parte de ese dinero en convidar a Platón en compañía de Galileo y de Pasteur. La debilidad por los aristócratas es su vicio.

## XLII

A pesar de que Concha Villacarrillo presumía de gustos tranquilos y modestos, le había metido a Thierry en un tren de vida imposible para un hombre de modesta fortuna. Le hacía gastar como si fuera un hombre rico y su dinero debía de marchar muy mal. El palco, el regalo, el convite a tres o cuatro personas era cosa corriente.

Había señoras elegantes, riquísimas, que se dejaban convidar con fruición un día y otro, como si fueran menestralas con un pequeño jornal.

Con mucha frecuencia Thierry alquilaba el coche del señor Benigno e iba con Concha a la casa de Campo, a El Pardo y a la posesión real de la Zarzuela. Había tardes que la pasaban encantados, como niños, sentados en la hierba, entre las encinas, mirando a lo lejos el Guadarrama y las perdices y los gamos que saltaban entre las matas. De noche iban al teatro y después a alguna chocolatería hasta las dos o las tres de la mañana.

Cuando Jaime le contaba al cura don Antolín sus asuntos y le hablaba de sus gastos, el cura le decía:

—Echa a paseo a esas gorronas, porque esas tías son unas gorronas.

Y el cura pronunciaba las palabras tías y gorronas con todas sus letras, con una pronunciación muy recalcada de paleta.

A Concha, sin duda, no se le ocurría sospechar si estaría arruinando a Jaime.

Después de la embriaguez de la primera época de sus amores comenzó la incompreensión de los dos. Concha había tenido un momento de satisfacción al verse solicitada e implorada; luego se acostumbró pronto y comenzó a mostrarse displicente. En ella el entusiasmo por Thierry era profundo, pero no intenso. En él sí, porque a su inclinación se unía la suspicacia, los celos y el deseo de imponerse y de mandar.

Tenía pequeños motivos de disentimiento. La calma de Concha, su pesadez, su ritmo lento, contrastaba con la viveza de Thierry, lleno de impaciencia y de inquietud para todo. Concha sólo para ponerse los guantes tardaba una eternidad. No iba nunca con exactitud a ninguna parte. Thierry se desesperaba.

—Eres un polvorilla, Jimmy —le decía ella.

Ninguno de los dos estaba contento. A Concha le molestaba el mal humor y los celos de Jaime; a éste le parecía indigna la indiferencia de Concha por la literatura, por la política y por el arte, y sobre todo la facilidad de flirtear con cualquiera.

Muchas veces la veía sosteniendo una conversación, con los ojos brillantes y el aire expresivo, con algún tipo vulgar, mezquino y adocenado.

En ocasiones, Thierry creía que se le había ocurrido algo que estaba bien; intentaba explicárselo a ella, pero ella le oía bostezando.

Concha tenía afición por las diversiones pequeñas y sin trascendencia, por los sainetes y por la música ligera. Ya comprendía que había grandiosidad, por ejemplo, en una sinfonía de Beethoven o en una novela de Tolstoi; pero creía que no valía la pena de tomar nada en serio.

Cuando iban a los conciertos, al teatro del Príncipe Alfonso, y tocaban la «Quinta Sinfonía» o la «Pastoral» de Beethoven, Thierry se exaltaba y quedaba como trastornado.

—Esta música me perturba —decía.

—Pues entonces no la oigas —contestaba ella con excesivo buen sentido.

Él quería decir que en esta perturbación que le producía la música se hallaba su encanto, y como sus explicaciones eran, naturalmente, oscuras, ella se reía o no escuchaba.

A Concha no le gustaban las sutilezas psicológicas y laberínticas; tampoco le agradaba hablar de cosas serias.

No era, a pesar de esto, ignorante ni inculta. De niña había tenido durante mucho tiempo una institutriz alemana.

Ella le había enseñado el alemán, que lo recordaba muy bien. Había llegado a leer los versos de Heine. Todo esto le parecía propio de la primera Juventud, algo que una mujer casada debía olvidar sin dar importancia. Recordaba palabras y frases a las que prestaba un aire irónico. Así, a las ideas vacuas las llamaba, como su institutriz, *Nichtdenkungsgedanken*. Esta palabra kilométrica de profesor pedante en boca de ella le sorprendía a Thierry.

Las conversaciones de Concha eran completamente vulgares, y pasaba de una cosa a otra con una rapidez y una facilidad extraordinarias. Al día tenía tres o cuatro proyectos que le entusiasmaban por un momento y que olvidaba con gran facilidad.

Cuando estaban solos, Jaime insistía en sus psicologismos y ella le replicaba con abandono y con gracia.

—No seas pesado, Jimmy. Eres un pelmazo.

De los proyectos de Concha de dirigir a Thierry, de ayudarle a crearse una posición, no quedaba nada. Él no sabía aprovecharse, no tenía ambiciones ni oportunidad para buscar la ocasión. ¿Qué iba a hacer ella? Concha se hubiera alegrado de que Jaime le hubiese pedido algo, aunque fuera cosa difícil de conseguir: un cargo lucrativo o una distinción honorífica; pero él no pedía más que amor, fidelidad constante y otras cosas mucho más difíciles de dar que un buen destino o una condecoración.

## XLIII

La tarde de octubre era de una belleza y de una placidez admirable. El paseo de coches del Retiro estaba lleno.

En esta luz clara y limpia de Madrid marchaban despacio filas de carruajes charolados y brillantes, la mayoría negros, algunos con ruedas de goma pintadas de verde o de rojo. El cabriolet, que elegantemente llamaban milord y popularmente manuela, con su caballo con un gran cascabel, alternaba con la berlina cerrada de dos caballos ocupada por el señor viejo o la señora anciana, y el landó abierto, lo que se llamaba antes carretela en las capitales de provincia, alguno de doble suspensión, que parecía por sus movimientos una barca, llevaba como un ramillete damas peripuestas y vistosas. Dos o tres de estos landós estaban por dentro forrados de seda.

Los caballos, grandes y hermosos, piafaban con aire de orgullo; lacayos bien vestidos, con pantalones blancos, levitas y sombreros de copa con su escarapela o con un lazo de cordones en el hombro, se mostraban rígidos e impasibles. Brillaban al sol correaes, aceros y cristales.

Mujeres lánguidas y finas, enguantadas, con una manta de gamuza o una piel moteada de león a los pies y un perrillo, como un objeto de lujo, friolero y tembloroso, pasaban meciéndose en los coches con muelles.

Jinetes y Amazonas cruzaban por una avenida lateral, levantándose ellos de cuando en cuando en los estribos, dando un aire de estampa inglesa al paseo.

Por el andén, de asfalto, la clase media trepadora marchaba mirando a los privilegiados con ansia, como buscando el momento de saltar del andén al coche.

Todos o casi todos se conocían. Eran los mismos que por la mañana se encontraban en Recoletos y por la noche se veían en el Real.

Thierry había tomado el coche elegante del señor Benigno e iba a ver a Concha. A pesar de que le había dado cita allí, no estaba. Se detuvo y bajó cerca del Ángel Caído.

Estaba esperando cuando Villacarrillo y un amigo suyo, los dos en un simón, pasaron siguiendo a muchachas pintadas acompañadas de una Celestina, que iban en otro coche. Seguramente habían salido éstas de un burdel, porque tenían un aire pobre, miserable, y al mismo tiempo desvergonzado. Era raro que aquellos señores ricos las siguieran.

Thierry se puso a pasear a pie con la idea de espiar a Villacarrillo y a su amigo.

Los dos simones, el de las busconas y el de los aristócratas, se detuvieron uno al lado del otro, y los que los ocupaban estuvieron hablando largo rato. Después volvieron por donde habían venido.

Cuando Thierry fue a tomar su milord, el paseo del Retiro estaba ya desierto. Todos los coches habían partido hacia Recoletos y la Castellana.

Thierry pensó si habría ido allá Concha directamente, y mandó al señor Benigno que fuera hacia la Cibeles.

Entraron en la fila y llegaron al obelisco de la Castellana, en donde dieron la vuelta.

Ya comenzaba a oscurecer. La masa de carruajes marchaba despacio y al retornar se dirigían rápidamente al centro. Concha no apareció.

—¿Ahora adónde, señorito? —preguntó el señor Benigno.

—Vaya usted por la carrera de San Jerónimo y me deja allí, en una librería.

La calle de Alcalá brillaba con sus luces. Iban subiendo los coches hacia la Puerta del Sol.

Después de cenar, Thierry, invitado por un periodista, entró en el teatro Romea, donde le habían dicho que había una gran bailarina. Estaba en la butaca cuando vio a Villacarrillo y a su

compañero con las dos mozas prostibularias, que hicieron su aparición en un palco. Se representaba una revista bastante escandalosa y después bailaba una Bella el vito, el ole y los caracoles y un zapateado rabioso. Los aristócratas aplaudieron con entusiasmo.

Thierry contó a Concha al día siguiente los pasos de su marido e insistió en su gusto torpe y vulgar, pero ella no concedió ninguna importancia a la noticia.

—Que haga lo que le parezca —exclamó.

—¿Pero no te importa?

—No me importa nada.

Thierry no comprendía tanta indiferencia.

—¿Pues qué quieres? ¿Que me ocupe de lo que hace él? No, hijo, no. Cada una tiene bastante con sus preocupaciones.

—¡Andar con mujeres de ese aspecto!

—Allá se las haya.

A pesar de esta indiferencia, Thierry sospechaba que en la mayoría de las cuestiones, sobre todo en las prácticas, Concha hacía más caso de su marido que de él, lo cual le desesperaba.

## XLIV

En una temporada en que el marqués salió de Madrid, Jaime pudo ir con frecuencia a casa de Concha, y conoció a sus hijos, un niño y una niña, muy bonitos y simpáticos y muy parecidos a su madre.

Jaime sintió celos retrospectivos al conocer a estas criaturas. Muchas veces por las mañanas iba al Retiro o a Recoletos a verlos. Todo lo próximo a ella le producía gran entusiasmo. Los niños tenían una institutriz alemana, con quien solía hablar Thierry.

A Concha no le pareció nada bien esta intromisión de Jaime en la vida de sus hijos y le advirtió que no quería que interviniera para nada en sus asuntos.

—A los chicos hay que dejarlos; no mezclarlos para nada en nuestras cosas.

Jaime y Concha reñían con frecuencia. Ella tenía que hacer su vida de sociedad y faltaba muchas veces a las citas que daba. Él quería que le dedicara exclusivamente la existencia. Como esto no era posible, Jaime se lamentaba y le acusaba a ella de perfidia y de coquetería. En algunas ocasiones le echó en cara lo que había oído de ella en la calle. A sus palabras violentas, Concha replicó una vez:

—Tú crees, sin duda, que yo soy peor que las demás.

—¿Te lo he dicho yo?

—No, pero veo que lo supones.

—Yo me quejo de tu frialdad y de tu desconfianza conmigo.

—En la situación en que estoy, ¿qué voy a hacer?

—Vamos a América.

—No, yo no abandono a mis hijos.

—Podríamos llevarlos con nosotros.

—No, porque legalmente los reclamaría su padre. Yo no hago la desgracia de mis hijos como han hecho la mía.

—¿Quién ha hecho la tuya?

—Mi marido.

—¿Pues qué te hizo?

—Se portó conmigo como un bestia. Bien sabe Dios que yo no quería más que vivir como mi madre, que era una santa. La pobre enfermó al saber nuestras disputas conyugales —y al decir esto, Concha sollozó un momento—; pero mi marido se encargó de apartarme del buen camino. Yo me habría contentado, como digo, con vivir tranquilamente, como la mayoría de las mujeres casadas, pero mi marido tenía una rabia, una locura extraña.

—¿Qué locura? ¿En qué consistía su locura?

—En rebajarme, en corromperme y en mortificarme. Mi marido, cuando se casó conmigo, era hombre corriente y afectuoso. Tuvimos una niña y después un niño. Cuando yo estaba embarazada de este último mi marido comenzó a cambiar y a mostrarse malhumorado, envidioso y rencoroso. Tales cosas me dijo y tal desesperación me entró que quise abortar y lo intenté. Afortunadamente, mis tentativas no tuvieron éxito. Después de tener el hijo me llevó a París. Hay que dejar esta vida de virtud, estúpida y aburrida, me decía con frecuencia, y se reunía con lo peor y lo más pervertido, y me llevó varias veces, por sorpresa, a unos burdeles lujosos, dorados, en donde hacían cuadros vivos hombres y mujeres desnudos.

—¡Pero qué bestia! ¡Qué bruto!

—Yo no he podido comprender después la conducta de mi marido; no sé si hizo lo que hizo por no darse cuenta de las cosas o por locura. Desocupado, aburrido y desesperado, creyó sin

duda que la única manera de divertirse era envilecerse él y envilecerme a mí y ponerme frenética.

—¿Y no le tienes odio a ese canalla?

—No, más bien le tengo compasión.

Jaime protestaba de que se pudiera tener compasión a un miserable así, pero ella era una mujer que no sabía sentir odio.

Concha tenía razón al excusarse, porque, aunque le gustaban las diversiones y la vida ligera, nunca habría saltado de la existencia honesta si no la hubieran impulsado a ello.

Después de estas explicaciones, Thierry acabó diciendo:

—No me quieres como yo te quiero. Yo te quiero de una manera tan ciega y tan estúpida que no pienso más que en ti.

Thierry tenía espíritu dominador, pero a Concha no se la podía dominar. Era demasiado flexible y demasiado humana. Jaime pretendía ser un director de su vida, pero le faltaba autoridad y energía para ello.



## XLV

No se comprendía cómo Villacarrillo, con su aire apacible y vulgar, podía haber tenido aquella idea satánica de corromper a su mujer que le atribuía Concha. No parecía un hombre perverso.

Entre los amigos se le consideraba alegre, ocurrente y original. Había sido educado en Francia y había pasado algún tiempo en Inglaterra en su juventud.

Concha aceptaba a su marido como un hecho consumado contra el cual no se podía hacer nada. Probablemente aunque hubiese existido el divorcio no lo habría solicitado.

Villacarrillo, desde que estaba separado de su mujer, la trataba en un tono mixto de alegría y de broma, como a una amiga. Ella no le tomaba en consideración, y únicamente le escuchaba en serio cuando trataba de cuestiones de intereses.

Jaime rondaba con frecuencia la calle donde vivía Concha, sobre todo de noche, movido por la suspicacia y por los celos.

—Jimmy tiene la manía de hacer ahora de sereno —decía ella en broma a su amiga la de Aguilar.

—Pobre —exclamaba ésta—. Lo tienes loco.

—Yo no le tengo loco. Es él el que se empeña en serlo.

—Está enamorado, ¿qué quieres?

Al comenzar el invierno, Concha Villacarrillo y su marido fueron, como de costumbre, a sus propiedades de Andalucía.

Jaime quedó aplanado, con el alma ausente. Su aplanamiento tenía intervalos de irritación furiosa. Concha le escribía con frecuencia, él la contestaba largas cartas lamentándose; le decía que no podía vivir sin ella, que necesitaba verla. Se dedicaba a una retórica sentimental áspera y violenta.

La letra de Concha era de una feminidad completa, verdaderas patas de mosca, adornadas de cuando en cuando con alguna falta de ortografía graciosa. No le gustaba escribir, buscaba el redactar cartas breves, y concluía casi siempre diciendo: Me llaman. Va a salir el correo y no tengo tiempo para más. ¡Adiós!

Jaime pensó varias veces, de una manera teórica, en terminar sus relaciones con Concha. Cuando comprendió que ella estaba más interesada que él en acabar, le entró una furia de celos y de rabia. De ninguna manera aceptaría la ruptura, y si le amenazaran con ésta sería capaz de hacer alguna barbaridad.

Había llegado para los dos la época en que el lazo de flores ligero y alegre se convertía en una cadena pesada, en una traba difícil y mortificadora. El problema, aunque no se lo planteaba quizá ninguno de los dos de una manera clara y fría, estaba en ver quién rompería primero y quedaría libre.

Concha se hallaba dispuesta a soltar sus ligaduras con facilidad extrema; en cambio, Thierry se agarraba a ellas cada vez con más fuerza, e iba hundiéndose en el mundo del despecho, de la suspicacia y de la rabia. Estos sentimientos no producían más flores que las frases amargas, sarcásticas e irónicas.

Había llegado el momento en que los dos egoísmos en contacto se desgarraban y se herían. Ella consideraba su vida unida a la de sus amigos y parientes y, en general, a la sociedad. Él miraba la suya relacionada con sus ilusiones amorosas y con su individualismo, cada vez más exaltado y más fiero.

Concha tenía de los hombres la idea de que eran seres poseídos de un egoísmo cínico y brutal, y esto lo perdonaba; lo que le parecía absurda era la posición de intransigencia sentimental de Thierry, incómoda y molesta para los dos y sin ventaja para nadie.

## XLVI

Por entonces Jaime encontró en la calle a un tipo conocido por él en Nueva York, hombre acusado de malversador en una ciudad cubana donde tuvo un empleo.

Era un asturiano grueso, rechoncho, un tipo un poco extraño, muy atezado, de color de dulce de membrillo, con varios dientes de oro y un bigotazo negro con las puntas levantadas hasta los ojos.

Se llamaba Jacinto Palacio del Campo. Consideraba su nombre y sus apellidos lo más bonito que se podía encontrar en España.

—El jacinto, la flor —decía seriamente—; el palacio, la obra maestra de la arquitectura, y el campo, la Naturaleza, la poesía. ¿Qué puede haber más sublime?

Don Jacinto Palacio del Campo quería vengarse. Le inquietaba y le desazonaba la acusación de malversador que caía sobre su bello nombre botánico, arquitectónico y poético.

En España no le conocía nadie ni nadie tenía noticia de su fama; pero él sin duda necesitaba hablar de la acusación, explicarse y sincerarse. Este era uno de los motivos interesantes para él en la vida.

El hombre con dinero, quizá de su malversación, quería emplear por lo menos quince o veinte mil duros en publicar un periódico, un semanario, para reivindicarse y justificarse ante España.

Pensaba explicar lo pasado en el pueblo cubano donde estuvo de empleado y legitimar su conducta y publicar documentos justificativos.

Thierry intentó convencerle de que aquellas cosas, desconocidas para todos y poco laudatorias, lo mejor era callarlas. El jacinto, el palacio y el campo quedarían más puros sin ocuparse para nada de las irregularidades administrativas de la isla tropical.

—Bien —dijo don Jacinto—; pero, aunque sea así, haremos el periódico y usted lo dirigirá.

—Bueno, bueno. Estoy conforme.

—Además, amigo Thierry, le pagaré lo que usted me diga.

—No me opongo; ante esos argumentos *ad hominem* hay que ceder.

Thierry necesitaba dinero. Empezó a estudiar el asunto. Propuso a don Jacinto varios títulos para el periódico, entre ellos «El Martillo», «El Sancho Panza», «El Garrote» y «El Bufón». Don Jacinto eligió «El Bufón». El señor Palacio quería obrar con seriedad y pulcritud y pagar relativamente bien a los redactores y al director.

Se hicieron proyectos y presupuestos para el semanario, se eligió el formato y se tomó un entresuelo en la calle de Jacometrezo para redacción y administración.

## XLVII

La casa alquilada era de lo más clásico madrileño. Se entraba en ella por un portal estrecho y negro como un pasillo, terminado en un patio húmedo y sombrío. Del corredor partía una escalera oscura, con escalones desgastados de madera y un barandado sin pintar.

La redacción y la administración se hallaban en el entresuelo, instaladas en unos cuartos pequeños, sin luz, con los papeles ajados, llenos de manchas grasientas. Había habido allí antes una casa de huéspedes barata.

La cocina, medio ruínosa, con una ventana al patio, de cristales turbios, tenía un retrete atrancado y fétido. El grifo de una fuente, con un fregadero roto, goteaba y dejaba el suelo siempre húmedo.

En los pisos de arriba había una casa de citas, un taller de peinar señoras y una consulta de un médico. En el balcón de la peinadora aparecía una cabeza de cartón, de mujer, y en la consulta un letrero saliente, como si fuera la enseña de todo el sórdido edificio. El letrero decía, con letras grandes: «Enfermedades secretas».

Se encontró una Imprenta en la misma calle, en un sótano. El impresor, un manchego grueso y con el aire pacífico y bonachón de un Buda, hacía al mismo tiempo de regente y de corrector de pruebas y trabajaba catorce o dieciséis horas al día.

Para la primera página, en color, se buscó un taller litográfico. Los redactores fijos serían Alejandro Dobón, Federico Golfín y Ángel Villaverde. Aguilera colaboraría también con seudónimo. Se contaba con otros escritores que podrían ser simpatizantes. Villaverde y Golfín conocían dos o tres. Uno de ellos era un tal Troncoso, empleado de Hacienda, decadentista y lector de Baudelaire. Éste se enamoraba con mucha facilidad de las camareras de los cafés y de las coristas y las convidaba y gastaba con ellas más dinero del que tenía.

Al último apareció complicado en una defraudación; le quitaron el destino, y se quiso suicidar tomando un hipnótico, pero no tomó cantidad bastante para matarse. Otro de los amigos de Golfín y de Villaverde, presunto colaborador de «El Bufón», era un tal Herrera Pérez, literato retórico y pomposo, de algún talento. Era capaz de escribir artículo sobre artículo sin parar. No corregía nunca sus cuartillas. Las frases le salían construidas sin esfuerzo. Vivía mal y se le veía sucio, abandonado y con frecuencia borracho. El alcohol le iba embruteciendo. Como escritor no tenía más que buenos momentos.

Otro periodista que pareció que iba a colaborar en el periódico era un tal Rodoreda, hombre agrio e incisivo, que escribía con lentitud algunas notas cortas que rebosaban hiel. Rodoreda, para hacer más intencionadas sus frases, las subrayaba rabiosamente.

Un amigo suyo, Ferreiro, decía con socarronería de gallego:

—No se puede publicar ningún artículo largo de Rodoreda.

—¿Por qué?

—Porque no hay en la imprenta bastante letra bastardilla. La agota.

Amigo de éstos era un tal Dalmau, joven tísico, muy amargado, empleado de un ministerio y autor de un libro de poesías titulado Neurosis. Otro de los amigos era un francés flaco, retorcido como una letra gótica, y del cual decía el gallego Ferreiro que había traído el decadentismo a Madrid, como las ratas llevan la peste bubónica a los puertos. Este francés tenía un gran desprecio por todo lo que fuera práctico. Hubo ocasión en que preguntó en un café:

—¿Ese señor quién es?

—Es un ingeniero.

—¿Y qué hace?

—Pues proyecta caminos, puentes, fábricas...

—Ah, vamos, sí. Hace cosas que no sirven para nada.

Para el francés todo lo que no fuera escribir versos no tenía importancia.

Aparecía también por la redacción un cómico amigo de Golfín: Eduardo García, que se llamaba en los carteles Edgar. Edgar, hombre de condiciones para la comedia clásica española, era de los pocos que sabían recitar versos dándoles un sentido musical. Comprendía que recitar versos desarticulándolos y prestándoles apariencia de prosa era una estupidez. Edgar tenía mala suerte; empezaba a padecer de asma; no podía trabajar más que de primer actor. No le aceptaban de segundo en otras compañías. Veía que se iba consumiendo sin llegar a ser algo. La suerte le volvía la espalda, como si quisiera convencerle que era el vulgar Eduardo García, de nombre y apellido gris y mediocre, y no Edgar. Edgar iba a «El Bufón» con la esperanza de que se hablara en él de teatros y de cómicos.

Don Jacinto Palacio del Campo encontró para la parte administrativa un especialista con larga historia burocrática en otros periódicos: don Melitón García, hombre pequeño de estatura, de unos cuarenta a cincuenta años, jovial, muy trabajador, con patillas y lentes, muy madrileño.

Don Melitón consideraba las patillas, unidas al bigote a la rusa y a lo Alfonso XII, un aditamento capilar de mucha importancia para un hombre de negocios.

Don Melitón García acentuaba su carácter madrileño vistiendo una capa parda, de color de ala de mosca, sombrero de copa y usando bastón.

El señor García era un humorista a su modo. Se divertía pronunciando las palabras y los refranes cambiados. Alguno le indicaba:

—Este periódico, «El Bufón», yo creo que se venderá.

—*Ajolá* —decía él, muy serio, en vez de ojalá.

Se hablaba de un tonto cualquiera, y él aseguraba:

—Es un *madajero*.

También decía:

—Eso no es *ápice* para que se haga. Ese es un hombre que se marcha por los *berros* de Úbeda.

Cuando no se le notaba la gracia, don Melitón daba con el codo a su interlocutor para que se fijara en ella. No quería que pasaran inadvertidas sus ocurrencias humorísticas.

## XLVIII

Otro de los tipos curiosos del periódico era el conserje, un amigo de don Jacinto, ex sargento de Cuba, a quien todo el mundo llamó, a poco de conocerle, el sargento Ramos.

José Ramos, hombre serio, agrio, de treinta a cuarenta años, de cabeza cuadrada, cara rígida un tanto estupefacta, bigote corto y pelo de cepillo, venía de Cuba.

Allí, según decía, había hecho una fortunita de quince a veinte mil duros por el sistema de escamotear alimentos a la tropa.

Tenía en la isla amistades con personas distinguidas, entre ellas el negro Quintín Banderas, que durante la insurrección había llegado a general. Ramos contaba las hazañas de los bandidos de Cuba, que él llamaba plateados, con los cuales había estado en relaciones y probablemente en connivencia. También hablaba mucho de los ñañigos.

En una época, ya considerándose rico, colocó su capital en casa de un banquero y vino a visitar la *madre patria*. Siempre decía la *madre patria* al hablar de España.

Encontrándose en Madrid, supo que su banquero marchaba mal y se dispuso a volver a Cuba a la carrera, pero su familia se lo impidió. Entonces, para olvidar en lo posible su ruina, una noche va a un baile de *Capellanes*, como decía él; allí conoce a una viuda morena, chata y subversiva, se entusiasma con ella y hace la burrada de casarse. En tanto, el banquero suyo de Cuba se declaraba en quiebra. Y allí estaba él, arruinado, casado, con hijos y sin un cuarto.

—Ya ve usted —decía el sargento Ramos a quien quería oírle—, yo, que tenía allí veinte mil duros y estaba a punto de casarme con una mulata rica, aquí me tiene usted sin un cuarto y casado con una española pobre.

—Pues sí que la ha hecho usted buena —le decían.

—¿Para qué vendría yo a la madre patria? —se preguntaba el sargento, de una manera muy oratoria—. ¿Para qué iría yo aquella noche a un baile de *Capellanes*? Esa mujer me ha perdido. Yo, la verdad, debí haberme suicidado al verme en la ruina, pero no tuve valor. El sargento Ramos no tuvo valor —añadía de una manera sarcástica, como si esto le pareciera sorprendente.

—Pero, hombre, no es para tanto —observaba alguno.

—Sí; el mejor día en mi casa se oirá una detonación, y ¿qué habrá ocurrido? Que me habré levantado la tapa de los sesos, porque yo no puedo vivir así.

A pesar del aire fúnebre y terrible que el sargento Ramos daba a sus cosas, no debía de ser tan tremebundo, porque los amigos y conocidos le llamaban familiarmente Pepito. Uno de los motivos que tenía Ramos contra su mujer era que ésta le obligaba a vestir los trajes de su difunto marido y le quitaba el dinero que ganaba.

—¡Así me tratan! —exclamaba el sargento a sus íntimos—. Me visten de prestado.

Ramos, que era ordenancista y autoritario, había encontrado en su mujer la horma de su zapato. Si llegaba tarde a casa, la ex viuda le decía con retintín:

—Supongo que habrás cenado, Pepito.

—Sí, sí, he cenado —respondía en tono lúgubre.

—Porque ya sabes que aquí no se espera a nadie. Es la costumbre de la casa.

—Lo sé, sí; lo sé —replicaba él con rabia.

—Bueno, pues puedes ahora secar los platos.

El sargento se ponía a secar los platos mascullando blasfemias e imprecaciones y se comía un pedazo de pan untado en un resto de salsa que quedaba en la cazuela.

Las desdichas del sargento Ramos hacían reír a los redactores. Se empeñaban en obligarle a decir la madre patria y un baile de Capellanes. Para él un baile de Capellanes era un baile corriente, que no era de máscaras, que lo mismo se podía dar en un teatro que en otro.

Golfín, malicioso como un mono, inventaba historias de personas vueltas de Cuba que habían colocado su dinero bien, al ocho o al diez por ciento, y se habían casado con alguna cubana rica, aunque de color de canela.

El sargento Pepito Ramos, que no entendía la broma, exclamaba convencido:

—Sí, sí; todo el mundo ha tenido más suerte que yo. ¿Para qué volvería yo a la *madre patria*? ¡Mire usted que tener una mulata rica para casarse y venir aquí a casarse con una viuda y a trabajar de mala manera!

—Es una suerte horrible —le decía Golfín—; pero usted tuvo la culpa. ¿Para qué fue usted aquella noche a un baile de Capellanes?

—Tiene usted razón; tiene usted razón. Uno se ofusca.

Golfín se entretenía en dar al sargento bromas pesadas. Le había convencido de que Napoleón era un gran tenor; Hernán Cortés, un torero célebre, e Ignacio de Loyola, el primer fundador de la Compañía de ferrocarriles.

Inventaba también grandes mentiras sobre los periodistas que pertenecían a la masonería y a las sociedades secretas anarquistas. Golfín le explicaba cómo eran los conciliábulos tenebrosos de aquella gente.

—¿Y no tienen religión? —preguntaba el sargento.

—No... Es decir, unos adoran a una sardina y los otros a un burro de dos cabezas, al que llaman Bicefalus Carracuca, porque es muy viejo, y le coronan de flores. Yo creo que esto es satanismo, que esas gentes adoran a Satanás. Ramos ponía una cara cómica de espanto.

Otras veces Golfín hablaba al sargento de medicina, del humor cloro, boro, sódico, que era muy grave, de la peste pulmonar hemorroidal y del pulso granular efervescente.

A veces, para tantear el terreno y ver hasta dónde llegaba la credulidad del sargento, le preguntaba si había visto en Cuba el árbol que daba los cigarros puros. Entonces Ramos se reía a carcajadas de la ignorancia y de la candidez del periodista y le explicaba cómo el tabaco era una planta y cómo se trabajaba en las tabaquerías de las Antillas. Golfín le decía que ya sabía que, efectivamente, el tabaco era una planta, pero que a veces las hojas aparecían retorcidas y que parecían cigarros puros y que entonces se llamaba en broma al tabaco el árbol del cigarro puro.

Ramos solía llevar un cuello postizo de celuloide heredado del marido de la viuda con quien se había casado y a veces se lo quitaba y lo dejaba en el colgador. El periodista se lo quemó con un fósforo y dijo después que había ardido por combustión espontánea.

Otra de las bromas que le solía dar al sargento, en colaboración con algún periodista, era hacer como que no le entendía. Ramos se presentaba y decía:

—Ha venido un chico de la imprenta con unas pruebas y ha dicho que las devuelvan corregidas; que falta original para una columna, y que lo manden.

Golfín levantaba la cabeza y preguntaba con aire distraído y absorto:

—¿Que lo manden a quién, al chico?

—No, hombre, no; que manden original para la columna.

—¿Qué columna? Yo no entiendo eso; tan pronto dice usted que corrijan la columna como que manden al chico. ¿Tú entiendes eso, Villaverde?

—Yo, no.

—Pues está claro —replicaba amoscado el sargento.

—No haga usted caso de éste, que tiene muy mala sangre —le decía Thierry al sargento para ponerle en guardia de las bromas del periodista.

Organizada la redacción y la administración, se dispusieron los redactores a decir toda clase de crudezas y a ir desollando vivos a amigos y a enemigos.

## XLIX

Salió el primer número de «El Bufón». Se decían en él horrores de todo el mundo, de políticos y de literatos, de generales, de actrices, de cómicos y de aristócratas. En los cafés se habló mucho del periódico y también en algunos círculos y casinos.

—Esto es una cosa indecente —decían las personas sensatas—. Es un periodicucho que no hace más que insultar y denigrar sin motivo. Periódicos así debía suprimirlos la policía.

El aristócrata anglómano, padre de la princesa, de llegar a leer un número de «El Bufón» no hubiera podido decir: El señor Thierry es un hombre correcto.

A pesar de las críticas adversas de la mayor parte del público, don Jacinto Palacio del Campo se mostraba satisfecho y el administrador, don Melitón García, también.

—¡Bah! —decían el uno y el otro—. «El Bufón» irá poco a poco haciéndose su camino.

Thierry comenzó a escribir en el periódico una sección titulada «Diálogos de los muertos del siglo XIX», firmando Menipo.

Hizo algunos diálogos graciosos, el primero entre Caronte y un vendedor de petróleo. Caronte se quejaba de la carestía del petróleo para el motor de su barca y de que muchas almas de los muertos daban moneda falsa o no pagaban los billetes el trayecto por la laguna Estigia porque no tenían un cuarto.

También se celebró el diálogo de los generales famosos, en el cual Napoleón desdeñaba a todos los demás y se subía a los guardacantones de las calles y plazuelas del infierno, poniéndose en actitud académica, con la mano en el pecho. Escribió Jaime otra discusión entre los filósofos y los músicos y después comenzó los diálogos de las cortesanas a imitación de Luciano.

Aquí el escritor volcó sus odios y sus resquemores, y muchos conocieron entre los tipos de mujeres retratadas algunas señoras de la aristocracia, entre ellas a la marquesa de Aracena. A ésta se la pintaba como a una dama muy católica, que después de andar en malos pasos con casi todos los amigos del marido se liaba con un mayordomo o empleado de la casa, lo que, al parecer, era cierto.

Con tales diálogos Thierry consiguió escandalizar a los lectores.

Se ponderó excesivamente la desvergüenza, la procacidad y el mal gusto de estos artículos. Decía en ellos barbaridades de las mujeres de la alta clase y se veía que los detalles estaban tomados del natural.

Los diálogos dedicados principalmente a la buena sociedad llamaron la atención de un público muy restringido. Otros, en cambio, más populares y más retóricos, se ensalzaron por los profesionales. De éstos fueron: un «Responso al imperio colonial español», «Los repatriados» y «Aquí todo se compra y todo se vende», imitado de Larra.

También hizo un artículo titulado «Aristocracia de pacotilla», lleno de mala intención. Decía en él que para muchos aristócratas la gran preocupación era huir del contacto con los advenedizos y los cursis; pero los aristócratas lo primero que debían probar era que no eran ni tan advenedizos ni tan cursis como los demás. No había que remontarse muy lejos en la familia titulada para encontrar el contratista de géneros del ejército, el defraudador en tiempo de la guerra civil, el tabaquero, el negrero de Cuba o el usurero de Castilla. No era, ciertamente, necesario ir a buscar datos contra la aristocracia española en el libro auténtico o apócrifo del arzobispo don Francisco Mendoza y Bobadilla titulado «El tizón de la nobleza» y sacar de allí a relucir los judíos y judías aliados con las casas nobiliarias. Toda la turbiedad cenagosa de los orígenes podía perdonarse si la aristocracia tuviera un poco de espiritualidad, un poco de gracia,



aunque no fuera más que un poco de forma, pero no tenía más que dinero y éste lo empleaba de una manera presuntuosa, miserable y tacaña.

Más que los artículos de Thierry, por duros que fuesen, molestaban las pequeñas notas que publicaba el periódico contra éste y contra el otro y las alusiones, llenas de saña y mala intención, sobre la política y sus gentes.

En general, ningún periódico citaba ni comentaba lo que decía «El Bufón». Algunos le llamaban «El Sapo» y otros «El Sapo Inflado».

A muchos redactores del semanario había que vigilarlos, por ejemplo, a Golfín, porque unía la rapacidad y las ideas aviesas con la tendencia al chantaje.

De este mal intencionado se decía que en un periódico más escandaloso aún que «El Bufón» había escrito un suelto por vengarse. En este suelto se daba la noticia de que una marquesa que vivía en la calle de Alcalá acostumbraba a bañarse con leche. Esta leche, según se aseguraba, se llevaba, después de filtrada, a un café de la misma calle y se servía a los parroquianos. La noticia corrió por Madrid y perjudicó tanto al café que el amo tuvo que cerrarlo.

Cuando le reprochaban estas hazañas, Golfín se reía a carcajadas. Golfín se firmaba, alternativamente, unas veces Cateto y otras Hipotenusa.

Golfín acusó a un librero de que hacía ediciones fraudulentas de los libros que él mismo editaba, engañando a los autores, lo que parecía cierto, y consiguió con esto que le publicaran una obra para la cual no encontraba editor.

Había en «El Bufón» colaboradores espontáneos que mandaban denuncias contra éste o contra aquél.

Dos artículos muy celebrados, cuya paternidad no se pudo averiguar, fueron: uno titulado «¡Viva todo el mundo!» y el otro «La apokolokyntose», imitado de Séneca, en donde un político convertido en calabaza vomitaba una cosa negra y fétida, que era su alma. Se hicieron varias versiones acerca de quién podría haberlos escrito, pero al último no se averiguó el nombre del autor o de los autores.

Dos personas que leían «El Bufón» de arriba abajo sin dejar una línea eran don Jacinto Palacio del Campo y el cura don Antolín. También era lector asiduo el Gafas, el vendedor de periódicos de la glorieta de Quevedo.

Don Jacinto se mostraba encantado de su obra y de ser él el que sostuviera una publicación así, tan acometedora y tan mordaz.

Don Antolín Torrecilla, el cura, entraba el sábado en casa de Thierry y preguntaba en seguida a la Silvestra:

—Oye, ¿han traído el periódico de Jaime?

—Sí, aquí está.

El cura lo leía despacio, comentándolo.

—Está bien, está bien —decía—; pega de firme. Este chico es un escritor. Si no hace alguna barbaridad antes, va a llegar a ser algo.

—¿Y por qué cree usted que puede hacer una barbaridad? —le preguntaba la Silvestra.

—Un hombre entregado a las mujeres es una cosa perdida. ¡Sois vosotras tan malas!

—Sí, que ustedes son muy buenos. Para matarlos —decía ella con su voz chillona.

El cura se reía.

Don Antolín se sentía socialista y enemigo de los nuevos ricos, porque creía que éstos, con la desamortización y la guerra contra la iglesia, habían favorecido el proletariado y el anarquismo.

Don Jacinto Palacio del Campo, para tener contentos a sus redactores y colaboradores les convidaba a comer con frecuencia en los merenderos de las Ventas y del Puente de Vallecas, y después de comer jugaban a la rana y al chito y entonaba el anfitrión canciones de su país.

Le gustaba contar historias de un compañero suyo de Cuba, vasco, que a juzgar por sus aventuras debía de ser un tipo absurdo. Este vasco juerguista era el director de una banda de cinco o seis calaveras que anduvieron durante algún tiempo vagabundeando por la campiña cubana. Solían recorrer los ingenios haciendo juegos de manos y gimnásticos y bailaban el baile

del zorro, del oso, de la serpiente y otros inventados por el director a su capricho. Luego se reían de sus bromas. Una vez, en un poblado lejano, entraron en un bohío donde celebraban un velorio muy suntuoso. Acababa de morir un negro rico y de importancia. El vasco, que estaba borracho, al verse en la cámara mortuoria, engalanada, comenzó el baile de la serpiente ante la estupefacción de los reunidos. Los de la cuadrilla, al comprender que si los negros veían una intención de broma en aquella bufonada los iban a machacar, colaboraron en el baile con gran seriedad. Los negros creyeron que se trataba de una ceremonia fúnebre y les convidaron. Al salir de aquel poblado los farsantes, según decía don jacinto, se reían como locos.

El oír estas cosas molestaba mucho al sargento Ramos. Le parecían una falta de formalidad indigna. También el sargento estaba quejoso de «El Bufón». Ramos, al leerlo, murmuraba disgustado:

—Este es un periodicucho inmundo, que ataca a la Monarquía, y al Ejército, y a los puntales de la patria. Debían de fusilar a todos los redactores. A mí también me había de tocar el ser conserje de un sapo así. ¡Venir a la madre patria para esto! ¡Qué vergüenza!

## L

Los redactores fijos de «El Bufón» y los amigos se reunían en el entresuelo de la calle de Jacometrezo y terminaban, con frecuencia, sus veladas en la Brasileña, una cervecería de camareras de la misma calle, adonde solían acudir revendedores, pelotaris y corredores de los frontones. Se reunían también en una librería de viejo de la vecindad, de un Jorobado con aficiones literarias.

Los redactores y simpatizantes iban casi siempre a la Brasileña en compañía de don Jacinto Palacio del Campo y de don Melitón. Éste, al parecer, era un juerguista de abolengo y conocía toda la población femenina de horchaterías y de cafés.

Las mujeres que servían en la Brasileña eran unas chicas más o menos descarriadas, varias camareras de otros establecimientos y algunas sacadas de los burdeles. La mayoría se mostraban desvergonzadas y atrevidas.

La dueña o encargada, la Nena, era una mujer corpulenta y blanca, con un pelo negro, los ojos negros, la boca pintada y los brazos gruesos, uno de ellos con un pequeño tatuaje con un corazón y una flecha. Parecía una muñeca enorme. Solía llevar trajes de color de rosa y un corsé que sujetaba mal que bien aquella grasa blanca y fofa. La Nena tenía un chulo que era revendedor de billetes, tipo pequeño, moreno y siniestro, que a veces se sentía celoso. La Nena solía presentarse con un jovencito, que decían que era su hijo, y que no prometía nada bueno y al que se le veía siempre muy elegante y lleno de joyas.

La cervecería tenía aire de prostíbulo y, sobre todo a última hora, abundaban en ella los chulos con intenciones agresivas y matonescas.

Una muchacha que servía la mesa de los periodistas, una tal Antonia, debía de ser gallega, aunque decía que no lo era, y producía el entusiasmo de Golfín. Éste la llamaba Antucha y le solía dedicar versos disparatados que improvisaba y que ella oía con gran displicencia.

Antucha, mi voz escucha  
que, aunque en amor poco ducho,  
tengo que hacerte un falucho  
para pasearte, Antucha.

La chica al oír esto hacía un gesto de desagrado y Golfín proseguía:

Antucha, con voz flacucha  
y aunque me veas machucho,  
he de darte un cucurucho  
de dulces para ti, Antucha.

Y así seguía el periodista hasta agotar los consonantes más o menos disparatados en ucha y en ucho.

Había en la cervecería una chica bonita, un poco melancólica, la Patro, a quien no le gustaba aquella vida inquieta de borrachera y orgía. La Patro hubiera querido tener una casita y vivir con un hombre y serle fiel.

La Patro era una rubia con cara de muchacha de cromo inglés y sonrisa melancólica y suave. Se pasaba, al parecer, la vida leyendo novelas sentimentales por entregas.

Cantaba con frecuencia: «Yo quiero a un hombre con toda el alma» y «No sé qué siento aquí», dos canciones de zarzuela entonces muy en boga entre señoritas y menestralas. También cantaba valeses de ritmo lento, como «Frou Frou» y «Cuando el amor muere».

La Patro se fijó en el aire tenebroso de Thierry y se acercó a él tímidamente. Estaba interesada por el joven periodista.

—Éste las trastorna —decía Golfín con cierta cólera burlona al notarlo—, marquesas o camareras, las hipnotiza. Tiene algún método misterioso que le han enseñado los comanches o los indios siux.

A los demás les producía cierta molestia los éxitos de Thierry. A Golfín le daban ganas de hablar con una exasperación superficial que quedaba únicamente en las palabras.

Thierry a los avances de la Patro le confesó que estaba enamorado de otra mujer. La Patro se ofendió profundamente con la declaración. Ello bastó para que la muchacha se empeñara más y acabaran enredándose los dos.

Se había encaprichado con el periodista; esta fue la definición y la explicación que dieron sus compañeras de la cervecería de su entusiasmo por Thierry.

Acabada la labor en el periódico los redactores, los empleados de la administración y los amigos marchaban a la Brasileña. Jaime esperaba a que terminase la Patro y cuando se cerraba el café iban con frecuencia a una buñolería de la misma calle abierta hasta entrada la mañana.

La noche terminaba en orgía.

La Patro, con su madre y una hermana, la Amparo, vivía en la calle de Mesonero Romanos en una casa sórdida, con un portal oscuro y una escalera tortuosa.

¡Qué calles éstas próximas a la de Jacometrezo!, pensaba Thierry. ¡Qué miserables! Yo, que he visto y he vivido en el vicio industrial de Nueva York, me encuentro aquí muy a gusto.

La Patro, además de la Amparo, corsetera, chica honesta y trabajadora, tenía un hermano panadero, Juanito, un golfo, casado, que se emborrachaba con demasiada frecuencia, dejaba una tahona para entrar en otra y sacaba todo el dinero que podía a sus hermanas.

Thierry le conoció y después de conocerle le dijo a la Patro:

—No debes sacrificarte por el hermanito. Te engaña. Que trabaje como todo el mundo.

Jaime no era quién para dar consejos de moralidad.

Juanito andaba con mala gente, sobre todo con unos tipos de invertidos, a quienes explotaba. Uno de ellos era un pintor llamado entre la gente maleante la Magnolia.

A éste le gustaba disfrazarse de mujer e imitaba muy bien a las cómicas. Cantaba con mucha gracia canciones con voz de tiple. En la cervecería la Brasileña se le oyó varias veces:

Oiga usted, caballero;  
fíjese usted en mí  
y analice  
lo que traigo aquí.

También cantaba, haciendo muchos dengues y ademanes de mujer:

Pero si tú a la Gregoria  
otro buñuelo la das  
la levanto el cuarto bajo  
y la barro el principal.

Durante el Carnaval, la Magnolia y otro al que decían el Traganiños les invitaron a Thierry y a Golfín a cenar con ellos en el baile del circo de Colón. Thierry fue con la Patro y Golfín con la Antonia. Se habían dado allí cita todos los homosexuales de la corte. Algunos estaban vestidos de mujer con una gran elegancia, con pelucas rizadas, muy pintados y llenos de polvos de arroz.

Thierry y Golfín fueron vestidos: el uno, con un dominó, el otro, de Pierrot. Bailaron los dos hasta la madrugada, en que se repitió el can-can de «Orfeo en los infiernos» y el galop de «La Mascota». Luego fueron al ambigú, donde les esperaba la Magnolia con cuatro seudomujeres.

Un ilustre articulista, acompañado de su criado, estaba en el ambigú en una mesa rodeado de botellas. El articulista, borracho, tartamudeando y echando baba por la boca, gruñía palabras oscuras y malhumoradas.

Al sentarse para cenar, dijo la Magnolia a sus compañeros, señalando a Thierry y a Golfín:

—Estos son los que hacen «El Sapo».

—Nosotros hacemos «El Sapo» y vosotros la carrera —contestó Golfín con ironía—. ¿A que no sabéis vosotros en que os parecéis a Sócrates?

La Magnolia sí lo sabía. Se sentaron todos y pidieron la cena. La presidencia de la Patro y de la Antonia molestaba a los amigos de la Magnolia. Se dijeron una porción de brutalidades y de frases de doble sentido. Golfín estuvo cruel. Por muy cínicos que fueran, las palabras de Golfín tenían que molestarles.

Al terminar la cena, éste gastó una broma a aquellos socráticos, a aquellos mariposos, como les llamaba él, broma que no les hizo ninguna gracia.

—Este es un número de circo dedicado a la Magnolia y a los demás mariposos —dijo.

—Bueno, vamos a verlo.

Golfín se puso una nariz postiza y comenzó a cacarear como una gallina clueca y a dar vueltas alrededor de la mesa. Después se agachó, se acercó a la mesa del articulista, se puso de cuclillas, siguió cloqueando hasta que recogió un huevo del suelo, como si lo hubiera puesto él, y se lo ofreció ceremoniosamente a la Magnolia.

El mariposo se enfadó, cogió el huevo y lo estrelló en el suelo.

Golfín se despidió con un gesto desvergonzado y los cínicos compañeros de la Magnolia y el Traganiños le insultaron y le tiraron pedazos de pan y panecillos enteros. Él, que no se intimidaba fácilmente, se alejó haciendo muecas y señas escandalosas con los dedos.

La Patro y la Antonia se reían con desprecio.

A la Magnolia y a sus compañeros la broma les había sabido mal y se levantaron y se fueron.

## LI

Por entonces en «El Bufón» se emprendió una campaña contra algunos políticos, enriquecidos, según la voz popular, con negocios hechos suministrando géneros al ejército de Cuba y de Filipinas. Don Jacinto Palacio del Campo proporcionó documentos para su publicación.

La política, esta cosa infecciosa, escribía Thierry en un artículo, es imposible suprimirla aún. No se ha podido suprimir la fiebre tifoidea y la tuberculosis; tampoco se puede evitar la fetidez de la política.

Los políticos aludidos no contestaron en los periódicos a los ataques de «El Bufón». Una noche, al llegar Thierry a su hotel, le soltaron tres tiros que le pasaron por encima de la cabeza y fueron a Incrustarse en la pared.

Al día siguiente comentaron el tiroteo de la madrugada Beltrán, la Silvestra y don Antolín; pero aún se comentó más la visita que hizo al anochecer el Payaso, el vecino de la casa de la Higuera, atracador profesional, según Beltrán el farolero. La visita fue corta.

—Oiga usted, don Jaime —dijo el Payaso—; he oído los tiros de la noche pasada. Veo que le persiguen a usted. He leído sus artículos. Si me necesita usted me tiene usted a su disposición para todo. Soy un incondicional.

El Payaso era un pajarraco, un ave de rapiña, que hablaba con tono irónico y burlón.

Thierry le convidó a tomar una copa de coñac y le dio dos duros. El hombre, después de estrecharle la mano, le dijo de nuevo, con sus ojos claros más brillantes que de ordinario:

—Ya sabe usted, don Jaime. Aquí me tiene usted para todo; ya lo sabe usted, para todo.

El Payaso quería decir que allí estaba si era necesario para pegarle a uno un tiro o una puñalada.

Después de repetir su frase se marchó con aire satisfecho y contento.

Unos días más tarde, al salir de la redacción don Jacinto Palacio del Campo con don Melitón García, les agredieron a los dos unos desconocidos a bastonazos y les hicieron varios chichones.

Don Jacinto no se amilanó por ello; al revés, se mostraba más entusiasmado cada día.

La gente aludida y acusada por «El Bufón», algunos políticos y periodistas allegados a éstos, para luchar sin duda con las mismas armas, fundaron otro periódico semanal titulado «El Arlequín». En este periódico se hablaba de «El Bufón», al que llamaban con desprecio «El Sapo Inflado».

En «El Arlequín» comenzó a escribir una sección en verso Emilio Aguilera. Aguilera era amigo y sabían los de «El Bufón» que los ataques contra ellos venidos de él serían solamente aparatosos y sin violencia.

Se suponía entre los periodistas que quien costeaba «El Bufón» era don Melitón García y no don Jacinto Palacio.

En «El Arlequín» se publicaron unos versos con una cantilena popular como lema:

Melitón tenía tres gatos  
y a los tres les ponía zapatos;  
por las noches les daba turrón,  
¡quién fuera gato de Melitón!

Se recibían constantemente anónimos con amenazas a los redactores de «El Bufón» y éstos se agenciaron cada uno su garrote. Thierry tenía un bastón con una barra de hierro dentro.

La agitación y la excitación de la lucha impulsaba a los redactores a vivir con alegría.

Thierry escribía con un revólver puesto encima de la mesa; estaba siempre muy nervioso y bebía mucho alcohol. A veces se marchaba a casa completamente trastornado.

Cuando le entraba el furor colérico se paseaba de un lado a otro del cuartucho de la redacción a grandes zancadas y vociferaba y decía una sarta de incongruencias y de insultos violentos.

En el cuarto número de «El Arlequín» aparecieron unos versos cómicos de Aguilera titulados Un terceto; comenzaban así:

Thierry, Golfín y Dobón  
cabezas vacías son  
con un poco de serrín;  
¿para qué harán «El Bufón»  
Thierry, Dobón y Golfín?

En los versos, sin aviesa intención, se jugaba con el sonido de los tres nombres, pero no había en todo ello la menor injuria.

En el mismo número venía una caricatura firmada por un tal Pipo de muy mala sangre. En ella aparecía Thierry con aire afeminado, los ojos grandes, la boca pequeña, las caderas abultadas y unos zapatitos de mujer con los tacones altos. En la mano llevaba una hoja titulada «El Sapo».

No tenía explicación plausible el ataque. Jaime no conocía al caricaturista ni había chocado con él nunca. Eran ganas de herir. Ciertó que Thierry atacaba a las personas con violencia, pero en sus ataques había siempre una razón revolucionaria de carácter ético mejor o peor. Se trataba también en sus críticas de gente encopetada y poderosa.

Allí no existía razón alguna; no se podía creer que el caricaturista fuera un conservador, ni un aristócrata.

—El Pipo ese es un desgraciado —dijo Golfín, que le conocía—; dibuja lo que le mandan para ganarse la vida. Haría caricaturas contra su madre si se las pagaran.

## LII

Tres a cuatro días después de publicarse el número de «El Arlequín» con la caricatura agresiva de Pipo salieron Thierry, Dobón y Golfín de la redacción de la calle de Jacometrezo con la idea de unirse en el café de Fornos con don Jacinto Palacio del Campo y don Melitón García, que les esperaban.

Pasaron por la calle del Desengaño y después por la Red de San Luis y la calle del Caballero de Gracia. Al ir a salir hacia la de Alcalá, Golfín señaló a Pipo el caricaturista; un tipo de pobre hombre, oscuro e insignificante. Marchaba cabizbajo, mirando al suelo, envuelto en un gabán raído de color pardo.

—¿Es él? —preguntó Thierry.

—Sí, es él —contestó Golfín—; el mismo que viste y hace malas caricaturas.

Entonces Thierry se abalanzó sobre el caricaturista con el bastón levantado y le dio un golpe formidable en la cabeza.

El hombre dio una vuelta en el aire y cayó redondo al suelo.

—¡Que se muera! —gritó exasperado Thierry.

Los otros dos periodistas agarraron a Jaime del brazo y le llevaron de prisa hacia la calle de Alcalá.

Ante el hombre caído se acercaron dos o tres personas.

—Esto es una canallada —dijo uno—; son esos que se escapan.

—¡A esos! ¡A esos! —gritó otro—. ¡Detenedlos!

Los periodistas doblaron la esquina, se separaron unos de otros para despistar y siguieron adelante entre la gente que salía del teatro de Apolo y entraron en el café de Fornos, lleno de público y de humo.

Don Jacinto Palacios del Campo, siempre encantado, encontró que el garrotazo de Thierry dado al caricaturista constituía un magnífico argumento, el argumento baculino de los antiguos. Don Melitón estaba un poco asustado porque previa que después de los bastonazos iban a venir los tiros.

Se habló mucho entre unos y otros del suceso. Había en una mesa próxima un médico militar recién llegado de Cuba y, un capitán de infantería un poco borracho, hombre alegre y jovial crítico de toros en un periódico republicano, conocido en el mundo taurino por el remoquete de Primores.

Se les reunió un general carlista, flaco, de bigotes largos, el cual, a pesar de contar largas relaciones de sus batallas, según malas lenguas no había estado nunca en los campos, sino en las oficinas del ejército del Pretendiente llevando cuentas y, a lo más, probando ranchos.

Comenzaron todos a hablar y a beber. Jaime, un poco febril, contemplaba las figuras pintadas de las paredes y de los techos del café.

Había en una mesa próxima un articulista de fama de un periódico, un trasnochador, hombre de cara brutal, de poco talento, y que, sin embargo, no dejaba de tener acierto en sus artículos.

Con él estaba un sainetero viejo, muy impertinente y chantajista, a veces crítico de teatros y de música. Solía andar en invierno con sombrero de copa, capa parda y bastón. Se contaban de él muchas anécdotas. Una vez se había puesto de acuerdo con un tenor italiano, que se llamaba algo como Palavicini, de que éste le daría doscientas pesetas por un elogio largo y entusiasta que el sainetero crítico pondría en su periódico. Llegó la representación y el cantante no mandó las pesetas estipuladas. Hubo que hacer la crítica de la función. El sainetero habló de los unos y de los otros y al llegar al tenor de marras dijo: Respecto al tenor Palavicini no cabe duda que promete... Veremos a ver si da.



Con el periodista y el sainetero estaban el marqués de la Piedad, que solía hacer gala de su homosexualismo, y un vividor a quien llamaban Sancho de apodo porque era grueso, pesado, rechoncho y amigo de refranes. Este charlatán, fanfarrón, mentiroso y amigo de la vanagloria, no permitía que nadie le aventajara en nada, ni en bueno ni en malo, sobre todo, naturalmente, en malo. ¿Sinvergüenza? No había nadie tan sinvergüenza como él. ¿Vicios? No le faltaba ninguno. ¿Enfermedades venéreas? Las había tenido todas. A pesar de su charlatanería, Sancho era buena persona y amigo de hacer un favor a cualquiera.

El marqués de la Piedad irritaba con sus frases al sainetero crítico y éste le decía que se fuera a hacer la carrera con la Chanal la Rabanitos y otras busconas que husmeaban por el café.

Mientras se charlaba y se discutía entró un escritor bohemio, melencólico, con su pipa en la boca, seguido de un perro. El escritor venía de París y pretendía tener una cabeza de artista, un tipo de romántico del año treinta. El bohemio dio un paseo por entre las mesas como buscando a alguien y se marchó con su aire displicente, altivo y desolado.

Thierry, cansado y con la boca seca y amarga, se retiró del café ya al amanecer.

## LIII

Se supo en las redacciones quién era el autor del desmán cometido contra Pipo y quiénes le acompañaban. Se habló en algunos periódicos, sin nombrarlos, de Thierry y de sus amigos. Se les achacaba el querer imponerse por el terror con una partida de la porra.

Unos días después se presentó en casa de Thierry una joven vestida con aire modesto: la mujer del caricaturista Pipo.

Desde el golpe recibido, su marido estaba en la cama, sin posibilidad de trabajar. El médico había dicho que tardaría aún una semana en poder hacer su vida habitual. A ella le aconsejaban denunciara el caso a los tribunales; pero prefería entenderse con Thierry, porque, por otra parte, comprendía la culpa de su marido por haberle insultado a él gratuitamente.

Thierry dijo:

—Yo me avengo a todo. Dígame usted qué debo de darle como indemnización.

—Yo supongo que la enfermedad de mi marido no representa, por el gasto y por el trabajo que no puede hacer, unos cincuenta duros de pérdida —indicó la mujer.

—Eso me parece poco. Si quiere usted le daré cien.

—No, no; de ninguna manera. En el caso de que la enfermedad durara más de lo que yo supongo, vendría otra vez aquí.

—Muy bien.

—¿Usted quiere que le firme un papel como recibo?

—No, señora. Me basta su palabra.

Los dos se retiraron muy amigos, Thierry aseguró que desearía de todo corazón que el caricaturista se curara lo más pronto posible. No hubo denuncia en el juzgado.

Estos sucesos escandalosos de riñas y de palizas hicieron que algunos colaboradores espontáneos dejaran de escribir y de frecuentar la casa de «El Bufón». Hubo quien se pasó al otro bando y comenzó a colaborar en «El Arlequín». «El Bufón» decaía, era evidente; hasta su tipografía y el papel iban siendo cada vez peores.

Dos de los redactores principales del periódico, Villaverde y Golfín, se marcharon. Antes habían hecho una jugada: fueron a cobrar al Ministerio de la Gobernación del fondo de los reptiles y sacaron dinero en dos ocasiones. Así lo averiguó don Jacinto Palacio del Campo.

De la última vez le contaron a don Jacinto una anécdota bastante divertida.

Habían pactado Golfín y Villaverde sin duda con algún jefe del ministerio el suspender una campaña en El Bufón, a cambio de dos mil pesetas. Al llegar a la puerta del ministerio preguntó Villaverde a su compañero:

—¿Subiré yo?

—Bueno.

Al bajar de nuevo al portal, Villaverde dijo a su colega con aire cariacontecido:

—Chico, nos han fastidiado; no me han dado más que mil pesetas.

—Pero ¿cómo ha podido ser eso? Si habían prometido las dos mil.

—Pues no han dado más.

Marcharon por la Puerta del Sol los dos con aire malhumorado Y entraron en el café de Madrid y se sentaron en un rincón solitario.

—Ahora diremos al mozo que nos cambie el billete —exclamó Villaverde.

—Antes, una precaución. Desátate esa bota —Indicó Golfín, señalándole el pie derecho.

Villaverde, a pesar de su natural cinismo, se puso rojo como un pavo. Villaverde había cobrado las dos mil pesetas, y en uno de los pasillos del ministerio se soltó la bota y metió en ella uno de los billetes.

Ya descubierto, preguntó a su compañero:

—Pero ¿cómo demonio has podido averiguar que yo he hecho esa maniobra?

—¡Toma! Porque yo la he hecho otra vez.

—¿Y te salió bien?

—Sí.

—Yo tengo mala suerte —dijo cínicamente el periodista.

«El Bufón» fracasaba, no se vendía apenas; redactores y amigos lo iban abandonando. únicamente don Jacinto Palacio del Campo seguía encantado y esperando el momento en que el director le permitiera publicar un número y explicar en él lo ocurrido hacía años en Cuba.

El periódico agonizaba. «El Sapo» se desinflaba. Thierry hizo dos números con mucho brío y acometividad.

En tres o cuatro días escribía seis grandes páginas impresas de a tres columnas; casi más de doscientas cuartillas.

El tercer número, que quiso hacer solo, ya no lo pudo concluir.

La cabeza no le daba más violencias ni frases agresivas. Viendo su pluma como muerta sobre el papel, la tiró con rabia y dijo:

—No sale el periódico. Yo no puedo hacerlo solo.

Entonces don Jacinto publicó un número con su vindicación, titulada: «Un asunto escandaloso en Guantánamo». Don Jacinto demostró a los pocos lectores de «El Bufón» la escasa moralidad de los empleados en Cuba, lo cual lo sabía perfectamente todo el mundo. Después ya no volvió a salir «El Bufón». Don Jacinto Palacio del Campo encuadernó con mucha elegancia varias colecciones del periódico, y se marchó tranquilo y contento a vivir a su pueblo.

## LIV

Hacia Semana Santa apareció Concha Villacarrillo en Madrid. Jaime siguió siendo el satélite de la marquesa. Iba tras ella, se escondía para saludarla o para verla. Estaba intranquilo y nervioso.

—Ya sé que has hecho muchas tonterías, Jimmy —le dijo Concha al verle, con tono de lástima—; he leído lo que has escrito en este periodicucho contra todo el mundo.

—Estaba desesperado porque te habías marchado.

—Eso no legitima el hacer tonterías.

—En otros, quizá no; en mí, sí.

—¿Pero no comprendes, Jimmy, que con eso te cierras las puertas de todos lados?

—No me importan nada esas puertas. Para mí no hay más que dos cosas importantes en la vida.

—¿Qué son?

—Tú y yo.

—¿Qué loco estás, Jimmy!

—Loco por ti. ¿Y allí, al pueblo, llegaba mi periódico?

—Sí; claro que llegaba.

—¿Y lo leíais?

—De arriba abajo.

—Tu marido se indignaría...

—Nada de eso. Al contrario. Le parecía todo muy bien. Estaba de acuerdo contigo en tus opiniones sobre el político y el escritor. Yo, algunas veces pensaba si tendrías razón con tus *Nichtdenkungsgedanken*. Así, que ya ves: tenías un partidario

## LV

Pasó el invierno, con sus fríos, sus lluvias y sus nieves. La gente se divirtió o por lo menos, creyó divertirse en los carnavales, paseando en las carrozas por la Castellana, tirando serpentinas y confetis en los paseos y en los teatros; oyó sermones bastante malos en Semana Santa; lucieron las muchachas las mantillas y las peinetas en la calle de Alcalá, y sacaron viejos y jóvenes los primeros sombreros de paja en la fiesta del Dos de Mayo, en el Prado. Hizo calor en San Isidro y llovió los días de la verbena de San Antonio, como casi todos los años.

Thierry pasó el invierno y la primavera delicado, con catarros y fiebres.

—¡Cuídate, Jimmy! —le decía Concha—; te vas poniendo muy flaco. Compra un termómetro, y cuando tengas fiebre, quédate en la cama.

Thierry compró el termómetro, y muchas veces se lo ponía y decía:

—Tengo treinta y ocho grados, pero eso no importa; me voy al café.

Al llegar el verano se sentía, según algunos aficionados, la necesidad de los jardines del Buen Retiro.

Se inauguraron con una compañía de opereta italiana. Thierry, cuando iba, no se reunía, en general, con sus antiguos amigos. A veces se acercaba a la tertulia con un aire melancólico y abstraído; estaba un momento sin hablar y se marchaba al poco tiempo. Andaba inquieto, espionando a la marquesa. Se había convertido en su sombra. Se le veía ir y venir y realizar combinaciones a cual más misteriosas y absurdas. Algunos, como el doctor Guevara, le compadecían. Los amigos de Peña Montalvo le miraban con asombro.

## LVI

Por entonces ocurrió en Madrid un crimen sonado. Se habló de él mucho y más entre el público habitual de los Jardines del Buen Retiro. Los amigos de Thierry hicieron sobre el caso grandes comentarios.

En las dos o tres primeras semanas de abrirse los jardines se veía constantemente un tipo misterioso y extraño, que no faltaba una noche. Era un viejo raro, melenudo, pintado, el bigote y la perilla teñidos de negro y el aire de matamoros. Tenía el pecho abombado, como si llevara corsé; la levita, entallada; los pantalones, estrechos y con trabillas, a la moda del tiempo romántico, y los zapatos de charol, con tacones altos

El tal señor se llamaba don Florestán del Rayo, y parecía con su levita, sus pantalones ceñidos, con trabillas, su sombrero de copa, su bastón nudoso, de color de caramelo, y su mirada fiera y agresiva, un superviviente de la época romántica, un personaje de un dibujo de Ortego para una ilustración o una novela por entregas de a mediados de siglo.

Don Florestán, hombre-momia, hombre-cecina, hablaba con voz ronca y catarrosa y un acento constante de mal humor.

Siempre encontraba ocasión de reñir con alguien; con el acomodador o con el vecino; pero si le halagaban, se mostraba amable, y si se trataba de persona humilde, mozo, acomodador o cochero, le daba una buena propina. Al parecer, no era nada roñoso.

Don Florestán paseaba por la pista de los jardines solo, con su aire malhumorado, fumando su puro y después se sentaba en un palco, también solo, como si se hallase separado por algún muro espeso del resto de los hombres.

Don Florestán, como prestamista, suponía probablemente una hostilidad general de todo el mundo contra él, por razón de su oficio, lo que era una ilusión misantrópica, pues la mayoría ni le conocía, ni sabía a qué se dedicaba. Seguramente otros mucho más usureros que él se creían ciudadanos beneméritos buenos cristianos y dignos de alabanza.

Muy pocas veces se le veía a don Florestán hablar con alguien. Sin embargo, a veces se reunía y paseaba con un bolsista extranjero, probablemente Judío, con aire de cerdo, rojo y grasiento y unos andares de pato.

Una de aquellas noches de principio de temporada, al cruzar con don Florestán por delante de Thierry le saludó sonriendo, con una sonrisa de inteligencia.

—¡Hombre! ¿Conoce usted a ese pajarraco siniestro? —le preguntó el doctor Guevara a Jaime.

—Sí.

—¿Quién es?

—Pues es un banquero y prestamista.

—¿Tiene usted negocios con él?

—Sí; le he vendido unos títulos del Ayuntamiento de Madrid, que no me los quería comprar nadie, de una emisión Erlanger.

—¿Y él se los ha comprado?

—Sí.

—¿En buenas condiciones?

—En muy buenas.

—¿Cómo se llama?

—Don Florestán del Rayo.

—¿Pero es posible que se llame así? —dijo Aguilera—; eso es una broma. Ese nombre parece de un personaje de novela de caballería, como Florisel del Niquea o Felixmarte de Hircania.

—Pues es un nombre auténtico. Él mismo no se conoce otro.

—¡Qué nombre para un usurero! ¡Don Florestán del Rayo! Debe ser del rayo de la usura.

—¡Qué se va a hacer! —dijo Thierry—. Cuando bautizan a un niño, no se sabe si va a ser papa, general o prestamista.

—Y ese Shylock será implacable.

—No; yo no le considero como un Shylock. Conmigo se ha portado muy bien.

—Te tendrá miedo como libelista -dijo Aguilera, y recitó unos versos de la Danza General de la Muerte, dirigidos a don Florestán:

Traidor, usurario de mala conciencia,  
agora veredes lo que faser suelo;  
en fuego infernal, sin más detenencia,  
porné la vuestra alma cubierta de duelo.

## LVII

Don Florestán del Rayo era tipo pintoresco, de quien se contaban muchas cosas más o menos inverosímiles. Se le tenía por hombre muy viejo, de más de ochenta años; algunos decían que andaba cerca de los noventa. Iba siempre muy empaquetado; se aseguraba que llevaba alguna faja o corsé especial, que le tenía muy tieso, y que se teñía y pintaba. Todo esto parecía cierto.

Don Paco Lecea le conocía y le trataba. Al parecer, le había pedido prestado algún dinero, con poco resultado.

Don Florestán, cuando hablaba de su juventud, recordaba a Espartero, a Narváez y al cura Merino, a quien vio con una hopa amarilla, montado en un burro, cuando le llevaban al Campo de Guardias a agarrotarle.

Había presenciado también el fusilamiento del policía don Francisco Chico en la calle de Toledo, cerca de la Fuentecilla, en la revolución del 54. Había estado en su Juventud en casa de Chico, en la plaza de los Mostenses, donde el jefe de Policía tenía una magnífica galería de cuadros. Don Florestán consideraba a Chico como buena persona y hombre muy perspicaz. Según contaba, una vez se encontró éste con un tipo sospechoso en las afueras de Madrid y le detuvo al momento.

—¿No me conoce usted? —le preguntó el jefe de Policía bruscamente.

—No, señor.

—Yo tampoco le conozco a usted, y cuando yo no le conozco, ni usted me conoce a mí, es prueba de que es usted un hombre honrado. Puede usted marcharse.

Se decía que don Florestán era inclusero.

Don Florestán comenzó su vida de peón de albañil, según aseguraba, y después se hizo maestro de obras y contratista. En la revolución del 68 se distinguió por su audacia y su atrevimiento, y figuró más tarde entre los federales. Luego tomó parte en el complot contra el general Prim y estuvo preso. Al parecer, de este atentado político célebre sacó las primeras sumas para enriquecerse.

Don Florestán había vivido largo tiempo en Cuba y en México, donde había intentado, con éxito, muchos negocios. De su vida allí no le gustaba hablar. Nadie estaba enterado de sus empresas americanas. En realidad, no se sabía gran cosa de su historia. No parecía tener amigos. Se aseguraba que don Florestán había hecho quiebra como bolsista, y que años después pagó la deuda para poder volver a entrar en la Bolsa y hacer operaciones de banca. Se decía que había favorecido al célebre Mariano Conde cuando estaba en la cárcel, y que el ilustre falsificador le debía la vida.

Los amigos de lo novelesco habían inventado que este señor no era el verdadero don Florestán del Rayo, sino uno que había suplantado la personalidad del auténtico don Florestán, cuando éste había muerto o lo habían suprimido.

Don Florestán a veces paseaba en coche con una señora pintada de rubio, ya no joven: probablemente su mujer.

Las oficinas de su casa de banca estaban en un entresuelo de ja calle del Barquillo. El despacho de don Florestán, a juzgar por lo que contaban los que habían estado en él, era muy curioso. Iban allí agentes de Bolsa, zurupetos, corredoras de alhajas, anticuarios, prenderos, contratistas. Don Florestán tenía además, según se decía, una casa de empeños en la calle de la Cruz, en donde se prestaba sobre alhajas y papeletas del Monte; pero no aparecía como amo, aunque lo era. Don Florestán vivía al final de la calle de Alcalá, en una parte próxima a la Plaza de Toros, en donde todavía no se comenzaba a edificar.



El hotel que habitaba era grande, viejo, aislado, destartado, con la pared de la fachada llena de desconchaduras y un jardín, también ya viejo, con árboles retorcidos, probablemente del tiempo de Espartero y de Narváez.

Don Florestán del Rayo, con su aire agrio y malhumorado, hacía de cuando en cuando su aparición por las tardes en la Bolsa y en el Bolsín, y dirigía sus operaciones bursátiles con mucha frialdad y mucha calma.

A todas horas, tarde o temprano, se veía a don Florestán con su levita entallada, su sombrero de copa, sus pantalones estrechos, con trabillas; su bastón retorcido, de color de caramelo, y los zapatos, muy pequeños y apretados. Estos zapatos debían de molestarle horriblemente al andar; pero, sin duda, los consideraba un detalle trascendental de elegancia y de coquetería masculina.

Por las tardes, don Florestán, con frecuencia iba al paseo de la Castellana, guiando un coche alto de cuatro caballos, un *mail-coach*, al lado de un lacayo con librea de galones y grandes solapas, sombrero de copa con escarapela y los brazos cruzados. A veces marchaba en compañía de la mujer rubia. Entonces el lacayo se colocaba en un asiento de atrás, en la misma postura rígida, con su sombrero de copa, su librea de grandes solapas y los brazos cruzados.

En ocasiones, por las mañanas, don Florestán aparecía en un tálburi, dirigiendo él, con una Jaca blanca, que galopaba vertiginosamente, con mucho brío. Llevaba otro tálburi parecido una señorita delgada, morena y de dientes muy blancos, hija de un duque, a la que llamaban doña Sol. Doña Sol y don Florestán se cruzaban en la Castellana y en Recoletos; la una, sonriente, llena de esperanzas, en el comienzo de la vida; el otro, siniestro y arrugado, al final de la existencia, cargada de oscuridades y maquinaciones.

## LVIII

Don Florestán, para algunos madrileños figura decorativa y pintoresca, pasó de pronto, durante algunos días, a ocupar el primer plano de la atención general y a ser motivo de las conversaciones del público. A don Florestán del Rayo lo encontraron muerto una noche, cerca de la tapia del Hipódromo, en el camino de Maudes y de Chamartín, con una herida contusa en el cráneo. Durante varios días los periódicos hablaron del suceso.

Según el lacayo de las grandes solapas, acompañante habitual de don Florestán, éste salió de casa después de cenar, a eso de las diez y media de la noche. Ordenó al mozo de la cuadra aparejara el tílburí con la Jaca blanca, y fue a Recoletos y a la Castellana, en donde dio varias vueltas.

A eso de las doce y media o una menos cuarto se detuvo en la plaza delante del Hipódromo, cerca del monumento a Isabel la Católica, bajó del coche y dio las riendas al lacayo.

—Ahora vuelvo —le dijo.

—¿Espero aquí al señor quieto, o daré unas vueltas con el coche? —preguntó el lacayo.

—Haga usted lo que quiera. Dentro de un instante volveré.

Don Florestán se dirigió hacia la tapia del Hipódromo, dobló la esquina por el lado derecho, que miraba al palacio de las Exposiciones. El lacayo esperó dando vueltas en el tílburí, con la jaca, alrededor de la estatua de Isabel la Católica; pasó tiempo y tiempo, y el señor no apareció. Como tardaba tanto, sospechando algún atraco o algún crimen, el lacayo saltó del pescante, cogió a la jaca del bocado y se acercó a un guardia que en aquel momento bajaba del tranvía y le explicó cómo había desaparecido su patrón.

—¿Y por qué no va usted a buscarlo? —le preguntó el guardia.

—Por no dejar el coche solo, con esta jaca que se me quiere escapar.

El guardia habló con el dueño de un aguaducho próximo. Cerraba éste en aquel momento, porque ya se habían marchado los parroquianos. Era la una y media. Pidió el guardia al hombre del puesto tuviera cuidado un instante de la jaca del coche, y el guardia y el lacayo tomaron juntos el camino a lo largo de la tapia del Hipódromo, en dirección a Chamartín de la Rosa.

La noche estaba muy oscura; únicamente iluminaba el suelo el resplandor de las estrellas.

Habían andado los dos hombres unos trescientos metros y estaban dispuestos a volverse, suponiendo que no había nada, cuando el lacayo creyó ver en el suelo un bulto negro. Se acercaron. Era el cuerpo de don Florestán. Intentaron levantarlo. Estaba muerto y frío.

Decidieron volver a la Castellana y pedir socorro. Se acercaron al aguaducho.

—¿Qué pasa? —preguntó el hombre del puesto.

—Que han matado al amo.

El lacayo sacó uno de los faroles del tílburí y con él fueron de nuevo a ver el cadáver. Lo reconocieron. Tenía un tremendo golpe en la cabeza que, sin duda, le había producido la muerte.

Con la luz y las idas y venidas, se habían reunido varios curiosos. Se avisó al puesto de Guardia Civil del Palacio de las Exposiciones; desde allí se telefoneó al juzgado. Dos guardias se acercaron al sitio del crimen.

El juez se presentó una hora después, y mandó levantar el cadáver y llevarlo al depósito. Tenía una terrible contusión en el parietal izquierdo, con rotura del hueso y salida de la masa encefálica. Probablemente el golpe se lo habían dado con una barra de hierro.

El matador o los matadores registraron escrupulosamente a la víctima; se llevaron su dinero, sus papeles y las alhajas y sortijas de los dedos. Únicamente le dejaron en el bolsillo del gabán un revólver de cinco tiros, cargado y en el seguro.

El juez interrogó al guardia, al lacayo y al hombre del puesto.

El guardia, por lo que dijo, creyó ver, antes de encontrar el cadáver de don Florestán, dos hombres, uno alto y viejo, y el otro más joven, que pasaron por el camino.

El lacayo aseguró no recordar haber visto a nadie. La versión de éste parecía más lógica, porque a lo largo de la tapia, al menos al comienzo, no había ningún farol, y la noche no era bastante clara para poder distinguir si un hombre que pasaba era joven o viejo.

El juez volvió a preguntar al lacayo si había visto a estos dos hombres, y el lacayo contestó que no lo recordaba.

El del aguaducho no había visto tampoco acercarse a nadie por el camino de Chamartín.

Los periódicos hablaron con extensión del asunto. Don Florestán aparecía mezclado en ciertos negocios de bolsistas, de corredores de alhajas y de jugadores. Se pensó también si se hallaría perseguido por antiguas enemistades.

A pesar de lo pintoresco de la vida del prestamista, no insistieron gran cosa en ella los periódicos. No sabían nada de don Florestán; no les producía curiosidad bastante para indagar en su pasado. Se supuso por la mayoría que se trataba de una venganza o de un atraco. Se señaló al asesino como hombre de gran fuerza física y conocedor de las costumbres del muerto.

Se detuvo al lacayo, se le dejó en libertad poco después; se prendió al jardinero del hotel, sospechoso por haber salido aquella noche de casa e incurrir en contradicciones evidentes. A éste se le consideró, si no como autor material, como posible cómplice.

Algunos periódicos se inclinaron a la versión de que el crimen se había preparado en la casa del muerto; otros creían que era un acto de atracadores del barrio de Chamartín o de los Cuatro Caminos. Pocos días después se dejó de hablar de aquello. Las noticias, muy graves, de Cuba y de Filipinas atraían la atención general, y el sumarlo de la muerte del prestamista no tenía incidentes de interés.

## LIX

En la tertulia de don Paco Lecea corrieron rumores absurdos sobre la muerte de don Florestán. Se hicieron muchas cábalas y se dijeron infinidad de tonterías, Alguien supuso que Aguilera y Thierry tenían participación en el crimen.

—Yo creo que el que ha matado a don Florestán es Thierry, y que Aguilera ha tomado parte en ello —dijo uno.

—Hombre, ¡qué disparate!

—Aguilera recitó no hace muchas noches unos versos dirigidos al prestamista, en los cuales aseguraba que pondría su alma cubierta de duelo.

—¡Bah! Eso es una simpleza.

Algunos, creyeran o no de buena fe la acusación, esparcieron la voz entre los conocidos.

—Eso es una locura —decía la mayoría al oír el cuento.

—No, no. No tanta locura. Thierry conocía a don Florestán y tenía negocios con él. Thierry está arruinado. La noche de la muerte, Jaime no estuvo aquí. El garrotazo con que le mataron a don Florestán parece de la misma mano que el que le dieron a Pipo el caricaturista. Ni entonces ni ahora han llamado a Thierry a declarar.

—Pero si Thierry no tiene fuerza para matar una mosca. Debe de estar tísico.

—No crea usted, es hombre de nervio, y, además, allí, en el barrio, tiene su banda.

—¿Usted cree?

—Sí, sí. El mozo trae costumbres de América del Norte.

—¡Demonio! ¡Tendría gracia que fuera él!

—A mí no me chocaría nada. Es un impulsivo.

—¿Pero hay algún indicio?

—Sí, hay indicios. La escapatoria del matador ha podido verificarse por una de las calles nuevas recién abiertas que del Hipódromo va al depósito del Canal de Lozoya, donde vive Thierry.

Por las intenciones de sus amigos, Thierry hubiera tenido que ir a la cárcel y acabar en el patíbulo.

## LX

Quince o veinte días después, una noche en que la marquesa de Villacarrillo no estaba en los Jardines, Thierry se sentó en un banco de la tertulia de don Paco. Estaba distraído y febril. El ex ministro y periodista Valdés habló con cierta pedantería y como dirigiéndose a Jaime, de que era necesario vivir dirigido por la sofrosina o templanza, y citó el caso de Raskolnikof de Crimen y castigo, de Dostoievski, lo que entonces se consideraba como muestra de tener grandes conocimientos de la literatura del tiempo.

El señor Valdés era pesado y prolijo en sus explicaciones; dicho de una manera vulgar y callejera, era una lata o un pelmazo.

Al marcharse el ilustre periodista, Thierry preguntó a don Paco Lecea:

—¿Qué quiere decir ese hombre con esas historias de la sofrosina y de Raskolnikof? No he comprendido la intención suya.

—Nada —saltó el doctor Guevara—; es una tontería de ese señor, que es un cándido. Aquí ha habido algunos que han inventado la broma de que usted es el que mató a aquel usurero viejo y pintado, don Florestán, y el señor Valdés, sin duda lo ha creído.

—¡Qué disparate!

—Han inventado también que usted tiene una banda de atracadores en los Cuatro Caminos.

—Pero, hombre, ¡qué absurdo! Lo mismo podrían pensar que yo soy Jack, el destripador.

—No podrá usted decir que no es una cosa romántica —exclamó Guevara con cierta ironía—; eso de ser Jefe de una banda de asesinos le debe parecer a usted muy bien.

Thierry sonrió, y al día siguiente contó a Concha Villacarrillo lo inventado a su costa. Concha parecía inclinada a creerlo, y dijo tranquilamente:

—Sí, eso han dicho.

—¿Y tú no has protestado?

—¿Yo cómo iba a protestar ante la gente?; Con qué derecho?

—¿Es que lo has creído?

—De ti se puede creer cualquier cosa, Jimmy. Estás tan loco...

—Loco por ti

—No, querido; ya lo estabas antes de conocerme.

—¿Y no me querías menos si hubiera matado a alguno?

—No; al revés...; te tendría lástima...; cuídate, Jimmy, y no hagas tonterías.

Cuando Thierry se encontró solo pensó: ¡Pero esa mujer, qué opinión tiene de mí! ¡Me cree capaz de matar a un hombre para robarle! Es absurdo.

Después, insistiendo más en ello, el considerar que Concha afirmaba que aunque hubiese matado al usurero para robarle, le seguiría queriendo, le produjo entusiasmo.

Sí, es una mujer admirable, se dijo Jaime; por ella mataría yo a cualquiera y me mataría también.

Como le suponían capaz de aquel crimen, Thierry pensó que sería picante dar una explicación de él y hacer una hipótesis literaria acerca de la muerte del prestamista, imitada del Doble asesinato en la calle Morgue, de Edgar Poe. Creía que llamaría la atención. Leyó los periódicos, intentó inventar una explicación, pero no se le ocurrió nada interesante. Había sólo tres versiones posibles del crimen. Suponerlo preparado por algún criado, por un atracador ocasional o inventar algún motivo antiguo de odio, y para esto él no tenía el menor dato.

Su hipótesis valía tan poco, que no la llegó a publicar.

## LXI

Quince días después del crimen la mujer de don Florestán le escribió a Thierry; quería verle. Jaime fue a visitarla y tuvo una entrevista con ella.

La casa del usurero era por dentro pintoresca y destartada. Se veían mal colocados muebles antiguos lujosos, de estilo Luis XIV y Luis XV y otros americanos de aire puritano. Había grandes espejos, relojes dorados, bustos, tapices por todas partes, pero, en general, la casa estaba alhajada con poco gusto y sin la menor gracia ni arte, ni siquiera comodidad.

La mujer de don Florestán era una señora de más de cuarenta años, gruesa, rubia y romántica. Se llamaba Eloísa y era portorriqueña.

—Mi marido hablaba de usted con mucha simpatía —le dijo a Thierry.

—Conmigo se portó muy generosamente.

—Le he llamado a usted por eso y porque no tengo quien me aconseje con lealtad.

Doña Eloísa explicó los asuntos embrollados que le había dejado su marido. Luego contó su vida. Se había casado con el viejo usurero, cuando era niña, en Cuba. Don Florestán en su casa era celoso y déspota. Ella había vivido casi secuestrada, sin relaciones, consolándose escribiendo versos y tocando el piano.

La portorriqueña no quería hacer cuenta acerca de la muerte de su marido.

—Yo creo que los que le han matado eran atracadores vulgares, circunstanciales, que quizá no habían pretendido matarle, sino robarle —dijo Thierry.

Doña Eloísa no estaba en esto conforme y mostró una carta, encontrada entre los papeles de su marido, que daba seguramente la clave del móvil del crimen. Era un anónimo en el cual amenazaban a don Florestán con publicar varias cartas y le citaban a la una de la noche cerca de la tapia del Hipódromo, al comenzar el camino de Chamartín.

Doña Eloísa no quería renovar el asunto y no dio la carta al juez. Estaba escrita con lápiz. El sobre tenía sello del interior. El papel era rayado, parecido al que solía usar Beltrán, que lo compraba en un pequeño bazar de la calle de Bravo Murillo.

En este bazar se vendía papel, sobres, tinta, juguetes para niños, bastones y sombrillas y objetos de tocador.

Thierry observó el anónimo y supuso, sin saber por qué, si sería obra del Payaso y de sus amigos.

Doña Eloísa y Thierry, después de una larga conferencia, se despidieron afectuosamente y ella le rogó que volviera otra vez a su casa. Los asuntos de don Florestán estaban muy embrollados. Había puesto las fincas a nombre de una parienta de doña Eloísa; los valores y el dinero, a nombre de otra persona. Todo ello era muy complicado y difícil de desenredar.

Thierry, a pesar de sus preocupaciones, prometió con interés volver a casa de la portorriqueña y ayudarle en lo posible a aclarar sus asuntos.

Jaime le habló a Beltrán de la carta que habían mandado a don Florestán, de la clase de papel que tenía y de sus sospechas de que el Payaso y sus amigos anduvieran en el asunto.

—No me chocaría nada —dijo Beltrán—. Al Payaso, al Chepa y al Marinero no se les ve en el barrio. Se han escapado. No tendría nada de particular que ellos hayan dado el golpe.

Unos días después Beltrán le dijo a Jaime:

—¿Sabe usted?

—¿Qué pasa?

—El Payaso, el Marinero y el Chepa han estado hace unos días en casa de doña Paquita y ayer les han visto en el coche del señor Benigno muy elegantes y con unas maletas; iban a la estación del Norte.

Esto acentuaba más la posibilidad de la intervención de aquellos pillos en la muerte de don Florestán y quizá la complicidad en algo de la usurera de la vecindad.

## LXII

Concha Villacarrillo se marchó de nuevo a su finca dejando a Thierry como alma en pena. Al poco tiempo cayó enfermo con un catarro muy fuerte, tuvo fiebre y escupió varias veces sangre. Era una sangre muy clara, de color sonrosado, y Thierry decidió que aquello no tenía importancia, que era de la garganta.

Esto ocurría al final de las guerras coloniales; todos los días había noticias de sensación.

Thierry se exaltaba y se ponía furioso contra los yanquis y no pensaba para nada en su enfermedad. La Silvestra y Beltrán le recomendaban continuamente que llamara al médico, pero él no hacía caso. Beltrán, curioso siempre por las enfermedades y las cuestiones de medicina, supuso que aquello que tenía el señorito era sencillamente la tisis.

Beltrán trajo para que viera al enfermo a un médico joven, profesor clínico del hospital, el doctor Montoya, a quien conocía.

Montoya era hombre serio y de aspecto frío, rubio, de cara redonda, bigote corto, labios gruesos y anteojos.

El médico reconoció a Thierry dos o tres veces, unas poniéndole la oreja en la espalda y en el pecho, otras con un estetoscopio rígido y con un aparato de goma.

El doctor Montoya no le dijo a Thierry cuál era su enfermedad. Le puso un plan riguroso y habló a la Silvestra, a su marido y a don Antolín para que le vigilaran. El plan consistía en sobrealimentación, en dormir con el balcón abierto y en tomar perlas de creosota y sellos de tanino.

Montoya comenzó a ir con frecuencia a casa de Thierry. Éste le interesaba como caso clínico y psicológico.

Sostuvieron los dos largas conversaciones sobre todo lo divino y lo humano.

El médico tenía, indudablemente, una vida interior muy activa; leía mucho y obraba siempre por razón, no por sentimiento. De ideas revolucionarias, deseaba un cambio político y al mismo tiempo hacía el esfuerzo necesario para adaptarse al ambiente de la época.

Esta sensatez irritaba a Thierry.

Montoya era muy estudioso, concienzudo y sabio, poco social, amigo de aislarse. No le gustaba destacarse de primera intención en una tertulia. Tenía poca confianza en sí mismo y menos en los demás, y parecía orgulloso a causa de su alejamiento de la vida común.

A pesar de sus buenas condiciones y de su honradez, el doctor no juzgaba siempre bien los sentimientos y las ideas de los otros. El punto de vista de los demás no lo podía tomar ni aun siquiera por deporte.

Para él la bohemia, la vida irregular de los escritores y artistas no era solamente una cosa antihigiénica y absurda, sino algo despreciable y ridículo.

Varias veces discutieron el médico y el enfermo un punto extraño: si el hombre mejoraba o no en la vida de sociedad. Montoya estaba inclinado a creer que sí; Thierry afirmaba rotundamente que no.

—Yo —decía éste—, de chico, tenía ideas más generosas que ahora y era más decidido y más valiente. Conviviendo con los demás me he hecho mezquino, cobarde y prudente.

—¡Usted prudente! Tiene gracia.

—Veo que usted me considera como un insensato.

Thierry era muy aficionado al autoanálisis y al autovejamen. Tenía, como le achacaba Concha, el *spleen* masoquista, que ella llamaba en alemán *Leidseligkelt*. Esta forma de



masoquismo le agradaba; pero si alguno se ponía de su lado y le daba la razón, entonces el asentimiento le molestaba.

Montoya y Thierry se hicieron, en parte, amigos; pero se mostraron muchas veces hostiles.

El buen juicio de Montoya irritaba a Jaime. Le parecía una prueba de vulgaridad y de cobardía; en cambio, Montoya despreciaba profundamente la tendencia de verlo todo en literatura, característica de Thierry. En las discusiones terciaban muchas veces don Antolín el cura y Beltrán el farolero.

—Que no venga aquí ese médico —exclamaba Thierry en algunas ocasiones—; me pone malo con sus consejos.

—Bueno, ¡cállate! No seas estúpido —le decía don Antolín—; ten en cuenta de él sus consejos médicos, porque es hombre que sabe; lo demás, tómalo, si quieres, a beneficio de inventario, y le oyes como quien oye llover.

Montoya consideró necesario vigilar a Thierry, y encargó de esta misión a Beltrán y a la Silvestra. Encontraba al enfermo muy predispuesto a hacer temeridades y tonterías.

—¡Pero si yo no tengo nada! —exclamaba Thierry—. El doctor Montoya me ha tomado sin duda como un conejillo de Indias para hacer sus experimentos.

## LXIII

Con el tratamiento, Jaime empezó a mejorar y a engordar un poco. Como le convenía pasear y tomar el sol, se decidió que Manolín, el hijo mayor de Beltrán, le acompañara en sus paseos.

Marchaban los dos por los alrededores, por las orillas del Canalillo, por delante de los cementerios de San Martín y de la Patriarcal; recorrían la Moncloa, El Prado y la Dehesa de Amanuel. También cruzaban los campos, desde los Cuatro Caminos al barrio de la Prosperidad y de la Guindalera.

Thierry se aburría. Empezaba a tener cierta fobia por el doctor Montoya y por su despotismo médico.

—Voy a alquilar una choza y a meterme allá para que no me vea nadie.

Con este motivo iba con Manolín a ver los chamizos y hoteluchos desalquilados de las afueras. Preguntaba cuánto era el alquiler, pedía las llaves y visitaba aquellas casas estrechas, mezquinas, con aire de lugar de escenario de algún crimen entre gente miserable y siniestra.

Beltrán convenció a Thierry de que para distraerse debía ir a su taller de carpintería y ayudarlo en los trabajos que no exigían fuerza. Así lo hizo y comenzó a pasar los días mejor.

También tradujo al inglés algunos artículos pintorescos sobre la España de la pandereta, que le pagaron bien en revistas americanas, y del inglés al castellano vertió algunas notas médicas para el doctor Montoya, que se lo agradeció mucho.

Después del trabajo en la carpintería, Beltrán empezó a dar a Thierry lecciones de guitarra.

—Lo que me ha perdido es el dinero —decía Thierry—. Si hubiese tenido que trabajar para vivir, habría vivido mejor. Creo que el trabajo es lo único decente de la vida. Lo demás, no vale nada.

Don Antolín, con fines de proselitismo religioso, le llevó el libro *Ejercicio de Perfección*, del padre Alonso Rodríguez. Thierry lo leyó con atención y con gusto.

—¿Qué te parece? —le preguntaba el cura.

—Quitando la base religiosa, que me parece falsa, lo demás está muy bien.

El cura se escandalizaba y le llamaba impío y hereje.

## LXIV

Para que Thierry no se aburriera, Beltrán, que tenía recursos, habló y llamó a tres tipos del barrio, que conocía de verlos en un cafetucho próximo, y a los cuales consideró que entretendrían a Jaime.

Uno de ellos, periodista y sainetero viejo, don Clemente Martín, escribía en algunos periodiquitos cómicos, que apenas le pagaban. Al mismo tiempo estaba empleado en el almacén de un editor, en donde le daban un cuarto en el desván para vivir.

Don Clemente, alto, flaco, de unos cincuenta a sesenta años, con bigote cano, sombrero pequeño, viejo gabán pardo, un junquillo en la mano derecha y un cigarro en la izquierda, presumía de filósofo y de estoico.

El otro era un pintor, también ya machucho, que tenía un estudio en una casa pobre. Se llamaba Demetrio Díaz del Pozo. El señor del Pozo vivía pintando abanicos para los anticuarios y restaurando vitelas y pergaminos. Quería vender cuadros, y como lo que hacía era mediocre y vulgar y no se distinguía por nada, ni siquiera por lo malo, no encontraba compradores. Díaz del Pozo era de los mediocres que se rechaza, no de los mediocres que se ensalza. Muchas veces, para vender el cuadrito o la acuarela, que le había costado pintar siete u ocho días, necesitaba tres o cuatro meses de ir y venir y de recorrer tiendas de marcos, de antigüedades, bazares y andar de casa en casa y, al último, tenía que dar su obra por un precio irrisorio.

Díaz del Pozo no se distinguía por su sentido pictórico; pero, en cambio, tenía un gran oído y un exquisito sentido musical. También tenía buen gusto literario. Díaz del Pozo era el caso del hombre equivocado, empeñado en marchar por un camino falso.

Creía que iba a encontrar alguna vez el éxito por dar con un buen asunto, como si un buen asunto fuera un filón.

—Pero el asunto es muy poca cosa en pintura —le decía Thierry—. ¿Qué asunto tienen la mayoría de los cuadros de Velázquez, de Zurbarán o de Goya?

Thierry no le podía convencer. El pintor pensaba que de una poesía de Zorrilla o de Bécquer, a quienes admiraba mucho, sacaría el mejor día una idea feliz, que le pondría a flote, es decir, descubriría el filón para enriquecerse. Siempre creyendo en la eficacia de las habilidades, en las martingalas, como decía don Clemente, firmaba muchas veces sus cuadros Demetrius. Thierry le llamaba en broma Demetrius el becqueriano, lo que no le disgustaba, más bien le agradaba.

El tercero de los visitantes era un agente de Policía llamado Vega, el Veguita, tipo un poco chulo, muy hablador, pero buena persona, que contaba historias de los maleantes del barrio.

Don Clemente, Díaz del Pozo y el Veguita comenzaron a visitar a Thierry.

—Aquí está usted muy bien instalado, amigo don Jaime —le decía don Clemente—; esto es muy lujoso.

Para él todo era lujoso.

—¿Y usted, cómo se las maneja, don Clemente?

—Yo tengo mi palacio aquí cerca. Es un desván. No me cuesta nada. Es espacioso, no crea usted, aunque un poco frío y con ratones y arañas. En el invierno enciendo mi brasero y estoy al pelo, hecho un rey.

—¡Cómo le admiro a usted, don Clemente! —decía Thierry—. Usted es un verdadero español a la antigua, fuerte, enérgico.

—Yo no conozco el sentimentalismo —replicaba el aludido—. No sé lo que son los nervios. Me pone usted en el mar o en la tierra, en el palacio o en el hospital, y soy siempre el mismo.

—¡Qué admirable fuerza de voluntad!

—Nada, don Jaime; filosofía, resignación y estoicismo... nada más.

—Yo quisiera ser como usted.

—Don Jaime habla así —replicaba Beltrán—; pero no hay que hacerle caso, porque tiene también mucha energía, mucha vida.

—Bah. Yo estoy viviendo con permiso del sepulturero.

—Nada, pamplinas —decía el Veguita—. Usted, don Jaime, todavía va usted a andar por ahí de picador en la Bombi... De cimbreo. ¡Hay cada chavala! Y unas tobilleras que quitan la respiración. Y que se ciñen, vaya si se ciñen. Usted, don Clemente, todavía echará una cana al aire.

Don Clemente contestaba con una sonrisa.

—A don Clemente le he visto yo con una gorda estupenda —aseguraba el policía.

—No haga usted caso —decía el aludido.

—Esas cocineras, con la pechuga blanca, las caderas gruesas y las manos un poco rojas, son mi debilidad —añadía el policía.

Don Clemente, a quien no le interesaban ya las mujeres, recitaba algunos versos del Tenorio o algunas quintillas de zarzuelas suyas.

Don Clemente, para acentuar su carácter estoico, contaba, quizá hubiera sido mejor decir que inventaba, algunas historias y anécdotas para demostrar su indiferencia y su impassibilidad ante los hechos. El otro visitante, el pintor Díaz del Pozo, no era, ni mucho menos, un estoico como don Clemente. Éste estaba quejándose siempre. Demetrius el becqueriano era alto, con melena, bigote y perilla, cara pálida y triste.

—Yo no sé lo que pasa aquí, don Jaime —le decía a Thierry—; todos los pintores que hace veinte años nos parecían una maravilla, ahora dicen que no valen nada. Según esos modernistas, no se pinta un cuadro hoy que no sea una birria. Y todo esto es consecuencia de la guerra. Yo no lo comprendo, porque todos los pueblos pierden guerras y tienen épocas de política funesta; pero no se vuelven contra sí mismos.

Thierry, en parte, le daba la razón al pintor.

—No quieren el cuadro de caballete —decía éste con un tono lacrimoso—, no quieren el cuadro de historia. ¿Es que no se van a pintar más que vacas, cabras, campos de remolacha y montones de heno?

—¡Qué quiere usted! Cada época tiene sus gustos.

—Sí, cierto; pero no se ha negado nunca con tanta saña lo anterior como se niega en este tiempo. Ya nuestras obras se toman a broma. ¿Sabe usted lo que han dicho de ese cuadro «Un duelo a pistola», de un amigo mío?

—No sé; pero conozco el cuadro. Es muy malo.

—A mí no me parece tan malo. Pues como hay unas nubes algodinosas en el cielo y el herido en el desafío levanta la mano, dicen que quiere coger un poco de algodón de la nube para ponérselo en la herida.

—Tiene gracia.

—A mí no me hace ninguna. Es una observación de mala sangre.

—Es que la anécdota puede estar bien en cualquier parte, en un libro de historia o en una novela; pero no en la pintura ni en la escultura, que la rechazan.

—Con una crítica así, no es posible hacer nada —afirmaba lacrimosamente Demetrius el becqueriano—. Otro amigo pintó un rincón de un pueblo de Castilla, próximo a la iglesia, y lo llamó Rincón romántico —añadía—. Se presentó en la Exposición un joven de estos iconoclastas, lo vio y dijo: «Caramba, ¡qué rincón romántico más bueno para ciertas apreturas!» Eso es indigno.

Como Díaz del Pozo insistía mucho en la fraseología técnica de su arte y constantemente hablaba de perspectivas, escorzos, colores complementarios, volúmenes, etc., Beltrán decía en broma:

—Éste es como el estudiante que para pedir que echasen leña al fuego para calentarse los pies, decía: «Aplicad esos materiales aquí, al consumidor de todas las cosas, pues veis que el diente mordedor de la Naturaleza me supedita al temple de los ambulativos, o como el otro estudiante que decía, cuando le faltaba la tinta para escribir: Cesó, porque ya el cornerino vaso no suministra el etiópico licor al ansarino cálamo».

## LXV

Una tarde en que Thierry se sentía relativamente fuerte, se encontró, antes de llegar a casa, con Alejandro Dobón.

—¡Pero, hombre! ¿Qué haces? —le preguntó Dobón—. ¿Es que has estado enfermo?

—¡No! ¡Ca!

—Tienes mucho mejor aspecto que antes.

—Estoy cansado de la gente.

—¿A qué te dedicas?

—Estoy escribiendo.

—¿Libros?

—Sí.

—¿Qué? ¿Novela? ¿Poesía? ¿Crítica?

—Ya veremos. ¿Qué hacen los conocidos?

—El Hermida ha resultado un perfecto miserable.

—Sí, no me choca. Es un egoísta. ¿Qué se sabe de él?

—Ha explotado a una pobre chica, que era novia suya.

—¡Ah, sí! La conozco; una chica medio inglesa, muy inteligente, que se llama Matilde y estudiaba para maestra.

—Esa misma. Ella le escribía los artículos y cuentos que firmaba él; ella también le tradujo comedias, que algunas se han representado. Él la decía que iba a casarse con ella y hasta le pidió dinero, y ahora le ha dado el puntapié y va a casarse con una vieja rica. Es un cochino.

—No sé por qué, pero no me choca.

—A mí, sí.

Dobón, al parecer, contaba la historia a todos los conocidos; pero no conseguía nada, porque la mayoría consideraba a Carlitos Hermida como un chico simpático, de buenos sentimientos y de buen corazón.

—Egoísta. ¡Psé! Todos lo somos —decían algunos.

Dobón convenció a Thierry de que no debía estar aislado, y fueron los dos al centro.

Entraron en el café de Fornos y se encontraron con Golfín. Éste vaciló en acercarse, porque suponía a Thierry muy incomodado con él; pero Jaime ya no se acordaba para nada de El Bufón y de su historia. En vista de que Thierry le saludaba sonriente, se acercó y estuvieron hablando los tres. Pasado algún tiempo, Golfín sacó el reloj, lo miró y dijo:

—Estoy citado con unas muchachas en un colmado, medio taberna, de la calle de la Paz. Si queréis, os convido.

—¿Tienes cuartos? —preguntó Dobón.

—Sí. Se hacen combinaciones.

—¿Quiénes son esas muchachas? —dijo Thierry.

—Son dos institutrices extranjeras, amigas de una chica que tiene relaciones conmigo.

—Relaciones poco formales —dijo Dobón.

—Naturalmente. Las he convidado a cenar, y han aceptado. Si venís vosotros, mejor; tendrán así con quien hablar.

—¿Vamos? —preguntó Dobón a Thierry.

—Vamos.

Salieron los tres y fueron a la Puerta de] Sol, y de aquí a la calle de la Paz. Entraron en el colmado, medio taberna, subieron al piso entresuelo y se sentaron delante de un balconcillo. Pidieron una botella de vino blanco, y mientras la bebían aparecieron la española y las dos

extranjeras: una prusiana, rubia, basta, fuerte, con la cara un tanto juanetuda; la otra, medio dinamarquesa, del Slewig Holstein, delgada y pálida. Ésta, de aspecto distinguido, se hallaba un poco marchita; tenía el pelo rubio, arrugas alrededor de la boca, que la envejecían, y ojos azules y cándidos, de una expresión alucinada.

La española era una morena muy expresiva y graciosa, pero no guapa.

Se sentaron los seis, y trajeron la cena. La española se puso a hablar y a recriminar a Golfín porque había faltado a una cita. Dobón comenzó a hacer preguntas a la alemana rubia, fuerte y juanetuda, acerca de Nietzsche, y Thierry habló con la danesa delgada y pálida.

A Dobón y a la alemana se les oía divagar constantemente acerca del superhombre, del cristianismo y de la moral de los esclavos. Ninguno de los dos decía nada muy original. La alemana lanzaba a cada paso admiraciones con un ¡Aj! explosivo.

A las pocas palabras que la dinamarquesa cruzó con Thierry supo que ella estaba en casa de una amiga de Concha de Villacarrillo. Conocía a la alemana institutriz de los niños de Concha. Cuando dijo su nombre, la danesa exclamó:

—¡Ah! ¿Así que usted es Jimmy Thierry?

—El mismo.

—Se ha hablado mucho de usted en mi casa.

—¿Probablemente mal?

—Mal y bien; de todo ha habido; pero siempre se le considera a usted como un hombre de suerte. El ser amigo de una mujer como la marquesa no es cosa que esté a la altura de cualquiera.

—Y, sin embargo, ya ve usted; yo soy, a pesar de eso, un hombre desgraciado y, quizá, si hubiera ido a vivir con una chica menestrala o con una criada, sería más feliz.

—¡Ah, claro! Es muy posible. La felicidad no se puede saber dónde se encuentra.

La dinamarquesa divagó sobre esta cuestión con cierto fondo de sabiduría. Ella también tenía una historia llena de complicaciones. Era casada, divorciada. Había estado en América del Norte y en Australia y tenía un gran afán aventurero.

Thierry, olvidado de sus achaques y de su miseria, pidió por su cuenta una botella de Champaña y unas copas de coñac. Todos bebieron de más y prolongaron la sobremesa hasta las once de la noche.

Al salir del primer piso del restaurante, por un corredor, se oyeron grandes voces y gritos en un cuarto de al lado.

—¿Qué pasa? —preguntó Golfín a un mozo—. ¿Hay que avisar a la Casa de Socorro o a la funeraria?

El mozo no contestó, como si le pareciese la pregunta muy impertinente, y desapareció con una bandeja en la mano. En el mismo momento salió del cuarto del que partían las voces y los gritos un cómico, que estaba con una mujer. Este cómico, muy chulo, tenía amores con una señora que se había entusiasmado con él y le seguía a todas partes. El cómico, con una cara blanca y pecosa, de payaso, tenía una nariz de alcuza, la boca grande, de dientes desiguales y la voz chillona. Este pequeño histrión hacía en las obras del género chico papeles de tonto, de secretario de Ayuntamiento pedante, de sacristán o de hijo de boticario, siempre con una indumentaria ridícula. Sin duda, harto de hacer reír, tenía la aspiración de hacer llorar alguna vez en la calle o en el teatro. El comiquillo apareció con un aire entre fosco y amable, a tantear el terreno, para echárselas de bravo si venían bien dadas y si no achantarse la *mui*, como hubiera dicho Beltrán. El cómico conocía a Golfín, y le dio la mano. Luego dijo que la broma de avisar a la Casa de Socorro o a la funeraria no la hubiese tolerado él de otro, y para demostrar lo muy terne que era, sacó un puñal del bolsillo, con su vaina, y lo mostró.

—¡Vamos, anda! —le dijo Golfín—; eso es bueno para el teatro.

El cómico guardó el arma con la vaina en el bolsillo del pecho, preguntó a Golfín y a sus amigos qué iban a hacer, y les ofreció un palco para el teatro Apolo.

Salieron a la calle las tres parejas. Golfín preguntó si irían al teatro. La alemana y la danesa dijeron que no. Suponían que les podría ver cualquier persona conocida con unos jóvenes periodistas, y esto les desacreditaría.

—Hay una manera de que vayamos todos juntos, y de que, aunque las vean a ustedes hablar con nosotros, no choque —dijo Thierry.

—¿Y es?

—Tomar un palco próximo al que nos ha dado el cómico.

—Si se puede... vamos.

Se acercaron a la taquilla. El palco inmediato estaba desocupado. Decidieron que ellas entrarán primero y ellos después, haciendo como que no se conocían. Les dieron el palco a las tres mujeres.

Cuando se vieron ellos solos en la calle, Golfín, que estaba ya medio borracho, dijo:

—¿Vamos a tomar una copa?

—Bueno.

Esto va a ser la puntilla —murmuró Dobón, que era el que estaba más sereno.

Mientras la española y las dos extranjeras entraban en el teatro, ellos marcharon a una taberna de la plaza del Rey y tomaron una copa de ron.

Fue para Thierry y para Golfín como el golpe de gracia; la espuela, que dicen en algunos pueblos castellanos. Volvieron hacia el teatro ya trastornados; entraron en el palco muy comenzada la representación. Hicieron ruido al sentarse; hablaron en voz demasiado alta, sin darse cuenta, y la gente comenzó a sisear.

Se representaba una funcioncilla que conmovía al público, bastante ridículo para emocionarse con frases patrióticas dichas por una tiple vestida de soldado.

—Esto es muy malo —dijo Golfín con su voz ronca.

Una gran parte del público comenzó a sisear para imponer silencio a los alborotadores.

—¡A callarse! —gritó Thierry desdeñosamente.

El público, comenzó a protestar más; Dobón se levantó, sorprendido de la gritería, cogió una silla y, sin querer o queriendo, la tiró al suelo y sonó con gran estrépito.

Se suspendió la representación: gran parte de los espectadores salieron amenazadoramente a los pasillos. Thierry había cerrado la puerta del palco y sacado el revólver.

De pronto la danesa pálida de los ojos azules alucinados de Valkiria extendió la mano desde el otro palco y le quitó el arma.

—Abra usted la puerta y no sea usted tonto —le dijo en inglés con un tono de mando.

Thierry obedeció. Un Jefe de policía se les acercó, y tomándolos como borrachos los llevó por un pasillo y después por unos corredores a la calle y de aquí a una Delegación, donde tuvieron que dar los nombres y las señas de su casa, y los dejaron en libertad.

Golfín, más hábil que los otros dos, dio un nombre falso y unas señas igualmente falsas.

Cuando al día siguiente Thierry le contó a Beltrán lo que había ocurrido, y cómo le echarían una multa, el farolero le dijo:

—¡Bah! No haga usted caso y déjemelo usted a mi cuenta. Que echen multa si quieren. La pagaré el nuncio de Su Santidad, si le parece, pero usted no la pagará, ni yo tampoco.



## LXVI

Volvió de nuevo Concha Villacarrillo a Madrid. A la vuelta de su viaje Jaime notó en ella, sobre todo con relación a sus amores, un fondo de cansancio y de languidez. Concha estaba, sin duda, aburrida de cartas de quejas, de protestas y de reconvenciones. A las palabras de Thierry contestó:

—Mira, chico, yo estoy cansada de esta vida inquieta. No me dejas en paz. Estoy deseando hacerme vieja y vivir tranquilamente para mis hijos.

—A mí no me puedes abandonar así. Yo te quiero y tengo también mis derechos— replicó él.

—No me vengas con estupideces, Jimmy. ¡Basta ya!

—¿Quieres dejarme?

—Sí. Si lo tomas así, quiero dejarte. Vete de mi lado. Yo he tenido la mala suerte de tener un marido loco. Cuando me vi abandonada y despreciada por él, lo que debí haber hecho era romper con la gente y marcharme a un rincón con mis hijos, con lo cual en este momento estaría con la conciencia tranquila y sin el temor de que un día mis hijos se avergüencen de su madre.

—Pero entonces, ¿yo no soy nada para ti?

—Nada.

Jaime se quedó parado, sorprendido, y de pronto comenzó a llorar como una criatura.

—¡Vamos, Jimmy, no seas loco! Ya sabes que no es verdad; que también te quiero.

Concha dijo esto como quien desea contentar a un niño, en parte asombrada de la debilidad de Thierry, que antes blasonaba de insensible y de fuerte.

Cuando se tranquilizó, Jaime preguntó a Concha:

—¿Yo podría ir a vivir a tu pueblo? ¿No te parece?

—No; por ahora, no.

—¿Por qué? ¿Por tu marido?

—No, mi marido no te odia. Es tan raro...

—Pues ¿por qué?

—Porque provocarías el escándalo en seguida; riñas, locuras, reconvenciones...; no puede ser... yo vendré a Madrid siempre que pueda, y te prometo que si tú no haces tonterías te llevaré también al pueblo.

Thierry vivía en un estado anómalo: tenía con frecuencia fiebre, y una de sus mejillas aparecía entonces con una roseta encendida.

Se acentuaba en él la disociación de la personalidad, perdía el sentido de lo real y se encontraba cada vez más hundido en un estado angustioso. Le perseguía la melancolía, y no sabía si estos estados melancólicos eran algo ya inevitable para él, consecuencia de su enfermedad, o si muchas veces él mismo los provocaba estúpidamente.

Cuando iba a ver a Concha, ella le decía:

—Estás flaco, chico; cuídate.

Le aconsejaba que fuera a ver algún médico bueno; si quería, ella misma le recomendaría al de su familia.

Thierry no quería ocuparse de su enfermedad. Sobre todo cuando hablaba con Concha le parecía que hablar de esto era en ella un subterfugio, una manera de desviar la conversación del punto para él trascendental, que era el porvenir de su amor.

Concha se mostraba tan serena, tan maternal, tan risueña, que la idea de perderla le aplanaba y le obsesionaba a Thierry. Él lo comprendía demasiado; aunque ella le tenía cariño, estaba

cansada de la turbulenta tragedia de sus amores. Concha deseaba vivir tranquila y dedicarse únicamente a sus hijos.

Pasado un mes, Concha se dispuso a marcharse. Se iba de nuevo. El marido, dominado a última hora por un deseo de vivir con pulcritud, había hecho las paces con su mujer, reconociendo sus errores, que dieron origen a los desórdenes de la vida de los dos. Él le había rogado, en nombre de sus hijos, que fueran a vivir juntos unos años a la finca y olvidaran completamente el pasado.

—¿Y vas a ir? —preguntó Thierry.

—No tengo más remedio. Lo hago por mis hijos. Por mis hijos lo haré todo.

Jaime estaba consternado. Presentaba sus argumentos, que no tenían muchas variaciones, porque siempre giraban sobre el mismo tema de que él la quería y ella no le podía abandonar.

—¿Me vas a decir que le quieres a tu marido? —dijo con una rabia infantil.

—Pues, sí, también le quiero. Tengo compasión de él.

Cuando se marchó Thierry a su casa estuvo llorando toda la noche. La marea bajaba en su espíritu, dejando el fondo de miseria, de debilidad y de cieno al descubierto.

## LXVII

La ausencia de Concha se prolongaba. Las cartas se iban haciendo cada vez más espaciadas. Thierry se enteró por Alfredísimo, que conocía al administrador de Villacarrillo, que Concha comenzaba a entregarse a la iglesia y que vivía en su casa un jesuita que le aconsejaba. Jaime estaba de nuevo bajo la dictadura despótica del doctor Montoya. Se iba quedando sin un cuarto. Había firmado letras y no las podía pagar y debía a mucha gente. Tuvo que recurrir varias veces a la usurera del barrio, a doña Paquita, que vivía miserablemente en la casucha próxima, y de quien se decía que tenía millones.

La mujer de don Florestán del Rayo fue a visitarle, y al verle tan acabado y tan decaído se sorprendió. La Silvestra, siempre muy lagarta, le habló de que a su señorito le habían engañado, y la mujer de don Florestán dijo que siempre que estuvieran en una extrema necesidad recurriesen a ella.

Beltrán y la Silvestra intentaban convencer al enfermo de que no fuese al centro de Madrid ni viese a sus conocidos, pues no hacía más que disparates. El doctor Montoya le permitía salir de casa a las horas de sol y pasear por los alrededores con don Clemente, con el pintor Díaz del Pozo y con el Veguita; cuando no iba con ellos, iba con Manolín.

Thierry solía repetir con frecuencia:

—Para vivir sin entusiasmo y sin pasiones no vale la pena.

Don Clemente intentaba convencerle de que tanto una cosa como otra eran tonterías sin importancia, y que la vida era como un ejercicio de gimnasia, que había que realizarlo hasta el final mirando cara a cara a la muerte y no dándole importancia.

—Uno es una hoja seca caída del árbol. Esto no le conmueve a la naturaleza ni le importa a nadie nada.

Thierry se sentía aplastado, triste, con una tristeza pasiva.

—Este hombre ha quemado toda su esencia vital en poco tiempo, y aunque se cure quedará ya apagado para siempre —decía Montoya.

Si hubiera podido y hubiese tenido fe habría hecho como el pianista pamplonés del café de los Artistas, que, por lo que decían, había ingresado en un convento de Burgos.

Thierry dormía mal. Se pasaba horas y horas cansado, agotado por el insomnio, y sólo lograba conciliar algunas horas de sueño muy entrada la mañana. Conocía todos los ruidos del barrio, el canto de los gallos a la madrugada, el paso de los carros de los basureros, el grito de los vendedores ambulantes, la campana lejana de la iglesia, la voz de los que anunciaban los periódicos. Muchas veces le despertaba un viejo mendigo francés, ciego, que tocaba en un organillo antiguo dos o tres melodías sentimentales. Después, por la mañana, oía las conversaciones de Beltrán y de la Silvestra, los gritos de los chicos y los martillazos que daba el carpintero en su taller. Tenía alternativas de depresión y de indiferencia.

—Todavía tiene fuerza y reserva —aseguraba Montoya—; si no hace alguna barbaridad y pasa el invierno bien, luego se le puede mandar al monte, y ¿quién sabe;

Thierry se preocupaba mucho de los gastos de la casa, y le decía a la Silvestra que, si no tenían para sostenerle, lo mejor era que lo llevasen al hospital. Otras veces se lamentaba amargamente de que Concha le abandonase, y hacía proyectos un poco absurdos de presentarse en su pueblo.

—Señorito, no haga usted disparates —le decía la Silvestra—. ¿Qué diría su pobre madre! Esa mujer volverá, porque le quiere a usted.... no le quepa a usted duda...; ella vendrá de nuevo aquí y se entenderán ustedes.

—Yo creo que no viene.

—¡Sí, hombre, no ha de venir! No sea usted tonto...; ella viene porque le ha tomado a usted ley.

El cura don Antolín, dando puñetazos en la mesa y diciendo palabrotas, le exhortaba a ser hombre. Don Clemente, Díaz del Pozo y el Veguita le recomendaban que tuviera energía.

Un día se presentó Alfredísimo en compañía de un eclesiástico elegante, amable, mundano, a visitar a Jaime. Alfredísimo se mostró muy apenado al saber que Thierry estaba enfermo, y se ofreció para todo. El otro era un Jesuita vasco; había vivido en Inglaterra y en los Estados Unidos, conocía a Concha Villacarrillo. Venía seguramente enviado por ella.

El jesuita, hombre bajito, de ojos claros, simpático, debía de saber sus relaciones con Concha. Hablaron los tres largamente de las personas conocidas, y sobre todo de los Villacarrillo. Alfredísimo decía que el marqués era de muy buen corazón; quizás equivocado en muchas cosas, pero de excelentes sentimientos.

—Me parece absurdo que un hombre que puede ser algo, como usted, pierda la vida y la juventud pegado a las faldas de una mujer —le dijo el jesuita.

Thierry le escuchó atentamente, dándole muchas veces la razón.

Se despidieron Alfredísimo y el jesuita con muestras de afecto, y dijeron al marcharse:

—Hasta pronto.

## LXVIII

La Nochebuena se celebró días después, bastante alegremente, en casa de Thierry.

En el despacho se hizo una gran hoguera, y se reunieron Beltrán, su mujer y sus chicos, don Antolín, don Clemente, el pintor Díaz del Pozo y el Veguita. Ninguno de éstos tenía familia. Eran, según frase de don Clemente, como perros vagabundos. Don Clemente vino con dos botellas de vino que le habían regalado, y Veguita con unas latas de langosta en conserva.

Después de cenar con buen apetito, los chicos alborotaron y cantaron. Beltrán trajo su guitarra.

La pequeña Silvia recitó la canción de los pajaritos de San Antonio de Padua y su novena, que tenía como estribillo:

Humilde y divino Antonio,  
rogad por los pecadores.

La Silvestra, que no tenía gran sentido místico, cantó, acompañándose de la pandereta, algunas canciones populares bárbaras y poco respetuosas, con su voz aguda de lugareña:

En el Portal de Belén  
hay un hombre haciendo gachas,  
con la cuchara en la mano  
repartiendo a las muchachas.

San José bendito,  
¿por qué te quemaste?  
Viendo que eran gachas,  
¿por qué no soplaste?

Otra de las copias del mismo género que ésta era la siguiente:

En el Portal de Belén  
hay un nido de ratones,  
y al pobrecito José  
le han roído los calzones.

Beltrán, que sin duda tenía un sentimiento un poco más poético y más melancólico de la fiesta, cantó:

La Nochebuena se viene,  
la Nochebuena se va,  
y nosotros nos iremos  
y no volveremos más.

El Veguita contó una historia de falsificadores en que había intervenido el célebre Mariano Conde. Demetrius el becqueriano recitó con mucho sentimiento varias rimas de su autor favorito.

Jaime le preguntó a don Antolín qué hacían las viejas espiritistas del barrio de la Guindalera.

Cuando el cura explicó cómo a las viejas ocultistas y magas las iba convenciendo y llevándolas por el buen camino, lo que era casi un milagro, Beltrán replicó con un cuento de su tierra:

—Era un hortelano —dijo— que tenía un nogal que no le producía nunca nada. En vista de ello, cogió un hacha y lo cortó. Un cura amigo suyo, que necesitaba una imagen en su iglesia, se lo pidió y lo llevó a casa de un tallista para que lo esculpiera. Cuando estuvo terminado, el cura invitó al hortelano a que viera al santo tan majo en un altar de la capilla. El hortelano contempló atentamente la imagen y luego dijo:

En mi huerta te criaste,  
tu fruta nunca la vi:  
los milagros que tú hagas,  
que me los claven aquí.

—Éste es como Sancho Panza —replicó don Antolín riendo—: todo son refranes y dicharachos.

Jaime se acostó aquella noche un poco inquieto y febril. Tardó en dormirse; oyó cantos en la calle. Soñó luego que se encontraba en un manicomio, donde había hombres y mujeres con cabeza de animales, bajo las cuales adivinaba personas conocidas. Con grandes esfuerzos separaba a unos y otros y llegaba hasta una puerta maciza. Al intentar salir, un grupo de personas, entre ellas Villacarrillo, le decían en voz baja: «Para salir de aquí hay que contestar a nuestras preguntas; somos médicos».

Él, aterrorizado, se detenía sin saber qué contestar, y en esta situación un empleado le decía: «Salga usted; éstos no son médicos, sino locos».

Al despertar tuvo un estremecimiento de terror, que le duró largo tiempo. Después reaccionó y pensó que siguiendo aquella vida solitaria se iba a trastornar por completo. A él le convenía la agitación y la lucha y afrontar el peligro cara a cara.

## LXIX

Thierry pasó la mañana preocupado, se vistió y salió de casa por la tarde, como si fuera a tomar el sol. Era un día de invierno frío, pero muy claro.

Había sacado del cajón de su mesa y los había metido en el chaleco su reloj de oro y una sortija. Pensaba empeñarlos. Esto y un medallón con el retrato de su madre era lo que le quedaba de ella. El medallón no pensaba empeñarlos. Se acercó a casa de doña Paquita la usurera; ofreció el reloj y la alhaja. Le dieron por las dos cosas trescientas pesetas. Inmediatamente fue a la glorieta de Quevedo, tomó el coche del señor Benigno y se fue a la estación del Mediodía.

Estaba decidido a marchar al pueblo donde vivía Concha y a plantearle la alternativa: o con su marido o con él. Nada de términos medios. Tomó un asiento de primera y se acomodó en un sillón.

Fue en el tren indiferente a todo, a la gente que entraba y salía y a las conversaciones de los viajeros. No le daba aquello más realidad que la impresión del sueño de la noche anterior. Alguien le hizo alguna pregunta, y él contestó con un aire tan absorto y tan lejano «¿Qué?», que le tomaron por un extranjero enfermo, y le dejaron en paz.

Por la mañana, cuando salía el sol, bajó en una estación y preguntó a un mozo por la finca del marqués de Villacarrillo. Se encontraba lejos: el camino era malo, pero no tenía pérdida.

Se enteró en una posada próxima de cómo podía ir allá y le ofrecieron un coche o un caballo.

Como no quería tener testigos y no sentía la menor debilidad prefirió el caballo. Era un buen jinete y estaba acostumbrado en América a las largas marchas.

Montó a caballo, le dejó la rienda suelta y fue embebido en un estado melancólico y crepuscular, sin poder salir de él.

El sol iba dorando el campo y los trigales que empezaban a brotar. Se metió por un camino de arena que bordeaba un olivar de grandes olivos nudosos nacidos en una tierra roja. A trechos, en el lindero, se extendían filas de enormes piteras grises. Al terminar el olivar, en los trigales, ya crecidos y verdes, se veían chozas negras de paja y de chamizo con las puertas blanqueadas con cal.

A pesar del sol dorado y brillante, hacía frío. Thierry no lo notaba.

Llevaba muchas horas sin haber tomado alimento, como sostenido por su excitación nerviosa. Parecía un sonámbulo arrastrado por sus fantasías y sus sueños.

Llegó al pueblo, sin darse cuenta, antes del mediodía. Preguntó a un viejo campesino, de cara curtida, por la finca de Villacarrillo, y el viejo se la mostró. Quiso el campesino enterarse de cuál era el objeto de la visita de Thierry, y se lo preguntó, pero éste no advirtió siquiera la pregunta.

Se acercó a la posesión. Al cortijo lo limitaba una cerca extensísima por varios de sus linderos; por delante de la casa la tapia era alta, de piedra, y en la entrada tenía una gran verja pintada de verde y una puerta barroca de hierro con un letrero con letras doradas. La puerta estaba abierta.

Thierry se asomó a ella y entró por una avenida enarenada.

Enfrente, en una terraza inundada de sol, como en una decoración de teatro, aparecían Concha, su marido, dos niños y una criada. Concha, sentada en un sillón de mimbre, trabajaba con una labor de punto en las manos; su marido, apoyado en el respaldo del sillón, bajaba muchas veces la cabeza hasta acercarla a la de ella. Los dos niños, vestidos de blanco, jugaban vigilados por la muchacha.

Thierry esperaba aquello.

Está bien se dijo, está bien. No hay nada que hacer aquí. Esto se ha acabado.

Pálido y tembloroso, salió al camino y se sentó en un ribazo, con la cabeza entre las manos, mirando al suelo. Sentía en aquel momento una impresión de acabamiento y de calma. El caballo comía la hierba del borde del sendero. Thierry estuvo algún tiempo sentado y pensativo.

Al levantar la cabeza se encontró delante de Villacarrillo. Jaime se irguió y esperó con el aire del hombre que quiere emplear en el peligro su última energía.

—No se alarme usted, Thierry; no quiero hacerle daño —dijo Villacarrillo con una voz temblorosa y conmovida—. ¿Quiere usted vernos?

—No.

—¿Quiere usted hablar con Concha?

—Ya, no.

—¿Necesita usted algo?

—No, no necesito nada.

—Como usted quiera. Le advierto a usted, Thierry, que yo no tengo inconveniente en que nos expliquemos los tres.

—¿ Quiénes?

—Concha, usted y yo.

—¿Para qué? Tengo la partida perdida... lo comprendo... Usted, en cambio, la tiene ganada.

—La gano por mis hijos.

—Sí, lo comprendo... lo comprendo.

—Yo he sido un bestia, Jaime; pero lo he comprendido al fin. Concha es muy buena y me ha perdonado por mis hijos. Yo la perdono a ella. No me debe usted tener odio, como yo no se lo tengo a usted. Usted es joven aún y puede rehacer su vida.

Thierry había conservado su aire al mismo tiempo estupefacto, altanero y agresivo durante el comienzo de la conversación; pero al oír a Villacarrillo comenzó a parpadear y a llenársele los ojos de lágrimas. Avergonzado, se acercó al caballo para montar en él y marcharse lo más pronto posible.

—Yo le llevaré en coche —dijo Villacarrillo.

—No, no...; prefiero estar solo.

—No trae usted abrigo. Se va usted a enfriar —y sacándose el que llevaba se lo puso a Thierry.

—Adiós..., es usted un buen muchacho, adiós... y cuídese usted. —Y el marqués estrechó entre las suyas la mano febril de Thierry y luego le acarició pasándole la mano de una manera amistosa por el hombro.

Jaime volvió a montar a caballo haciendo un esfuerzo violento, y en unas horas llegó al pueblo. Esperó paseando en la estación, donde corría un viento helado; entró en el tren febril, con escalofríos, atento a las angustias y a la depresión de su cerebro y de sus nervios. Aquella última manifestación de afecto de Villacarrillo le perturbaba.

¿Es que era un hombre bueno, capaz de perdonar una ofensa que él no hubiera perdonado? ¿Cómo se había podido engañar de esta manera al juzgarle? Ella, en cambio, le abandonaba fríamente; sabiendo, con seguridad, que estaba cerca no había querido verle.

El vagón del tren estaba vacío; Thierry puso el abrigo como almohada, se tendió y fue mirando por la ventanilla los campos, en parte nevados, a la luz de la luna. Luego comenzó a desvariar.

Por la mañana, en un coche y medio moribundo, llegó a su casa.



## LXX

Thierry había vuelto del viaje con un catarro bronquial, que en su estado tenía que ser gravísimo. Ya no escupía sangre clara, sino sangre negruzca. A pesar de ello, se mostraba completamente indiferente.

La aventura de Thierry indignó a los de la casa, y sobre todo al doctor Montoya.

—Usted lo ha querido —le dijo Montoya.

—Ya lo sé. Lo siento más por usted que por mí, porque iba usted a lucirse conmigo.

La Silvestra echaba pestes contra la marquesa de Villacarrillo. La llamaba egoísta, perra, mala mujer sin entrañas.

A las reconvenções de los unos y de los otros, Jaime contestó varias veces:

—Ya no me importa morirme. No tengo nada que hacer aquí.

Los días siguientes de llegar, Jaime tuvo mucha fiebre. El doctor Montoya indicó que sería mejor bajar al enfermo al salón, que era un cuarto amplio y que se podía calentar algo encendiendo la chimenea.

Se hizo así, y Thierry fue trasladado al cuarto que antes era su despacho.

De pronto adquirió un aire resignado y trágico.

Beltrán y la Silvestra estaban allí constantemente, y solían llevar a los chicos para que vieran al enfermo.

Los chicos querían ir.

—No los acerquéis a la cama —decía Jaime—. Que no vengan aquí estos niños. Se pueden contagiar. Sobre todo que no venga Silvia.

A pesar del fuego encendido en la chimenea, hacía frío, porque el invierno se presentaba muy crudo.

Thierry miraba por los cristales el cielo pálido y frío y el Guadarrama nevado, medio oculto entre nubes. En la colección de romances que le había dejado el doctor Guevara, había uno que recordaba:

Las sierras del Guadarrama  
obscuras nubes cubrían  
y coronando los montes  
triste invierno prometían.

Algunos días las mariposas blancas de la nieve revoloteaban delante del mirador.

Thierry tenía la sensación de que acababa él y acababa el mundo. Una noche saltó de la cama y quemó en la chimenea sus dos manuscritos, «Las Metamorfosis» y «Las Revelaciones indiscretas».

—No pensemos en tonterías —dijo en voz baja, como si hablara a alguien que estuviera en el cuarto.

Tres o cuatro días después vino el jesuita que había estado en Inglaterra y en los Estados Unidos, y apareció también Alfredísimo con el administrador de Villacarrillo, que habló con Beltrán y con la Silvestra y les dijo que le advirtieran lo que se necesitaba.

Un anochecer se presentó la Patro con su hermana Amparo y un niño. La Patro llamó a la Silvestra y estuvo hablando largamente con ella. La Patro había tenido un chico. Decía que de Thierry. Quería verle a Jaime y mostrarle su hijo.

—Ahora no le puede usted hablar de eso —le dijo la Silvestra.

—¿Por qué?

—Porque no la entenderá siquiera. Se encuentra muy enfermo. Además, no tiene un cuarto. Hay un señor, amigo suyo, que viene aquí y nos da el dinero para ir tirando. Si tuviera algo que disponer le hablaríamos; pero el pobrecito no tiene nada. Si se le habla de eso, yo creo que hasta se puede morir.

—No; entonces no diré nada por ahora.

—Aquí tenemos las señas de su padre en América, y le puede usted escribir.

Después la Silvestra cogió en brazos el niño de la Patro y le besó con entusiasmo.

En esto entraron el pintor Díaz del Pozo y el Veguita en el cuarto y salieron al instante.

—Este hombre está muy malo —dijo el policía—; a mí no me ha conocido. Yo creo que tiene para muy poco tiempo.

La Patro se echó a llorar, y se marchó de casa.

Thierry vivía aquellas horas ensimismado, atento a una porción de detalles pequeños.

Veía caer los copos de nieve que iban posándose sobre las lomas lejanas, sobre los tejados y las cornisas. El viento les hacía girar en rondas, en un vértigo perturbador. Un farol desvencijado, que salía de la esquina de la casa de enfrente, con su caperuza de nieve, daba una impresión de tristeza y de desolación.

Jaime pensaba que la Muerte andaría rondando con su guadaña, segando la vida de los enfermos y de los viejos.

Al atardecer contemplaba con gran interés el farol de gas, que brillaba mortecino en la esquina; las casas, pobres y grises, a la luz del crepúsculo, y los cipreses, negros y puntiagudos, en el horizonte de acero.

El ver desde el mirador estos árboles del cementerio de San Martín le parecía un consuelo.

—Me gustaría ir ahí —pensaba—; pero, después de todo, ¿qué importa este rincón o el otro?

## LXXI

El doctor Montoya solía decir, cuando iba a visitar al enfermo:

—Como todos los tuberculosos, vive en un mundo de ficciones. Es muy difícil el saber por qué esta enfermedad del sistema respiratorio da tanta confianza y tanto optimismo y, en cambio, un padecimiento del aparato digestivo produce tristeza y melancolía.

—Él se siente alegre —decía Beltrán—. Antes hablaba riendo de que tenía los pulmones comidos por las ratas.

—Es muy posible que lo dijera y no lo creyese.

La verdad era que lo creía, y estaba convencido de su muerte próxima. Pensaba también que el poco dinero que tenía iba a agotarse de un momento a otro, y que un día cualquiera irían a llevarle al hospital. No le importaba gran cosa.

Una vez preguntó a Silvestra:

—El dinero no se acaba. ¿Cómo tenéis dinero?

—Nos ha tocado la lotería —le contestó la Silvestra, por decir algo.

—¿Es posible que la lotería toque alguna vez?

—Ya ve usted que sí.

—Bueno; no gastéis todo conmigo. Dejad para los chicos.

—No gastamos sólo con usted. No tenga usted cuidado.

—Vosotros sois capaces de gastarlo todo en medicinas para mí. Antes que nada son los chicos.

La Silvestra salió del cuarto llorando y fue a contar a Beltrán lo que decía el señorito. Beltrán movió a un lado y a otro la cabeza, como lamentándose de que una buena persona tuviera que ir al otro barrio, cuando había tanto mentecato y tanto gamberro que estaba sano y fuerte en el mundo.

Thierry se hipnotizaba contemplando el retrato de Concha, vestida de gran dama, y le hablaba en voz baja y lo besaba.

—Mira aquí a Jaime enfermo, solo, febril, moribundo, desangrándose. Si hay otra vida, tú me acogerás.

Jaime iba teniendo visiones en su delirio, y pasaban por su imaginación las figuras de sus amigos y de las mujeres de quien había estado enamorado.

—Es absurdo —decía—. A veces me parece que oigo un coro de ángeles que me llama.

Una vez preguntó a la Silvestra:

—¿Ha venido ella, verdad?

La Silvestra quedó parada, si saber qué contestar.

—Sí, ha venido; la he oído. No la habréis dejado pasar para que no me viera en un estado tan lamentable.

—Sí; es verdad.

—Habéis hecho bien.

El cerebro de Thierry era como una linterna mágica, que daba imágenes sin orden ni concierto; tan pronto brotaba en él un recuerdo de la juventud de Nueva York como uno de la infancia en el pueblo de Castilla, o una canción de marineros de San Francisco de California.

Este carácter heterogéneo de impresiones de la retina y del oído le producía un desdoblamiento de la personalidad, y un Thierry era como el espectador de las extravagancias del otro.

Una mañana, que estaba más despejado de fiebre que de ordinario, tuvo una explicación con Montoya sobre su muerte.

—¿No le preocupa a usted, como escritor, la posteridad? —le preguntó el médico.

—¡La posteridad! ¿Qué me importa la posteridad? Eso no es nada.

—Pero, hombre, antes no pensaba usted así.

—Ha vivido uno lo más intensamente posible. Se acabó la salud, se acabó el dinero, se fue la mujer. No vale la pena de vivir. Ha venido el punto final. Está bien.

—No veo por qué esa indiferencia; todavía puede usted reaccionar.

—Aunque me arreglara usted el cuerpo y pudiera usted restaurarlo para que viviera unos meses o unos años, ya no sabría qué hacer. Soy como un muñeco al que se le ha roto el resorte. No crea usted que estoy para declamar literalmente contra la vida, no. Si tuviera un pequeño objeto, querría vivir; pero ya no tengo ninguno. Lo único que deseo es que esto termine lo más pronto posible.

Thierry seguía en un estado sombrío y melancólico, como dominado por un pensamiento, por un enigma que quería resolver. Hablaba muy poco y estaba hecho un verdadero esqueleto.

A la Silvestra y a Beltrán les había encargado que cuando muriese le pusieran el retrato de Concha en el pecho y lo enterraran con él. También quería que le dejaran la miniatura de su madre, que llevaba en un medallón colgado del cuello.

—No tenga usted cuidado —le dijo llorando la Silvestra—, así se hará.

## LXXII

Thierry tenía en su gravedad momentos lúcidos. Se enteraba de todo y preguntaba una porción de cosas.

—¿Está sucia la nieve? —preguntó un día.

—Sí —le dijo Beltrán.

—Ya no quiero verla.

La nieve, tan blanca y tan pura, se había convertido en una cosa negra, amarillenta y sucia. Así había pasado en su vida, pensó Thierry.

Después les volvió a encargar a Beltrán y a Silvestra que cuando muriese no le quitaran el medallón con la miniatura de su madre y le pusieran el retrato de Concha sobre el pecho.

—Descuide usted —le dijo Beltrán.

El poeta, como decía Montoya, se moría con dignidad. El doctor había sospechado que iba a dar notas lacrimosas y lamentables.

—Yo no le tengo miedo a la muerte —decía Thierry—; en tal caso, le tendré algún miedo al momento de morir, pero cada vez menos.

—La muerte no es dolorosa nunca —aseguraba el doctor.

—Cuando venga el momento, no me deje usted sufrir demasiado.

Montoya le había prometido que si le veía inquieto y mal le daría la morfina necesaria.

Don Antolín, en un momento lúcido del enfermo, le preguntó:

—¿Y de iglesia?

—Nada.

—¿No te quieres confesar?

—No; ya me he confesado varias veces contigo. ¿Qué quieres que te diga de nuevo?

—¿No tienes ni siquiera deseos para después, encargos que hacer a los amigos?

—Ninguno. El mausoleo o el muladar para estos huesos ridículos me da lo mismo. Un pie de tierra encima es una buena manta.

—¡Quién iba a pensar, chico, que esto acabaría así!

—Ya se sabe. Todo acaba así. Amores, y luchas, y glorias, todo pasa. Lo que no falla es la muerte.

—¿Pero no deseas nada?

—Nada. Lo único que deseo es que esto termine pronto.

Thierry fue acabando tranquilamente en una soñolencia dulce. Una mañana con un sol pálido concluyó. El viejo francés que tocaba en la calle en una cala de música antigua acompañó su muerte con una romanza sentimental.

Se le llamó a don Antolín de prisa, quien le dio la Extremaunción y rezó con fe delante de su cadáver.

Cuando la Silvestra y Beltrán le vistieron y le pusieron en el cuello el medallón de su madre y el retrato de Concha Villacarrillo en el pecho, don Antolín quiso quitar el retrato de Concha, pero ni Beltrán ni la Silvestra lo consintieron.

Don Clemente, el pintor Díaz del Pozo y el policía Vega estuvieron velando el cadáver.

Al ver el retrato de Concha, Demetrius el becqueriano recitó una de las rimas de su autor favorito, dirigiéndose a la dama y colocándose él en el lugar del enamorado ya muerto:

Con las horas, los días; con los días,  
los años volarán,  
y a aquella puerta llamarás al cabo.

¿Quién deja de llamar?  
Allí, donde el sepulcro que se cierra  
abre una eternidad,  
todo cuanto los dos hemos callado  
lo tenemos que hablar.

## LXXIII

Camino del cementerio del Este, una mañana fría de enero, una mañana madrileña clásica, con nieve en las hondonadas, se puso en camino la comitiva.

Marcharon el coche de muerto y otros cinco detrás. En el primero de éstos, del señor Benigno, el amigo de Thierry, iban el cura don Antolín, el doctor Guevara y el doctor Montoya; en el segundo, el jesuita vasco y Alfredísimo; en el tercero, Aguilera, Dobón y Golfín; en el cuarto, Beltrán con el chico mayor, don Clemente y Vega, y en el último, la Patro con su hermana Amparo y el pintor Díaz del Pozo.

El campo estaba desierto; pasaba alguna vieja arropada con su mantón por el camino, algún carromato destrozado iba dando barquinazos en los pedruscos y en los baches, y algún perro famélico husmeaba y buscaba los huesos en los montones de basura.

A lo lejos silbaba el tren y dejaba en el aire una nube de humo negra.

## LXXIV

Unos años más tarde, en los Jardines del Buen Retiro, actuaba una compañía italiana de opereta. Ya los jardines iban a desaparecer. Una noche que representaban «La Geisha», un caricato llamado Lambiasse cantó en castellano los cuplés de un chino que sale en la obra. Uno de los cuplés, naturalmente mediocre, como hecho en aquel momento entre bambalinas, y quizá por un italiano, decía así:

Me han dicho, señores,  
que el Gobierno va a cerrar  
este coliseo  
porque piensa edificar.  
Un correo inmenso  
al instante construirá,  
y en lugar de Lambiasse  
un cartero cantará.

La tertulia de don Paco Lecea todavía subsistía, sin don Paco. Este se había marchado de Madrid a un pueblo, a casa de un pariente. Por las noticias que se tenían de él, se pasaba la vida de taberna en taberna, hablando con los jóvenes calaveras y aleccionándoles en la escuela byroniana.

El doctor Guevara compró una casa en Andalucía, y sólo raras veces se le encontraba en Madrid. El marqués de Castelgirón acababa de morir.

De los periodistas, Montes Plaza dirigía un periódico importante e iba camino de ser ministro; Aguilera, abandonando la literatura, se destacaba más como profesor; Golfín estaba en América, y Dobón, empleado en el Ministerio de Hacienda, no se ocupaba ya para nada de Nietzsche.

Romero, el bolsista, el que no pedía a las mujeres más que lo que podían dar, y no le preocupaba si eran fieles o infieles, acababa de matar de un tiro a una querida y había sido condenado a diez años de presidio. La había matado en un furioso acceso de celos. Un hombre así tenía que ser un mal bolsista, como decía Guevara.

Poco después de la muerte de Jaime Thierry, se leyó en los periódicos esta noticia:

«Se ha verificado la boda de la bellísima señorita doña Fernanda Arias Mejía con nuestro compañero en la prensa don Carlos Hermida».

Dobón aseguró por todas partes que Carlos había tenido a su familia en la mayor estrechez y miseria para poder presentarse ante su novia con aire de persona acomodada.

A consecuencia de la vida mezquina y del trabajo, la hermana Adelaida comenzó a resentirse del pecho, y el médico la recomendó que fuera a pasar una temporada a un pueblo de la sierra.

Doña Antonia, la madre, explicó con timidez a su hijo cómo Adelaida necesitaba dinero para ir a la sierra, y Carlos contestó de mal humor:

—Sí, pero yo tengo que hacerme ropa para casarme.

De Matilde Leven no se supo nada por entonces; se dijo que estaba en Inglaterra.

Josefina Cuéllar se casó con un americano no muy joven, pero de gran fortuna, y tuvo varios hijos.



## LXXV

Pasaron años y años. Delante de la Casa de Correos, en la parte que da al Prado, en donde hay una arcada con buzones, se encontraron una tarde de invierno Aguilera y el doctor Guevara.

Se reconocieron y se saludaron.

—Amigo, usted está muy bien —le dijo Aguilera al doctor.

—Sí, no está uno mal. Y eso que ha pasado uno de los setenta. ¿Y usted?

—Yo, trampeando malamente. Me han jubilado. ¿Usted no vive en Madrid?

—No, yo vivo en un pueblo en el Mediodía.

—Así que está usted de paso.

—Sí. ¿Qué se hizo de aquella gente que se reunía aquí hace más de treinta años?

—Figúrese usted. Los que no han muerto han cambiado con el tiempo. Ahí, en el Círculo de Bellas Artes, donde yo suelo ir a pasar el rato, viene Golfín, que estuvo en América y se casó con una mujer con algún dinero, y él me da noticias de los amigos de entonces. Romero, Romerito, salió del presidio y sigue haciendo su vida habitual como si tal cosa. Va a la Bolsa y nadie le recuerda nada.

—¿Y el comandante Lagunilla? ¿Se acuerda usted de él?

—Sí, hombre. El comandante Lagunilla no quedó muy bien, según se dijo, en un ataque de los moros en nuestra zona. Al volver a Madrid se encontró con que su fama había cambiado de tal manera que los que antes le elogiaban exageradamente sin conocerlo y porque sí, después le denigraban, le ponían por los suelos y le volvían la espalda. Entonces marchó de nuevo a Marruecos a buscar el prestigio, y en una acción se puso en primera fila, le hirieron en el vientre y murió desesperado, clamando contra sus antiguos amigos madrileños, que le habían impulsado indirectamente a hacer una heroicidad absurda.

—¡Pobre hombre!

—Sí, fue víctima de la popularidad.

—¿Y de Dobón, qué se sabe?

—Dobón, el nietzscheano, es ahora un buen católico. Carlos Hermida que durante algún tiempo pareció hombre importante y ministrable y llegó a senador, quedó relegado al olvido, y ya no es más que un viejo lelo y estúpido, que en su casa, ante su mujer y su hija, hace de mayordomo.

—¿Y de aquellas damas que andaban por aquí por los jardines, se sabe algo?

—Lola la Valkiria, la que se desafió con otra y pretendía ser aristócrata, ya muy vieja, vivía estos años pasados en los hoteles haciendo trampas, y cuando tenía una cuenta grande se escapaba, dejando unos baúles llenos de piedras o de botellas vacías. Al fin la recogieron y la llevaron a un asilo.

—¿Y aquella chica que fue medio novia de Thierry, Josefina Cuéllar?

—Ésa tiene una gran posición; vive en el campo, en una finca, y parece que tiene muy mal genio y está muy gorda.

—Ya se lo pronosticaba yo a Thierry —dijo Guevara.

—Pues ha sido usted un buen profeta.

—¿Y de aquella muchacha, la Patro, que estuvo liada con Thierry, se perdería el rastro?

—No; se casó relativamente bien, y por ahí anda.

—¿Y el hijo era de Thierry?

—Decían que se parecía mucho a él.

—¿Y qué fue de ese chico? ¿Vive?

—Sí; parece que lo llevaron a América, y que allí vive, y que es ingeniero como su abuelo.

—¿Y la Villacarrillo?

—Pues ésa ha muerto hace poco en una epidemia de gripe. Estaba todavía muy joven de aspecto.

Al subir por la calle de Alcalá, Aguilera se detuvo en el nuevo Círculo de Bellas Artes.

—En esta pecera me tiene usted por las tardes —dijo el antiguo periodista señalando uno de los ventanales del edificio.

Subió el doctor Guevara por la calle de Alcalá, llegó a la Puerta del Sol, y al cruzarla se encontró con Dobón, muy viejo y muy canoso. Se saludaron.

—¡Hombre, qué casualidad! —dijo Guevara—. Acabo de dejar a Aguilera y le encuentro a usted.

Dobón le dio nuevas noticias de los antiguos amigos: todavía sentía odio por Carlos Hermida, a quien pintaba como un perfecto miserable. Matilde Leven había ido hacía años a vivir a Inglaterra, se había distinguido como escritora y sufragista y casado con un político inglés.

La Silvestra estaba viuda, y su hijo mayor, Manuel, ganaba mucho dinero de contratista. Don Antolín, el cura, le llevaba las cuentas. Respecto al doctor Montoya, era uno de los médicos más afamados de Madrid.

*Itzea, octubre 1933.*